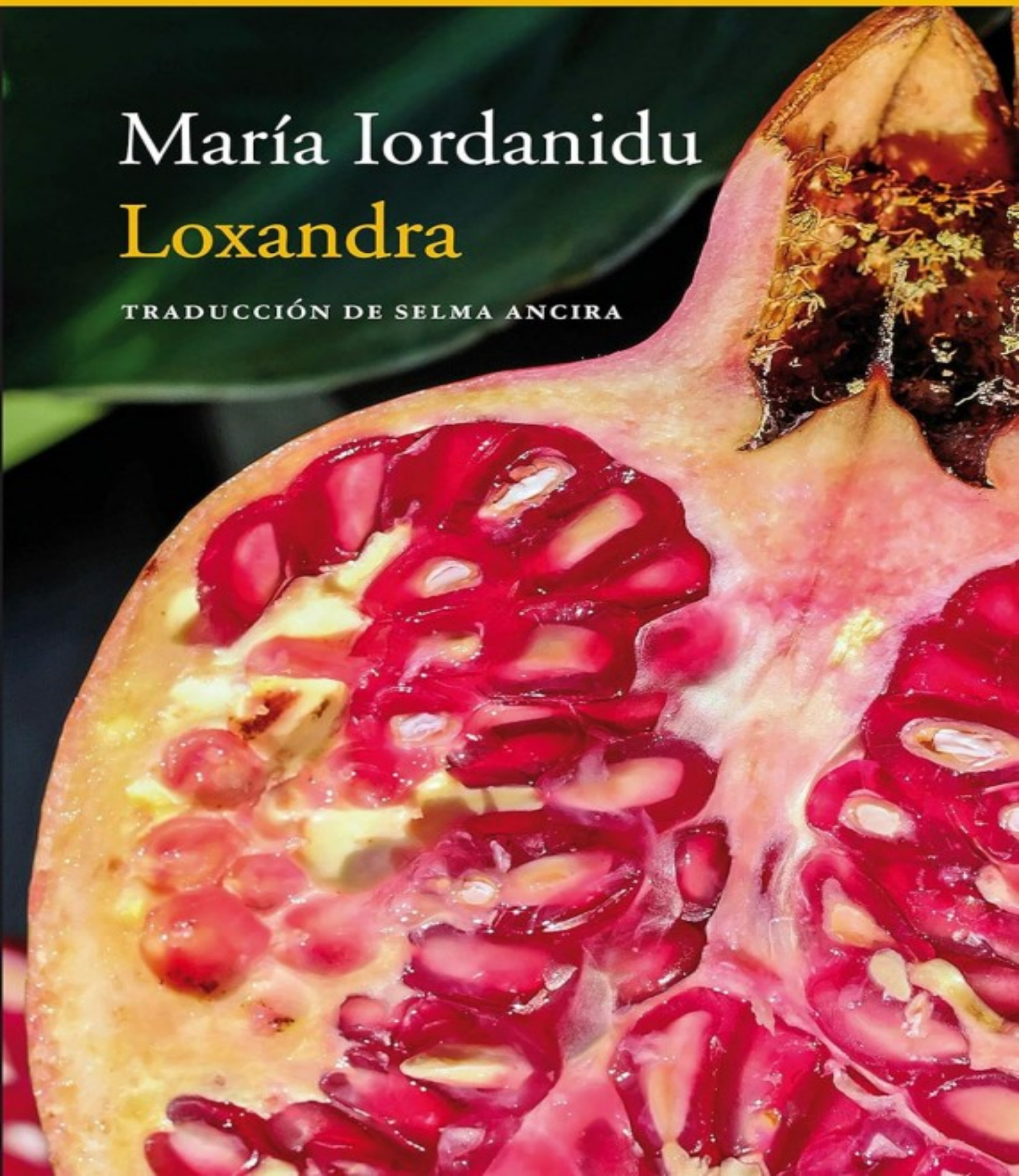
ACANTILADO



María Iordanidu

Loxandra

TRADUCCIÓN DE SELMA ANCIRA

LOXANDRA

Loxandra-una mujer de carácter, indiscreta y rezongona, pero también protectora, generosa y tierna-vive en la bulliciosa y extraordinaria Constantinopla finisecular, cohabitada por griegos, turcos y muchas otras etnias. Trasunto de las heroínas que pueblan las comedias clásicas, Loxandra no sólo lleva las riendas de su propia vida sino que es también el alma de su familia, con la ayuda, claro está, de la virgen de Baluklí. Y así, los matrimonios, los duelos, las tristes despedidas en el puerto de la ciudad, los alegres y sabrosos festines de reencuentro o las mudanzas marcan el ritmo de su vida. Crónica de una familia y de una ciudad, esta vitalista y hermosa novela de María Iordanidou-inspirada en la vida de su abuela-nos transporta a una ciudad dominada por la música, los sabores y los colores, y evoca la frágil felicidad que truncó la guerra.

Título Original: *????????*
Traductor: Ancira, Selma
©1963, Iordanidu, María
©2018, Acantilado
ISBN: 9788417346003
Generado con: QualityEbook v0.86

María Iordanidu

Loxandra

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO MODERNO
DE SELMA ANCIRA
ACANTILADO
Título original: Αωξάυτρα



María Iordanidu con su abuela Loxandra


San Atanasio
Tersana
Galata
Fanar
Tour de Galata
Eyoub
Tekfour Serayi
Tahtakale
Yeni Kapi
Kumkapi
Psamatia
Makrohori
Yedikule
San Demetrio
Tatavla
Kadikoy
Tarabiya
Stavrodromi Pera
GALATA
BOSFORO
Tour de Leandre
Topkapi Serayi
SCUTARI
Santa Sofia
MAR DE MARMARA
Prinkipo



A mi madre

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

DICE LOXANDRA que vino al mundo en Constantinopla, en tiempos del sultán Abdül-Mecit, «que mala muerte tenga…».

—Shhh, cállate, Loxandra, nos perderás.

—¡Oh, que Dios conceda larga vida al sultán Abdül-Mecit, mal rayo lo parta!

—Shhh, calla de una vez. ¿Te has vuelto loca para gritar así?

Pero Loxandra no está gritando. ¿O sí? No, está hablando en voz baja. Pero la voz baja de Loxandra resuena como una campana de Santa Sofía. Sólo los muertos no la oyen. Una voz muy grande y sonora tiene la bendita y no la puede modular.

Todo en ella es grande. Una voz grande, un corazón grande, un estómago grande, un apetito grande. Pies grandes con arco y tobillos finos, una buena base para sostener su cuerpo grande sobre la tierra. Grandes manos patriarcales, ortodoxas. Manos para ser besadas. Dedos largos y torneados, hechos para bendecir y emanar la fragancia del mahalebi y del incienso. Manos hechas para dar. «Servíos, comed», invitan sus manos abiertas sobre la mesa. «Que comas, te estoy diciendo. ¡Eso que te serviste no es nada!».

Pero sobre todo, las manos de Loxandra están hechas para cargar a los recién nacidos. Su palma parece un trono cuando abraza las nalguitas del bebé, lo levanta en alto y le canta…

Tajtiri, tajtiri, tajtiririrí,

tajtiriríri, ¿adónde vas así?
Por un puñadito de ajonjolí.

¿Cuántos niños se habrán criado entre esas manos? Primero sus dos hermanos pequeños, al morir su madre. Luego el huérfano de la tía Katina. Luego sus cuatro hijastros y, por último, sus dos hijos.

Dimitrós era viudo cuando Loxandra se casó con él. Era un viudo con cuatro hijos: Epaminondas, Theódoros, Yorgos y Agathó, que todavía usaba pañales.

«Mamá» la llamó Agathó en cuanto comenzó a hablar. «Mamá» la llamó de inmediato Yorgos, que entonces debía haber tenido unos dos años. El mayor, Epaminondas, que tenía catorce, la llamó «tata», sólo Theódoros la mortificó mucho al principio. Cuando su padre estaba presente no la llamaba de ninguna manera, pero cuando no andaba por allí, se dirigía a ella con desprecio llamándola «doña Loxandra».

—Estás mejor en tu cocina, doña Loxandra.

—Si quisiera estar en la cocina, ¿te pediría permiso?—Y momentos después, acariciándole la cabeza—: A ver, mi hijito, a ver, mi pachá. Tómate estos polvitos, tómate tu quinina para que te cures.

—Lárgate de mi cuarto. Tu lugar está en la cocina.

¿Ah, sí? Aquel día Loxandra pescó a Theódoros por la nariz, se la apretó con toda su alma y en cuanto el niño abrió la boca para respirar, le vació la quinina en la lengua. Acto seguido abandonó la habitación. Lo dejó encerrado dentro, para bien o para mal, y comenzó a bajar pesadamente la escalera gritando:

—¡Estás hecho todo un bashi-bozuk aquí dentro! ¿Eh? ¡Espérate y verás lo que voy a hacer contigo!

Pero en cuanto entró en la cocina encendió una hornilla para prepararle al muchacho el halvás que tanto le gustaba.

Ése fue su primer enfrentamiento con Theódoros. Luego vino otro, y luego otro más, hasta que un buen día llegaron a las manos. Por aquel entonces Theódoros era un chico robusto de unos doce años y Loxandra se las vio negras, porque en medio de la pelea la

pobre intentaba no hacerle daño, mientras el otro la golpeaba en el estómago y en el pecho.

—Óyeme tú…—Y al cabo de un ratito, más alto—: ¡Óyeme!…—Se enfureció Loxandra. Se le montó encima y le clavó los hombros contra el suelo—. Quieto… ¡Quieto te digo! Condenado muchachito. ¡Diablo sinvergüenza! Te voy a matar. ¡Ah!

A Loxandra ese «¡Ah!» le salía *stacatto*. Lo lanzaba de la laringe a la cara del interlocutor como un garbanzo tostado, y uno sentía el golpetazo en la frente. Aquello quería decir «Se me ha acabado la paciencia».

Después del incidente, Theódoros esperaba un castigo de su padre y se sorprendió mucho al darse cuenta de que Loxandra no le dijo nada a Dimitrós. Tiempo después volvió a sorprenderse cuando Loxandra, por su cumpleaños, le cosió un bonito traje. Y más tarde se sorprendió de nuevo cuando Loxandra vendió un terrenito que tenía en Prínkipo[1] para que Theódoros pudiera inscribirse como interno en Galatasaray[2] y estudiar, ya que así lo deseaba su padre.

Cuando al terminar el primer cuatrimestre Theódoros volvió a casa a pasar las vacaciones de Navidad, Loxandra se precipitó a su encuentro y con las manos llenas de harina le dio la bienvenida en mitad de la calle. Eran tales sus gritos de alegría que los vecinos, asustados, se asomaron por las ventanas para ver qué estaba pasando. Theódoros se lanzó a sus brazos y le dijo «tata». A partir de entonces empezó a llamarla «tata». Y nunca más volvió a mortificarla ni a contrariarla.

El que verdaderamente la mortificaba era Epaminondas, su consentido. El loco ese de Epaminondas, ese vago que para estrenar sus catorce años le dio un moquete a su maestro de escuela, saltó por la ventana y desapareció. Todo intento por encontrar su rastro fue inútil. Lo lloraron, lloraron su muerte, y un buen día se enteraron por Yakumis, el contramaestre, de que Epaminondas se ganaba la vida como grumete en los barcos.

Fue entonces cuando Loxandra compró un san Nicolás y lo colocó en su iconostasio. Y es que hasta entonces nunca había tenido toma y daca con los mares.

Pasaron muchos años antes de que Loxandra tuviera un hijo propio. Ésa era su pena, su desconsuelo. Su gran desconsuelo. Había hecho cuanto estaba a su alcance. A Nuestra Señora de Vlajerna le había puesto velas, a san Tharapis una lamparilla de plata… Nada. Había ido a sentarse desnuda en los mármoles calientes de los baños para que se abriera su matriz y pudiera concebir… Nada.

Y Dimitrós se alegraba y decía «bravo». Primero has de acabar con los huérfanos, le decía, y luego ya tendrás uno tuyo. Por Dios. Como si esas cosas se hicieran por encargo. Si una mujer ha estado casada durante seis años y no ha tenido hijos, es porque ya no los tendrá. Y entonces, desesperada, un buen día Loxandra le prometió a la Virgen de Baluklí todas sus alhajas. ¡Todas!

—Virgen Santa—dijo Loxandra de rodillas frente al iconostasio que estaba en su dormitorio—, grande es tu gracia, Virgen Santa, hazme el milagro. ¿Cuántos años me quedan para poder tener un hijo? Me casé mayor para cuidar de mis hermanos huérfanos y acompañar a mi padre en su vejez. ¿Te parece bien castigarme por eso? Colgaré en tu icono todas mis alhajas.

Abrió las manos y sin dejar de mirar el icono comenzó a enumerar una por una las alhajas, parecía que estuviera firmando un contrato con la Virgen.

—Te pondré el gran broche de la abuela, el anillo de esmeraldas de mamá, mis aretes de turquesa, mi cruz…—Y una vez que había concluido la lista, gritó con indignación—: ¿Tan excesivo te parece lo que te he pedido durante todos estos años que no has podido concedérmelo?

Se enfureció Loxandra.

Y, ¡oh, milagro! No había pasado un mes cuando se quedó encinta. Se quedó encinta y tuvo a su Alekakis. Y al cabo de dos años tuvo una niña, Klío.

—Y ahora basta—dijo entonces Dimitrós.

—Dimitrós, tú mejor no te metas en estas cosas, son asuntos de la Virgen—respondió Loxandra, que pensaba en todas las alhajas que había puesto en el icono.

Pero a nadie le dijo nada del voto que había hecho. Colocó unas cortinitas gruesas sobre los cristales del iconostasio, lo cerró muy bien y se colgó la llave al cuello. Sólo ella y la Virgen estaban al tanto del secreto.

La Virgen de Baluklí conocía sus secretos, como había conocido los de su madre, los de su abuela y los de su bisabuela. Aquel icono había ido pasando de mano en mano por las mujeres de la familia desde hacía muchos años, hasta llegar a Loxandra cargado de plata y de oro, de lágrimas y de fervientes plegarias.

Ese niñito de plata lo había colgado su madre cuando estuvo a punto de perder a Nikolós por mal de ojo. La perla que estaba encima de la aureola de la Virgen la había puesto la abuela cuando su hija pequeña se salvó de las manos de los Kizilbas.[3] Esos malditos habían atrapado a la niña en plena calle y estuvieron a punto de degollarla sólo porque llevaba puesto un vestidito verde. Verde, decían, es la bandera sagrada del islam y los cristianos no deben usar ese color. ¿Qué contestas a esto? Sabe Dios qué agonía escondería la pulserita de oro que estaba colgada en el centro del icono. La debía haber puesto la abuela cuando el terremoto.

—Eleni, ¿cuándo fue lo del terremoto?

Siempre que Loxandra quería acordarse de algo se lo preguntaba a su cuñada, Elenkaki,[4] la viuda del difunto Nikolós. Elenkaki tenía buena memoria, y además sabía leer y escribir.

—¿En qué año fue, Eleni, el terremoto? ¿Vivía todavía la abuela o ya no?

—¿En qué año? A ver, déjame pensar. Cuando el terremoto yo estaba a punto de dar a luz a Erifili, que Dios la tenga en su gloria, pobre pajarito mío.

Si estaba encinta de Erifili, Euterpe y Eufemia ya habían nacido. Andrikos no había nacido todavía. A Andrikos lo bautizó la abuela de Loxandra. Entonces…

Las señales para no perderse en el tiempo eran los nacimientos, las muertes, las bodas, los terremotos… Alguna vez también «el vestido color berenjena».

—Oye, Eleni, ¿te acuerdas del vestido color berenjena? ¿Cuándo sería que lo cosí?

—¿Cuándo? A ver, déjame pensar, a ver si nos acordamos…

Se hacían su café y se sentaban en el diván una frente a la otra y se ponían a zurcir calcetines. Y mientras hacían memoria, transcurría la tarde y comenzaba a caer la noche. Entonces llegaba Dimitrós del trabajo.

Capítulo 2

DIMITRÓS estaba a punto de cumplir los setenta, pero todavía trabajaba. Trabajaba en el periódico *Constantinopla*, que editaban los hermanos Dimítrios y Athanasios Nikolaídis. Dimitrós era de Quíos. Tras la masacre de Quíos, en la que los turcos degollaron a sus padres, y a él, que era un niño pequeño, lo llevaron al bazar de esclavos, un hermano de su padre que vivía en Syros —don Vasilakos, el vendedor de lukumis— viajó a Quíos y lo compró por un puñado de piastras.

Vasilakos, que era soltero, crió a Dimitrós como si fuera su hijo, y cuando cumplió los diecisiete años lo envió a Constantinopla, a la casa de la tía Irini, para que el niño pudiera estudiar, ya que se veía que le gustaba aprender.

Se maravillaron los ojos de Dimitrós cuando llegó a Constantinopla. A la bellísima ciudad de las siete colinas. «Salud, Constantinopla, reina de las ciudades». Recostada en dos continentes, abre Constantinopla su pecho al viento del norte que sopla del mar Negro por un lado y al viento del sur que viene del mar de Mármara por el otro. Las dos corrientes contrarias parecen estar al asalto para conquistarla. Oriente y Occidente entran en combate y la reclaman sacando espuma y dando vueltas en redondo frente a la punta de Sarayburnu, a los pies de Santa Sofía, en pleno corazón de la ciudad.

¿Cómo habría podido no convertirse en poeta Dimitrós? ¿Cómo no ser un romántico? Su corazón se ensombreció cuando vio los minaretes que rodean Santa Sofía. Y sin embargo ésta se yergue majestuosa y, con la humildad de una princesa, dispensa serenidad a su alrededor. Frente a la grandeza de Santa Sofía, el hombre parece una hormiga. No obstante, dentro, aun esa hormiga adquiere importancia. Cuando te encuentras debajo de su inmensa cúpula, no sabes si la cúpula apareció para protegerte o si se está elevando para luego abrirse y que puedas volar al cielo. «A ti, Generalísima protectora…».[5] Otro Partenón construido por los bizantinos y dedicado a la diosa de la sabiduría, Sofía.

Así fue como Dimitrós vio Santa Sofía, que está en el casco antiguo de la ciudad y se encuentra rodeada por las murallas bizantinas. Allí no había ningún ir y venir, ni ruido, ni teatro, ni extranjeros como en Pera o en Gálata. Allí la vida transcurría con entera tranquilidad. Angostas callejuelas adoquinadas, pequeñas casas de madera con enormes puertas sólidas como las de una prisión. Ventanas enrejadas, soledad. Puestos con perezosos marchantes orientales sentados en cuclillas frente a sus mercancías: marfil, ámbar y nácar. Telas de seda y chales de cachemir de las Indias, esencias preciosas y olor a pachulí en el aire.

En los jardines de las mezquitas, los turcos tomaban el sol sentados en cuclillas. Había grandes fuentes de agua corriente con un círculo de palomas alrededor.

Ningún europeo se había sentado allí: era tierra turca. Ningún turco se había sentado en Stavrodromi[6]: era tierra griega.

En aquella época, Constantinopla era una mezcolanza de distintas ciudades, aldeas y arrabales esparcidos por el litoral de Asia Menor y Europa. Y cada ciudad, cada aldea, cada arrabal, tenía su propio carácter local, según los usos y costumbres de la población que la habitara en mayor número.

La orilla europea del Bósforo estaba poblada sobre todo por griegos y en general por europeos: Mega Rema, Büyükdere, Therapia,[7] todos arrabales que evocaban Europa. La orilla asiática era oriental. Allí se oía el tambor que recordaba a los creyentes el

Ramadán. Allí el almuecín pregonaba puntualmente tres veces al día que Alá es uno y que Mahoma es el profeta de Alá. Y, cuando llegaba el eco de aquel pregón hasta la ribera opuesta, llegaba como una voz quimérica de otro mundo.

Fanari, que estaba dentro del Cuerno de Oro, todavía seguía siendo el centro de la *intelligentsia* griega, aunque había perdido el esplendor de sus primeros tiempos.

En la casa de la tía Irini, que estaba en Fanari, fue donde Dimitrós vio por primera vez a Theanó, aquella muchachita pálida y enfermiza que más tarde se convirtió en su esposa, le dio cuatro hijos y murió una mañana de primavera, dejándolo inconsolable. Dimitrós había prometido a Theanó amor eterno, pero por el bien de sus hijos huérfanos debía volver a casarse con una mujer buena y capaz de criarlos. No iba a casarse por su propio bienestar, sino por el de sus hijos, por lo tanto podía llamar a una casamentera, decirle sin tapujos lo que quería, y no sentir vergüenza o temor a ser malinterpretado por su mal gusto. Su segunda esposa debía ser, por encargo, de buen corazón, sana, íntegra, buena cocinera, «en ningún caso intelectual ni sensible, y de ser posible entradita en carnes». E insistió tanto en este último punto que la casamentera se compadeció de él y puso todo su empeño en la búsqueda. Pobre, debía estar necesitado.

Y apareció la mujer que Dimitrós había pedido. Se llamaba Loxandra.

Cuando Dimitrós vio entrar en la habitación a Loxandra, una mujer briosa, de espalda ancha y piernas largas, sólida como una columna dórica, que llevaba en la mano una bandeja repleta de dulces, se sintió feliz. Le gustaron sus cabellos negros, su cráneo bien torneado y su mandíbula fuerte.

Loxandra tenía entonces treinta años. Había cuidado de su padre los últimos años de su vida, había criado a sus hermanos pequeños, y ahora se sentía libre para casarse. Tomó, pues, la bandeja y entró en el salón para ver al novio y para que él la viera. Y era tan conmovedora la imagen de ese ser corpulento con cara de niña y

cuerpo de mujer que, cuando se detuvo frente a Dimitrós sin falsas modestias ni movimientos afectados, éste perdió el habla.

¡Qué barbaridad! No era hermosa, porque una joven hermosa debía tener cinturita de avispa, rostro pálido y hombros redondeados, como Theanó. Entonces ¿por qué se sintió tan perturbado Dimitrós? ¿Por qué dijo de inmediato «sí» sin haberse asegurado de que aquélla fuera la persona apropiada para criar a sus hijos, siendo que se casaba por el bien de los niños? ¡Señor, ten piedad!

Con esa duda se fue a dormir Dimitrós y toda la noche soñó con Loxandra. La vio con un velo en la cabeza y una corona con siete rayos, como las efigies femeninas en las monedas de Constantino. Y en la mano izquierda llevaba el cuerno de la abundancia del que se derramaban e inundaban el mundo frutos secos y frescos, fuentes con piernas de cerdo, hileras de caballas y filas de carnes secas, langostas, barbadas y mejillones rellenos. ¡Dios! ¡Qué sueño!

La abundancia. ¡La abundancia más absoluta!

Capítulo 3

Tu aliento es delicado como helado de cereza,
fina como un lukumi es la textura de tu cuello,
cada palabra tuya es un bocado de princesa
y una cascada de olorosa miel es tu cabello.

Sólo un poeta oriental podría haber escrito palabras tan bellas.

Los orientales dan mucha importancia al asunto de la alimentación. Confucio, dicen, se divorció de su mujer porque «el arroz no estaba nunca suficientemente blanco ni la carne bien molida», y cuando se volvió a casar, lo hizo con una mujer devota de la cocina, porque «nuestra suerte, decía, no está en manos de los dioses, sino en manos de quien prepara nuestro alimento».

¿Quién puede negar algo así? ¿Cómo ves a tu mujer después de una comida bien guisada y cómo la ves cuando, cansado, llegas a casa a comer y te encuentras con una sopa comprada, un tarro de conservas y una salsa embotellada?

Alimenta bien a tu marido si quieres tener marido. Pon bastante cebolla en los dolmás de Cuaresma para hacerlos sabrosos, pero ponles también hierbabuena para que sean fáciles de digerir. Cuando hiervas el membrillo, que es astringente, hierve también las pepitas que son altamente lenitivas, para conseguir un equilibrio. No escatimes el aceite que pones en los guisos de verdura, acuérdate siempre del refrán que dice: «El aceite es armero, relojero y

curandero». Si la verdura es del tiempo, es más gustosa y más barata, ¿para qué la quieres en conserva?

Los europeos dicen que las mujeres orientales suelen separar a los cónyuges. No, no es que separen a los cónyuges, lo que ocurre es que son amantes de la gastronomía y por eso los extranjeros, una vez que llegan a Oriente, no quieren irse. Y es que un hogar cuyo fundamento principal no se encuentra abajo, en la cocina, no tiene buenos cimientos.

Loxandra puso los cimientos de su hogar en Makrojori,[8] un barrio situado en las afueras, entre Santo Stéfano y Eptapyrguio, y bañado por las aguas azules de la Propontis.[9]

Cada mañana, cuando abría la ventana y veía el mar, decía: «¡Ah, bendito sea Dios!», y aspiraba voluptuosamente con sus grandes fosas nasales el aire salado del mar. Era como si aspirara toda la riqueza que ocultan sus aguas: langostas, robalos, rodaballos, ostras…

—¡Ah, bendito sea Dios! ¿Qué haré hoy de comer?

En realidad quería decir por dónde comenzaré hoy a preparar la comida. ¿Y si comprara mejillones grandes para hacerlos rellenos? ¿O mejor los compraba pequeños y los cocinaba al vapor, o con berenjenas y patatas? Aunque… también podía guisarlos fritos con salsa de ajo, o…, ¡no!, mejor los prepararía con arroz: salmadaki.

Su día comenzaba con el café de Dimitrós, que preparaba ella misma porque, al igual que las maharajáes, Loxandra estaba convencida de que el hombre debe comer y beber exclusivamente de las manos de su mujer. Luego lo ayudaba a vestirse, le daba un beso, le daba la bendición y bajaba con él por la ancha escalera, cuyos brazos se unían en el descanso para desembocar después, majestuosamente, en el gran patio de mármol, al final del cual se hallaba la puerta de entrada. A la derecha estaba el comedor. A la izquierda el salón y, junto al salón, la pequeña alcoba de techos bajos de la dueña de casa. Su «rincón». Allí se encontraba el sofá largo, que iba de un extremo al otro de la habitación, y los arcones donde la señora de la casa guardaba el cestito con los encajes y la caja con las agujas de tejer calcetines, y el talego con los enseres

del baño, y otro con los retazos de tela, y otro más con madejas de estambre, y otro adornado con bordados, y aquel otro color canario, y los otros mil y un sacos de la buena ama de casa.

Debajo de la escalera estaba la puerta que conducía al sótano, a la cocina. Al verdadero reino de Loxandra. Al oscuro pero bien amado Hades, con sus enormes fogones y sus braseros y atizadores y los espantamoscas y las hachuelas para destazar.

Ahí en la cocina Tarnanás, un muchachito armenio que les había conseguido el pescadero—también armenio—, algunas veces limpiaba las marmitas con arena y la cáscara de medio limón exprimido, otras cortaba la carne sobre una tabla y otras, oculto en una nube de plumas, se sentaba en medio de la cocina a desplumar codornices. Las gatas, en trance, lo rodeaban.

—¡Pst! ¡Mal rayo te parta, condenado animalucho, me vas a tirar! ¡Toma! ¡Come! ¡Come, espantajo!

Cuando se oía a Loxandra insultar a los gatos, era porque les estaba dando carne y tenía remordimientos.

Para Loxandra la vida dentro de aquella cocina era una fiesta. Guisaba para hacer felices a los otros y también a sí misma. Y continuamente probaba la comida a ver si ya estaba bien de sal. Probaba ella y hacía probar a Tarnanás.

—Prueba y dime qué te parece de sal. ¿Está bien?

—Hum…—A Tarnanás le costaba trabajo responder a la primera, tenía que volver a probar.

Sultana, la sirvienta, se desesperaba:

—Pero, señora, mañana va a comulgar, ¿y hoy está comiendo pollo?

Sólo lo estaba probando para ver si estaba bien de sal.

Con el tiempo a Sultana la echaron de la cocina. Ascendió a camarera y la cocina se declaró zona prohibida. Sin embargo, continuaron guardando la vigilia como Dios manda.

Cuando Loxandra terminaba de cocinar, se quitaba el delantal, se frotaba las manos con medio limón y subía al comedor llevando consigo todos los aromas de Oriente y Occidente y esparciendo a su alrededor alegría y bienestar.

Ver Nápoles y morir. ¡Tonterías! Comer los mejillones rellenos que preparaba Loxandra y morir. Comer el puré de berenjenas con kebab y el kebab con salsa de yogurt, y los dolmás de carne envueltos, no en hojas de parra que no hay en invierno, sino en hojas de borraja, que se desbaratan en la boca (y que además tienen un efecto sudorífico y diurético) y morir. Comer pechinas en su concha asadas con el rescoldo del carbón y morir. Morir para renacer y poder volver a comer. Del Bósforo, de Kadikóy, de Tatavla[10] venían los parientes a Makrojori a disfrutar de los guisos de Loxandra. Dos veces al año se reunía toda la familia en casa. Llegaban con sus talegos, sus hijos y sus perros para pasar unos días juntos. ¿Quién viajaba en ese entonces para quedarse un solo día de visita?

Venían una vez en otoño, para el santo de Dimitrós, y otra vez el día de la Ortodoxia,[11] para el santo de Loxandra. Loxandra se llamaba Roxani y las Roxanis se festejan el día de la Ortodoxia.

En Año Nuevo solamente llegaban los hijos con sus esposas, y entonces Loxandra rellenaba el pavo, el «guajolote», que cada año le mandaba su carnicero. «¡Un guajolote inmenso!» que el carnicero enviaba adornado con papeles multicolores y con cintas plateadas de arriba abajo. «Para la señora».

—¿Ya has visto lo que me ha mandado el carnicero?

Capítulo 4

HABÍAN pasado muchos Años Nuevos desde que Dimitrós se casó con Loxandra, pero aquel año se levantó más temprano que todos los anteriores para estrellar contra el suelo del patio una granada y derramar así la abundancia en su hogar.[12]

Con sus pantuflas y su camisa de dormir larga y blanca, bien arropado en su abrigo de piel de carnero y con la cabeza cubierta por el gorro blanco que le había tejido Loxandra (con un pompón en la punta que por la espalda le llegaba hasta la cintura), Dimitrós se detuvo en el rellano de la escalera, erguido como un muchacho, sonrosado como una aurora nevada, y lanzó con fuerza la granada.

—¡Feliz 1874!

—Feliz Año Nuevo—dijo con gran solemnidad Loxandra, que estaba de pie a su lado arrebujada en su larga esclavina.

Loxandra se inclinó para besar la mano de Dimitrós pero él la abrazó y le dio un beso en el cabello.

—¡Que vivas muchos años, mi reina, mi niña adorada! No tienes una sola cana. ¡Tfu!—escupió por encima del hombro—,[13] no te vaya a echar mal de ojo.

Loxandra se sonrojó y hundió su rostro en el abrigo de Dimitrós.

Cuando Dimitrós se puso en movimiento para ir con los chicos a la iglesia, Loxandra bajó hasta la puerta de la entrada y los despidió a los tres. Les dio su bendición y se quedó allí, inmóvil, viéndolos alejarse y sintiéndose feliz de tenerlos.

Había nevado toda la noche y el aire helado congelaba las orejas; sin embargo, ya no había nubes y el cielo se había hecho profundo, de un azul intenso. Comenzaba a despuntar el día. El plátano nevado que había en el jardín parecía de encaje. Todo era diáfano.

—¡Qué maravilla!—murmuró Loxandra al verla nieve.

E instantes después repitió «qué maravilla» al ver alejarse a Dimitrós con sus dos niños: Alekakis y Klío, sangre de su sangre, carne de su carne.

¡Qué falta podían hacerle sus perlas y sus diamantes si tenía a sus hijos!

«Que las disfrutes, Virgen Santa, que disfrutes una y mil veces cada alhaja que te di», dijo Loxandra desde el fondo de su alma.

Los niños que le había concedido la Virgen eran una maravilla. Altos y esbeltos como cipreses. Klío había heredado la blancura de su tía Irini. Alekakis tenía los bucles rubios de Dimitrós. Klío tenía doce años, Alekakis catorce y míralos, ya están tan altos como su padre.

—¡Tfu!, no vaya a echarles mal de ojo—dijo Loxandra, y se persignó.

Entró en la casa, cerró la puerta y se alzó las enaguas para bajar a la cocina. La estaba esperando su cuñada, Elenkaki, para preparar juntas los mezés.

Hoy Loxandra estaba esperando que Kotsos, su hermano, con Kleoniki, su cuñada, llegaran de Therapia, en donde vivían. Esperaba también a su hijastra Agathó, que vivía en Tatavla. Esperaba a sus otros dos hijastros—Theódoros y Yorgos—que llegarían con sus mujeres desde Stavrodromi. Vendrían también dos sobrinos huérfanos que tenía Dimitrós en Fanari, «Adisílados y Enklavdios». Como a Loxandra le costaba mucho trabajo pronunciar aquellos dos nombres correctamente y la familia se reía de ella cada vez que lo

intentaba, acabó por bautizarlos a uno como el Sapientísimo y al otro como Kotkotinos y se quedó tan tranquila.

Elenkaki y sus dos hijas, Euterpe y Eufemia, y su consentido, Andrikos (a quien sus hermanas, las muy burras, llamaban con ironía «Bébekas»), habían llegado la víspera. Eran los sobrinos preferidos de Loxandra, porque su difunto padre había sido su hermano más querido.

—¿Por qué no han ido a la iglesia con Dimitrós?—preguntó Loxandra al entrar en la cocina.

—Mejor que se queden a ayudarnos—respondió Elenkaki.

Loxandra se puso el delantal y se remangó el vestido.

—A ver, Sultana—dijo—, ve con Tarnanás a abrir la mesa. Encended la estufa en el comedor y luego ventilad la pieza. ¡No te eternices, Tarnanás, es para hoy!

Pero antes de que Tarnanás se moviera, comenzaron a llegar los invitados.

Los primeros en aparecer fueron Yorgos y Aspasía.

Yorgos tenía la constitución física de su difunta madre y ceceaba. De pequeño había sido muy mimoso y no se despegaba de Loxandra. Ahora, de mayor, no se despegaba de su mujer.

—La pobre Aspasía…

—¿Por qué la pobreteas? ¿Qué le pasa? Bendito sea Dios…

—¿Qué le ha de pasar? Sufre. No tengo suerte y la tienda no prospera.

Yorgos tenía una mercería en el pasaje Jadzópulos, en Pera. Él lo había decidido así. No servía para los estudios.

Cuando Loxandra oyó la voz de Yorgos, se puso feliz.

—¡Bajad para que os vea!—gritó mientras se secaba las manos con el trapo de la cocina—. ¡Bienvenidos!

Con los brazos muy abiertos para no tocarlos con las manos sucias, se inclinó para abrazarlos y darles un beso.

Aspasía, con un hombro más arriba y el otro más abajo, intentó abrir la boca, pero en vez de hablar sorbió por la nariz. Era lo que hacía cada vez que trataba de ocultar su emoción.

De nuevo llamaron a la puerta.

—Id a ver quién es y reuníos todos arriba en el salón. —Y luego —: Aspasía, ve a echar un ojito al comedor a ver qué está haciendo Tarnanás. Dile que baje, que lo necesito.

—La tía Eleni se está haciendo la enojada—dijo Yorgos.

—Shhh, cállate, ¿no ves que estoy ocupada con las lisas?

Inclinada sobre la mesa de la cocina, Elenkaki les estaba quitando la piel a los pescados que habían ahumado. Lo hacía con tanto esmero que le temblaba la mano, no fuera a llevarse la grasa.

En la puerta se oyeron voces y la risa de Kleoniki.

—¡Ha llegado mi hermano! ¡Kotsos!—gritó Loxandra—. Date prisa, Eleni, ¿te falta mucho? Yo todavía tengo que rebanar el pasturmá.

El gran reloj de la sala estaba dando las doce cuando Loxandra entró en la habitación y les dio feliz la bienvenida. Se había lavado con jabón blanco de Creta y había echado unas gotas de benjuí en el agua para enjuagarse la cara y refrescarse. Se había puesto sus tres enaguas: la de madapolán, blanca y bordada, la de alpaca y la lila de tafetán con volantes de tul. Encima se había puesto su vestido lila de seda, el de muchas alforzas y cuello de encaje. En el pecho, prendido con alfileres, llevaba su camafeo, el grande, y había puesto unas gotas de agua de colonia en su pañuelo.

Loxandra entró en la sala como una fragata con las velas desplegadas y hubieras jurado que hasta ese momento la sala había estado vacía. Era como si acabara de llenarse.

—¡Bienvenidos!—dijo de pie en la mitad de la habitación, abriendo los brazos como si quisiera abrazarlos a todos a la vez.

Y no habían tenido tiempo de saludarse con un beso cuando se oyó la voz de Sultana, que gritaba desde abajo:

—Ya están aquí, están llegando.

Kleoniki corrió a la ventana para ver si era Theódoros quien llegaba. Aspasía corrió al espejo grande que estaba encima de la consola y se puso a arreglarse el cabello; con el dedo meñique mojado de saliva se peinaba las cejas y se mordía los labios para que se le pusieran muy rojos.

Dimitrós se levantó contento y Yorgos no tardó en echar a la estufa el cigarrillo que acababa de encender.

—Es Theódoros—dijo Loxandra.

Loxandra comenzó a descender muy lentamente la escalera. Cuando llegó al rellano se detuvo.

—*L'escalier de la reine*—dijo Theódoros desde el otro lado del patio, de pie frente a la puerta abierta.

Se había desabotonado el pesado paleto y su impecable redingote inglés quedaba ligeramente a la vista. Alto, de huesos anchos, robusto, de muy buen porte. Los rasgos de la cara pronunciados y las patillas largas.

Theódoros aparentaba más edad de la que tenía. Detrás de las orejas el cabello había comenzado a encanecer. Era serio, poco hablador, distinguido. Hablaba siempre en voz muy baja, tan baja y tan profunda que Loxandra apenas oía lo que decía. Jamás soltaba una carcajada, jamás gesticulaba. En pocas palabras, era un verdadero *gentleman*. Olía a colonia Atkinson, a puro habanero y a jabón inglés.

Su mujer era francesa. Estaba de pie junto a él y le llegaba al hombro. Venía con el pequeño Dimis de la mano y sonreía en dirección a Loxandra.

«No le da de comer al niño—pensaba Loxandra mientras bajaba la escalera a paso lento—. Está amarillo, amarillo como Darío».

Esta nuera se llamaba Camila,[14] pero Loxandra jamás llamó por su nombre a la pobre mujer. Le decía «pst», o «eh». A veces, a toda prisa, la llamaba «oye». De su boca nunca salió «camila».

Tanto Theódoros como Dimitrós le explicaron a Loxandra que en francés Camila no significaba camello.

—¿Lo has entendido?

—Claro que lo he entendido.

—¿Entonces por qué no la llamas por su nombre?

Loxandra se quedaba pensativa, miraba primero a uno, luego al otro y de pronto exclamaba:

—¿Pero estás loco? ¡Cómo se te ocurre que voy a llamar camello a la pobre mujer! ¿Por qué? ¿Con qué motivo? ¿Qué me ha hecho? Nunca me ha hecho nada.

Y aquéllos venga a explicárselo todo otra vez desde el principio.

—¿Ahora sí lo has entendido?

—Ya os he dicho que sí. ¿Creéis que soy tan bruta como para no entender una cosa tan sencilla? Pero ¿camello? Cómo queréis que sin qué ni para qué la llame yo camello. ¡No le puedo hacer eso! ¿A vosotros os parece bien?

—A ella no le va a parecer mal, porque en francés Camila es un nombre muy hermoso. Mira, Loxandra querida —insistía Dimitrós—, Elpís[15] en griego es un nombre muy lindo, ¿no es cierto? Y sin embargo en francés quiere decir «Ella está haciendo pipí».

—¡No te creo!

—Y un zoólogo alemán se llama Richard Hesse.[16] —¡Dios nos ampare!

—¿Ahora sí lo has entendido, señora mía?

—Dimitrós, no me vuelvas a repetir tu dichoso «lo has entendido», porque me estás asfixiando el alma. Y voy a gritar. Voy a abrir las ventanas y voy a gritar con todas las voces que tengo dentro y con las que no tengo también: ¡ah!

Cuando oyeron aquel «¡Ah!» desistieron.

Y así fue como Loxandra jamás llamó «camila» a su nuera.

—Bienvenida—le dijo aquel día, e hizo desaparecer entre sus brazos al pequeño Dimis.

Desde el comedor se oyeron pasos y ruidos de vajilla. Eran Jaricló, Plopló y Sofía Lungrú, la vecina de enfrente, que junto con Euterpe y Bébekas estaban poniendo la mesa. Bébekas, con una bandeja en la que llevaba los mezés, entraba y salía de la cocina.

Aquel año, la última en llegar fue Agathó, la más hermosa de la familia. Su cabello era rubio y ensortijado como el de Alekos y tenía los ojos castaños. Sus labios eran muy rojos y parecían un lazo. Rellenita y corta de piernas evocaba una gallinita pinta.

«Co-co-co-co-co» parecía haber dicho cuando entró aquel día en la sala, colgada del brazo de Manoliós y presumiendo de barriguita nueva.

Y Manoliós, que iba a ser padre, se pavoneaba. ¿Cómo no iba a pavonearse Manoliós con una mujer como aquélla con la que se había casado? ¡Que un carpintero pobre de Tatavla se hubiera casado con la hermana de Theódoros! Theódoros tenía la agencia marítima más grande de todo Gálata.

Con Agathó y Manoliós llegaron el Sapientísimo y Kotkotinos. Se habían encontrado en el barco.

Capítulo 5

LA GRAN estufa verde de arcilla ardía vigorosamente cuando entraron en el comedor. La habitación olía a pino y a encina. La mesa estaba puesta a todo lo largo y ancho de la habitación y el blanquísimo mantel de lino apenas se veía debido a la abundancia de mezés.

El pequeño aparador de nogal, que como una mujer de talle esbelto disimulaba su volumen, estaba repleto de frutas navideñas: manzanas, peras, granadas, naranjas, nueces, avellanas, almendras, castañas, pistachos, pasas, higos, algarrobas y nueces recubiertas con jalea de uva. Un verdadero cuerno de la abundancia.

—Bendice, Señor, el alimento y la bebida de tus siervos…

Todos se sentaron a la mesa con devoción y se anudaron la servilleta alrededor del cuello. La comida comenzó sin prisa, como una ceremonia que se acompaña de reflexiones profundas, de los votos de ritual y de los acostumbrados «alabadas sean tus manos, querida Loxandra».

Loxandra había sentado a Camila justo a su lado para ocuparse de ella. Enfrente había colocado una escudilla llena de caviar negro, del que les había traído el capitán Guikas cuando Theódoros le alquiló un barco para ir a Odesa.

Loxandra comía, pero tenía la mente puesta en Camila. Con el rabillo del ojo estaba pendiente de si su nuera comía o no. De

cuando en cuando, además, le echaba un ojito a Dimis en el otro extremo de la mesa y le hacía gestos a Elenkaki para que lo alimentara.

«Ni come la condenada, ni le da de comer al niño», pensaba Loxandra.

Los hombres se pusieron a conversar.

—Por estas fechas los europeos adornan sus casas con muérdago —dijo Theódoros, y lo tradujo al francés para Camila.

Ella le respondió algo, también en francés.

—Qué cosa tan curiosa—dijo Dimitrós—. El muérdago es una planta que trae mala suerte, según la mitología sajona. ¿No es así, Agisílao?

—Por supuesto que sí—dijo el Sapientísimo—. Con una rama de muérdago mató Loki a Baldur, el bello dios de la luz.

—¿Y acaso en Grecia no es igual?—preguntó Theódoros—. En Grecia, con motivo del Año Nuevo el pueblo cuelga un bulbo de cebolla en el dintel de la puerta. Y la flor de la cebolla ¿qué es? Una flor de muertos. ¿El asfódelo no es una flor de muertos?

Kotkotinos levantó la mano.

—Perdón, en lo tocante a la supervivencia de las tradiciones populares, Mijaíl Pselós…

Loxandra aprovechó que nadie la estaba mirando para embutirle a Camila un buen trozo de pasturmá en la boca.

—Cómetelo, cómetelo, maldita sea tu estampa—le decía entre dientes con voz silbante, como si emitiera el sonido por la nariz—. ¡Cómetelo, a ver si te entra un poco de grasa en el intestino, que de puro flaca se te va a abrir el culo y se te va a escapar el alma!

Camila se puso coloradísima e intentó sonreír. Hasta dijo «Merci».

—La nariz se te ha puesto carmesí—canturreó en voz muy baja Euterpe, pero todos la oyeron, y Klío le atizó una patada por debajo de la mesa.

A Theódoros le dio un acceso de tos. Se le pusieron rojas hasta las orejas.

Para componer de alguna manera las cosas, Elenkaki soltó cuanto sabía en francés, a ver si hacía reír a la concurrencia. A pleno pulmón gritó desde el otro extremo de la mesa:

—Camilé, Camilé, ecuté: sortiré qui vu vulé, y peguelé un buen besé. Ecuté, Camilé, un besé a su majesté…

En ese momento Tarnanás hizo su entrada sosteniendo lo más alto que podía la gran bandeja con el pavo. Se oyó un mugido. Era Sofía Lungrú que estaba intentando desabrocharse el cinturón.

Se hizo el silencio. Habían puesto en la mesa la vajilla nueva que Theódoros había traído de Inglaterra, de porcelana gruesa decorada con bosques, praderas, casitas de campo, laderas de montañas y torres de cuento.

Se trinchó el pavo y se sirvió. Cada uno se concentró en su plato. Tarnanás descorchó una botella de vino francés y comenzó a llenar los vasos. Kotkotinos se levantó para hacer un brindis. Sofía Lungrú se desabotonó el cuello. El reloj de pared dio las cuatro.

Habían estado tres horas sentados a la mesa. Cómo no iban a ser tres horas, ¿acaso tenían prisa? Todos se podían quedar a dormir. Gracias a Dios no faltaban colchones en la casa. Ni edredones. Así que la comilona se prolongó. Y cuando ya hubieron terminado, Loxandra cogió un trozo de pan, lo partió en tres con la mano y lanzó los pedazos sobre la mesa.

—Abraham, Isaac y Jacob—dijo—, tres como la Trinidad.

Y luego se fueron acercando de uno en uno para besarle la mano.

Capítulo 6

LOS HUÉSPEDES se quedaron en casa dos días, y después comenzaron a dispersarse. La última en irse fue Agathó. Había pasado toda la semana en Makrojori. Al cabo de siete días llegó Manoliós a buscarla para llevársela a Tatavla. Fueron en barquito hasta Gálata. Allí tomaron un coche de caballos porque Tatavla está en una colina detrás de Stavrodromi y en aquel entonces no había otro medio de transporte.

Cuando las mujeres de Tatavla oyeron el traqueteo del carro por las callejuelas de piedra, todas corrieron a sus ventanas. Se movieron las cortinitas.

—Mirad, está pasando un coche. ¿Quién será?

—Ven, ven, Tarsí, es Agathó, la mujer de Manoliós.

—Muévete, muchacha, que no me dejas ver.

En Tatavla no había coches, pero sí había literas, que se utilizaban en caso de enfermedad o cuando se celebraba el gran baile de la Caridad en el club.

Las literas eran asientos cubiertos, con ventanas, tapizados con satén rosa y azul, y colocados encima de dos varas. Un camillero levantaba la litera por delante y otro por detrás, y la bella joven que iba al baile saludaba a derecha e izquierda como madame Pompadour.

Agrupada alrededor del histórico templo de San Demetrio, la comunidad de Tatavla vivía bien organizada, con sus escuelas, su liceo, su club. Por la solidaridad que los unía, los habitantes de Tatavla recordaban una hermandad cristiana en época de los romanos.

Tatavla era el único suburbio de Constantinopla en el que el cien por cien de la población era griega. Un turco no habría puesto un pie en Tatavla ni por todo el oro del mundo.

Allí se conservaban todas las costumbres. Hasta el tantán, una plancha semicircular de madera, que el sacristán golpeaba en las encrucijadas con un martillo pequeño, llamando a los fieles a misa. El tantán también servía en caso de defunción.

Se oía, por ejemplo:

—Taca-taca-taca-taca. Herma-a-a-no-o-o-os, la señora Melpomeni, esposa del señor Pontikakis, ha entregado su alma al Creador. El funeral tendrá lugar hoy a las diez. Se les invita para que la acompa-a-a-ñe-e-e-n…

Las cortinitas volvían a moverse.

—Tarsí, oye. Están pregonando a la mujer de Pontikakis.

—Amán… No es posible. Amán, Drosí, ise va dejando cinco criaturas!

Ni Tarsí, ni Drosí, ni Katina Rokosteka, ni Makrogalentsa, la mujer de Kabandais, ni Manió, la mujer de Gogovitzia, ni ninguna de las Maniós ni de las Margios de Tatavla dejaba que los huérfanos sufrieran.

Nunca padeció hambre Dimitris, el cándido, ni Elenitsa, la loca del Ararat.

A Elenitsa la comunidad le proporcionaba una habitación gratis y le daba un botecito de yogurt todas las noches. Al mediodía, las mujeres de Tatavla se turnaban para invitarla a comer cada día en una casa diferente.

Tatavla estaba construida sobre una colina, y en la cima de la colina estaba la Punta. En la Punta, frente a la iglesia de San Demetrio y el club, había dos cafés: el Acrópolis y el Ararat. Eran cafés de verano donde se reunían los habitantes de Tatavla para oír

a los cantadores interpretar las canciones de moda: *En el río que es mi vida…* o: *Yo te amaba y me engañaste…*

Al lado de los cafés estaba el cementerio de San Eleuterio. No tenía nada de terrible el pobre. Al contrario, con sus flores y sus apacibles arbolitos hasta daba cierta alegría al paisaje.

Enfrente de San Eleuterio se reunían todos los griegos de todos los lugares de Constantinopla para festejar, el Lunes de Carnaval, el Baklajorani en un rito muy antiguo.

> Anda, cochero, despierta,
> a Tatavla hemos de ir.
> Por el viaje haz una oferta,
> ¿cuánto quieres recibir?…

Elenitsa, la loca, con la cara embadurnada de blanco de cerusa y una cinta roja en la cabeza, se paseaba por el Baklajorani en busca de un marido. Los niños se mecían en los columpios y los caballitos de madera, adornados con lazos y banderas (entre las que se encontraban, furtivas, dos o tres insignias griegas), no paraban de dar vueltas en redondo. Los jóvenes galanes de Tatavla bailaban syrtós constantinopolitanos y jasápikos melancólicos.

> Con la exac…, con la exactitud del tiempo,
> dime tú, dime don…

Y las jóvenes cantaban: «*Ven, Jarálambi, que vamos a casarte..*». Y sólo cuando la fiesta llegaba a su apogeo el organillo comenzaba a tocar el *Tío Theodorís*.

La casa de Agathó es un retrato en miniatura de la casa de Loxandra. También Agathó tiene sus arcones llenos de ropa blanca. También ella se despierta cada mañana diciendo «Oh, bendito sea Dios», como Loxandra. No tiene grandes pretensiones ni demasiadas exigencias. Reza «El pan nuestro de cada día» todas las noches y

está convencida de que el mundo no cambia y de que Tatavla es el centro mismo de la tierra.

—¿Qué significa ser rico, mi Manoliós?—Y ella misma responde—: Saber contentarse con poco.

Hizo bien Loxandra permitiéndole que se casara con Manoliós, aunque los otros no aprobaran su elección. Manoliós acaba de vender su pequeña tienda para entrar como empleado de Theódoros en la agencia. Ahora usa redingote y un cuello alto hasta las orejas. Se sienta frente a una mesa y abre las cartas que llegan a la oficina de Theódoros. Saca la carta del sobre, le estampa un sello que dice: «Recibido», y la coloca en una cestita.

Ese es el trabajo que hace Manoliós y por eso le pagan tres liras al mes. Y vive como un pachá.

De vez en cuando se acuerda de su tiendecita y de su antiguo oficio y suspira, pero Agathó siempre está cerca para consolarlo.

Capítulo 7

UNA VEZ que se fueron todos los invitados y la casa quedó limpia y los niños volvieron a la escuela, la vida retomó su curso y Loxandra volvió a decir: «¡Oh, bendito sea Dios!».

Todo es bueno y todo es necesario, el trabajo y el descanso. «Cada cosa en su momento, como cada mes trae su pez». Agosto, por ejemplo, las caballas. Qué delicia, por cierto, eran aquellas caballitas de agosto. Qué pena que ahora no se encuentren.

—Ah… oh…—bostezó Loxandra—. Oye, Tarnanás, ¿qué hora es? ¡Las tres! Anda, hijo, hazme mi cafecito. Anda, mi pachá.

Acomodó la cabeza en el cojín del sofá, se puso a acariciar a la gata que había venido a acurrucarse entre sus brazos y… se quedó dormida.

Se quedó profundamente dormida, y de pronto se le apareció la Virgen de Baluklí. Se le apareció con el Cristo entre los brazos, sentada encima de una pila bautismal. Llevaba puestas todas las alhajas que ella le había dado. La Virgen la miró y sonrió.

«Loxandra—le dijo—, Loxandra, mírame. El carbón que toquen tus manos se convertirá en oro. ¿Oyes lo que te estoy diciendo? Se volverá oro».

Loxandra se despertó sobresaltada…

Abrió los ojos y vio a Tarnanás frente a ella con el café en la mano.

Transcurrieron varios días hasta que Loxandra se repuso de ese sueño. ¿Por qué se le habría aparecido la Virgen y le habría dicho una cosa semejante? Al final acabó por resolver el enigma.

Loxandra había notado que su gata, *Calipso*, hacía días que entraba y salía de la carbonera con mucha frecuencia. ¿Qué tanto tenía que estar entrando y saliendo de la carbonera? ¿No le bastaba con el jardín que tenía que hacer uso del depósito de carbón para sus necesidades? Un día acabó por seguir a la gata y ¿qué vio? A fuerza de rascar y rascar, la gata había amontonado el carbón a un lado. Loxandra se inclinó y halló la panza de una vasija empotrada en la pared.

¡Un tesoro! ¡Un tesoro guardado en una vasija! ¡Claro! ¿Qué más podía ser aquello? ¡Pero si caía por su propio peso!

Y esa misma noche, en cuanto se durmieron los niños y Tarnanás subió a su habitación, Loxandra se lanzó a los pies de Dimitrós y se puso a suplicarle.

—Mi bey, mi pachá—le decía—, no me vas a decir que no.

Y se lo contó todo. El tesoro. Un tesoro oculto en la carbonera de su propia casa.

—¡Pero, mujer, entra en razón! Debe ser parte de la tubería de desagüe.

—¡¿Cómo se te ocurre?! ¿Crees que la Virgen se ha vuelto loca para querer que rompa la tubería?

—Es que la Virgen nunca te dijo que rompieras ninguna tubería. Lo que te dijo fue…

—Dimitrós, ¡no me mortifiques! Te lo ruego, no me mortifiques, ¿me oyes? ¡Ah!

—Puesto que ya estamos en el «¡Ah!», vamos, mi soberana—dijo Dimitrós riendo.

Y bajaron.

Para entrar en la carbonera Dimitrós se hizo con la hachuela de destazar y Loxandra con una linterna encendida.

—¿Dónde está?

—Aquí, ¿no lo ves?

—Es la tubería, Loxandra.

—¡Dimitrós!

—De acuerdo, de acuerdo, querida—murmuró Dimitrós mientras acariciaba el bucle que siempre estaba suspendido sobre la nuca de Loxandra.

—Estate quieto, Dimitrós, ¿estás loco? ¿Te parece buen momento para carantoñas? Vas a hacer que me caiga.

—Bueno, bueno. Una, dos, tres…

—¡Espera, espera, Dimitrós!—gritó de pronto Loxandra—. ¡Haz una promesa!

—¿Qué quieres que prometa?

—Que construirás una iglesia en Makrojori.

—La construiré—dijo Dimitrós, y volvió a levantar la hachuela.

—Dimitrós, ¡una promesa!

—Ya la he hecho.

—No, ahora promete que casaremos a las hijas de Eleni.

—Las casaremos—asintió Dimitrós, y levantó de nuevo el hacha.

—¡Promete, Dimitrós!—gritó con todas sus fuerzas Loxandra.

—Shhh, calla. Vas a despertar a todo el vecindario y van a creer que estamos locos.

—Promete, te digo. Promete que casaremos a Jaricló y a Plopló, pobrecitas huérfanas. Espera…, y también que le daremos estudios a Andrikos. Espera…

De pronto se detuvo. Llegó hasta sus oídos la voz del sereno. De lejos, de muy lejos le llegó la voz ronca del sereno, que avisaba de un incendio.

—¡Fuego!

No se había extinguido el eco todavía cuando se oyó la voz de otro sereno. Y luego la de otro, más cerca. Y luego las de otros más,

cada vez más cerca. Era como si las llamas se extendieran, se propagaran y los cercaran…

—¡Fuego! ¡Fuego en Therapia y en el Bósforo!

El terror se dibujó en el rostro de Loxandra. Un sudor frío le cubrió la frente.

—Vámonos—dijo, y se refugió entre los brazos de Dimitrós—. Rápido, vamos a meternos en la cama.

—Tendría que arder mucho tiempo para llegar a Makrojori—la tranquilizó Dimitrós.

—Shhh, vamos.

En realidad aquel fuego ardió muchas horas. Pero así eran entonces los incendios. A veces se prolongaban durante días y destruían barrios enteros, arrabales enteros, como cuando se quemaron Kondoskali y Stavrodromi.

En aquella época, era la torre de Gálata o la de Serasker las que daban la voz de alarma cuando comenzaba un incendio. No existía el cuerpo de bomberos. Los encargados de apagarlo eran los tulumbadzís.

Los tulumbadzís eran unos muchachos fortachones, los buscapleitos del barrio. Jóvenes fornidos y viriles de fez alto y púrpura colocado de lado sobre su grasoso pelo ensortijado. Llevaban una flor detrás de la oreja y los talones dos dedos por fuera de sus desgastadas babuchas. Se pasaban de la mañana a la noche sentados en el Escotillón, es decir, en su club, esperando a que hubiera alguna mudanza, que alguien quisiera sacudir sus alfombras o que se declarara un incendio para ganarse unos centavos. En Pascua y en Navidad paseaban una bandeja por el barrio y juntaban muy buenas propinas, porque la gente necesitaba sus servicios.

Adondequiera que comenzara un incendio llegaban los tulumbadzís. Llevaban una pequeña bomba a la espalda y corrían detrás del reizi, es decir, del cabecilla del grupo, descalzos y con los pantalones arremangados por encima de la rodilla, con antorchas en las manos y gritando: «¡Cuidado! *Vardaaaa*!». Y si no te hacías a un lado, te atropellaban.

Los primeros refuerzos acudían de las barriadas vecinas. Conforme se iban extendiendo las llamas, aumentaba el número de bombas que llegaban, pero también aumentaba el alboroto y disminuía la cantidad de agua. Y entre tanto se quemaban las casas de madera (porque casi todas las casas eran de madera), se quemaban como ramas secas en las angostas callejuelas.

Dicen que eran a tal punto angostas las callejuelas en Constantinopla que en una ocasión una hanum se sentó en el umbral de su puerta y sus pies tocaban la pared de enfrente. En ese momento pasó por allí un tulumbadzís con un armario cargado a la espalda y le gritó:

—*Varda, hanumefendi*!, ¡levanta las piernas!

—Levántamelas tú y pasa—le respondió coqueta la hanum.

Y de ahí en adelante esa calle de Constantinopla se llamó *Kaldirbacak caddesi*, es decir, «Calle levanta las piernas».

Capítulo 8

Y ASÍ fue como aquella noche el tesoro quedó sin desenterrar. La noche siguiente tampoco lo desenterraron, porque Dimitrós estaba nervioso y no quiso volver a bajar. Luego llegó de visita la tía Smaragdí, que venía desde Kadikóy.

Loxandra tenía ganas de ahorcarla. Sentía que la sangre se le subía a la cabeza. ¡Pero dónde se ha visto que tengas un tesoro en el sótano de tu casa y no puedas desenterrarlo! Claro que no podía sacarlo en público, porque cuando uno desentierra un tesoro no puede divulgarlo ni contárselo a cuanta gente se le cruza por el camino: el oro se vuelve cenizas. Y además tenía miedo de bajar sola. Dos veces se levantó por la noche y lo intentó, pero las dos veces fue en vano. En cuanto llegaba al rellano de la escalera y veía frente a ella aquel enorme patio de mármol, la embargaba un miedo de muerte. ¿Atravesar aquel patio inmenso sabiendo que debajo estaba la cisterna? Ni hablar, porque en la cisterna vivía Güi-güitzís, el genio de la casa.

—Güi-güitzís—susurraba Loxandra con un dedo sobre los labios y los ojos desorbitados—. ¡Shhh! ¡No nos vaya a oír!

Loxandra tenía miedo de Güi-güitzís, y también tenía miedo del sereno. Pero sólo por las noches. Se le encogía el ombligo de terror cuando lo oía caminar solitario por las callejuelas oscuras y dar las horas con su cachiporra sobre el empedrado. Sin embargo por las

mañanas, cuando lo veía tan desaliñado y desvelado ir de farol en farol con una escalera de madera sobre los hombros apagando las luces de la calle, se compadecía de él y corría a prepararle un café.

—¡Alí! ¡Eh, Alí! Ven aquí pedazo de desgraciado. Ven y tómate un café, miserable.

Y se ponía a conversar con él, mitad en turco, mitad en griego.

—¿Te has enterado? Ah, no lo sabes todavía. Grandes acontecimientos. Una masacre en Adana. Sí, sí, lo que oyes. Masacre te estoy diciendo, ¿no me entiendes? Otra vez se alborotaron esos canijos perros y degollaron a la pobre gente. ¡Que se les seque el brazo, Virgen pura, que se les seque el brazo!

—Ay, ay, ay—decía Alí sentado en cuclillas frente a la puerta de la cocina mientras liaba un cigarrillo.

—¡Ay! ¡Y tres veces ay! Otra vez cayeron cuerpecitos. Otra vez lloraron las madres, ¡que los achicharre el fuego! ¡Perros, malditos perros de Agar![17]

Jamás se le ocurrió al sereno preguntarle quiénes eran los perros de Agar, pero aunque se lo hubiera preguntado, Loxandra no tenía una idea muy clara al respecto.

Los turcos eran, por supuesto, los perros. Pero los turcos eran, para Loxandra, una noción muy complicada. Los turcos eran una plaga de la humanidad, una calamidad divina. Era como si dijéramos: cólera o terremoto o rayo. ¿Qué relación tenían esas cosas con Alí, o con el marchante de huevos, Mustafá, que cada vez que le salía un panadizo en una uña venía a buscarla para pedirle agua bendita de la Virgen de Baluklí?

—Agua bendita es justamente lo que tú necesitas—le decía Loxandra—. Moja un trapito y ponlo encima de la herida. Tómate un sorbo, ¡hazme caso! Tómatelo, no lo escatimes. ¿Acaso el agua bendita se compra con dinero? ¿O se va a secar la fuente?

El agua bendita de la Virgen de Baluklí era la panacea de Loxandra. Le tenía miedo a los médicos y a las medicinas. Pero más miedo le tenía a los remedios de doña Anika, la casamentera. Le daban un asco espantoso. ¿Acaso no eran repugnantes sus potingues?

Con orina de niño varón, doña Anika preparaba el remedio para los congelamientos y para las manos agrietadas. Con excremento de perro hacía unos polvos para la tos que, con ayuda de una pajita, soplaba directamente a la laringe. A base de ratones muertos macerados en aceite preparaba su ungüento de ratón. En las conchas de los mejillones preparaba una pomada de trebentina que servía como crema cosmética para el cutis. Acababa con la ictericia, curaba el sarampión, quitaba el ombligo… qué no hacía la condenada, pero a Loxandra le daba asco.

Loxandra tenía su barbero, don Artemis. Cuando sentía pesada la cabeza, lo llamaba para que le pusiera unas sanguijuelas. Don Artemis ponía emplastos y ventosas y abría fontanelas. También sacaba muelas. Pero el verdadero médico de Loxandra era la Virgen de Baluklí. Era su médico verdadero, su amiga y su consejera.

Capítulo 9

POR FIN se fue la tía Smaragdí, pero antes de decidirse a desenterrar el tesoro, Loxandra fue a Baluklí. Se fue llevando consigo un garrafón de medio galón para llenarlo de agua bendita, y también una cesta pequeña con esto y lo otro para picar, en caso de que le diera hambre.

Baluklí está en Eptapyrguio, cerca de la Puerta de Silivri, en medio de un espeso bosque de cipreses.

Justiniano, que sufría de los riñones, encontró remedio a sus males en Baluklí e hizo reparar la iglesia del Manantial de la Vida con los materiales que sobraron tras la construcción de Santa Sofía. Más tarde, sin embargo, ese templo fue destruido por los jenízaros, y el que vemos hoy se construyó mucho después.

Dentro del recinto del templo están enterrados los patriarcas de Constantinopla. Al lado se encuentra el cementerio más grande de los ortodoxos. Un poco más allá, las fundaciones filantrópicas nacionales: un gran hospital con los mejores médicos de la ciudad, un manicomio y un asilo para ancianos.

Todo eso lo sabía Loxandra porque nació y creció en aquellos lugares. Loxandra nació en Psomathiá. Desde muy pequeña iba a Baluklí con su madre y con su abuela.

El agua bendita del Manantial de la Vida brota de una fuente cristalina que desemboca en un pequeño estanque, más profundo de

un lado que del otro. Dentro del estanque hay varios pececitos. Ahí viven, dicen, los peces que saltaron de la sartén al manantial cuando los turcos tomaron Constantinopla. Deben ser siempre siete. ¡Pero es imposible distinguirlos en medio de tanto pez dorado!

Loxandra se detiene frente al estanque. Reposa la mirada en el agua mientras mastica su pan bendito.

Lleva puesto su vestido negro largo, el chal de cachemir de su abuela y su sombrerito de cintas anchas anudadas por debajo de la papada.

Se siente conmovida y busca los pececitos. Tiene muchas ganas de darles unas cuantas migajas de pan bendito para alimentarlos a los pobres, pero no se atreve. ¡Qué vergüenza! ¡Qué diría la gente si la viera! Como quiera que sea… esto no deja de ser una cisterna y… no le vas a echar cosas dentro aunque sea para dar de comer a los peces. No, no, no, y no. ¡Imposible! ¡Sería una vergüenza!

Vuelve a echar una ojeada alrededor para comprobar que no haya nadie mirándola y se mete todo el pan bendito en la boca. Hace la señal de la cruz. Que sea para bien y que pueda repetirse el próximo año. Saca el garrafón de su bolsa y se dispone a llenarlo.

El agua bendita está fría, helada. Llena el tazón de cobre que cuelga de la pared y lo primero que limpia son sus ojos. Luego, con devoción, se moja los cabellos. Luego llena de nuevo el jarro y se bebe hasta la última gota.

—¡Ah-ah-ah!

Vuelve a la vida. Fresca. Llena de júbilo. Con un corazón que no le cabe en el pecho de tanta felicidad.

—¡Oh, bendito sea Dios!—susurra mientras sube por la escalera.

Llena de buen humor dobla a la izquierda rumbo al cementerio.

Las tumbas de sus padres no están demasiado lejos de la puerta de entrada del camposanto y parecen un huerto. Son tres lápidas de mármol perdidas entre las hierbas. Hay dientes de león, cardillos, acederas y margaritas. Un rosal silvestre muy espeso ha cubierto los barrotes de fierro que las rodean. En uno de los rincones hay un ciprés grande, y debajo del ciprés, un cómodo banco.

Cuando Loxandra se sienta en ese banquito se siente segura. Protegida. En ese lugar están sus padres. Y ese lugar la recibirá a ella y también a su esposo, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. El lugar es suyo, lo compraron con una lira de oro y los papeles los tiene bien doblados dentro del paquete donde guarda los ombligos de los niños, sus primeras uñitas y el sudario que le trajo Yakumis de Jerusalén.

Así son las cosas. Mientras estás vivo, tu lugar es tu casa. Cuando mueres, tu lugar está aquí. Así ha sido, así es y así será. Porque cada cosa tiene su momento y su lugar. Hasta el jabón de la cocina. Y nada cambia.

¿Acaso cuesta mucho de entender? El lugar del jabón de la cocina está a la derecha del fregadero. Como Tarnanás es zurdo, va y lo pone a la izquierda. Y no hay poder humano que consiga meterle en la cabeza que el lugar del jabón es a mano derecha. En cuanto te descuidas, vuelve a ponerlo a la izquierda.

El lugar de su difunta madre es la tumba que está en el centro. La de allá es la de Nikolós, y en ésta está enterrada su pobre abuela.

«¡La pobre doña Zoitsa!», que Dios tenga en su gloria a la pobre abuela. Ella fue quien enseñó a Loxandra a guisar tan sabroso. Ella quien le enseñó todas esas coplas…

Las chicas del barrio no salen a la calle en pantalón bombacho, sólo Eufrosina sí, muy oronda, y sin empacho…

Loxandra deja caer la cabeza de lado. Es como si doña Zoitsa estuviera allí, viva, frente a ella, con su grueso chaleco de invierno y su delantal… Muy arregladita, muy limpia…

Hierbabuena y poleo y el agua de Halkí,
ay, Manió, yo a ti te quiero, aunque te olvides de mí.

Cantaba doña Zoitsa mientras enrollaba los yialandzí- dolmás. Y Loxandra era pequeñita y estaba sentada en un taburete al lado de su abuela. Le preparaba las hojas de parra. Limpiaba la hierbabuena, porque los yialandzí-dolmás llevan hierbabuena. Así es.

Si no tienes hierbabuena y mucha cebolla, mejor no prepares yialandzí-dolmás.

—¡Ah!

Loxandra abre su cestita y saca un yialantzí-dolmá. Echa una mirada a su alrededor. Una mujer, un poco más lejos, está arrodillada junto a una tumba encendiendo una vela.

Otras dos, ligeramente más allá, lloran, no la miran. Con un gesto muy rápido se desliza el dolmá en la boca. Momentos más tarde se inclina y se embute otros dos dolmás y un trozo de pan y un rabanito.

—Hum… ¡qué sabrosos han quedado los dolmás!

¡Que Dios tenga en su gloria a la abuela que preparaba con hierbabuena los yialandzí-dolmás! Se mete en la boca una oliva y exhala un suspiro mirando al cielo. Y de pronto ve a su madre. Y junto a su madre está Nikolós, a quien tanto le gustaban las aceitunas. ¡Que Dios lo tenga en su gloria!

Se acaban los dolmás. Se acaban las olivas. Una salmodia llega desde el fondo del cementerio.

«Debe haber misa de difuntos—piensa Loxandra llevándose a la boca una rebanada de pasturmá—. Mal rayo te parta, Tarnanás, qué gruesas están estas rebanadas».

Y, sin embargo, la culpa no es de Tarnanás, la culpa es del cuchillo aquel de la cocina que hay que llevar a afilar. Y ya que se va a afilar el cuchillo de la cocina, bien valdría la pena hacer afilar también la hachuela para la carne.

«¡Amán!». Se olvidó de bajar la carne al pozo. ¿Se le ocurrirá bajarla a Tarnanás o va a dejar que se pudra ahí colgada en el gancho de la cocina? ¡Uf! ¡Uf! ¡Uf! ¡Cómo se le ha podido olvidar la carne!

Se sacude las migajas del delantal y se frota el muslo. ¡Qué angosto es este banco! Le queda medio muslo fuera y siempre acaba por entumecérsele.

Una lagartija asoma por entre las hierbas y se queda como petrificada junto al zapato de Loxandra. Ella prefiere no moverse, no

la vaya a asustar. ¡Ah, qué bonita es!

—Lagartijita…—le dice en voz muy baja y sonriendo con ternura.

Quiere llamarla, pero no sabe cómo se llama a las lagartijas.

El sol está ya muy alto y penetra por entre el espeso follaje. Los cipreses se desprenden de su aroma. La campana de la iglesia tañe por el mediodía.

¡Cómo! ¿Ya es mediodía? ¿Cómo se le ha podido pasar el tiempo así?

Se acuerda de que hay salmonetes en casa y había pensado hacerlos fritos. Se acuerda de que debería haber bajado la olla de barro para los encurtidos. Se acuerda de que los niños deben estar a punto de llegar de la escuela y querrán comer. Se acuerda de su cocina y de su comedor y de su pequeña alcoba, se acuerda de todo al mismo tiempo.

—Virgen Santa—murmura—, ¿cómo se me ha podido pasar el tiempo así?

Coge la bolsa con el garrafón, coge la cestita, se levanta las enaguas y se pone en camino. Salta las tumbas a zancadas, galopa.

Cerca de la puerta del cementerio lanza un placentero eructo.

«¡Gr-r-r-r-oj!—expele con todas sus fuerzas y hace tres veces la señal de la cruz sobre su boca—. ¡Salud! ¡Qué magnífico digestivo es esta agua bendita!».

En casa, Tarnanás le abre la puerta y Sultana corre a liberarla del garrafón y la cesta.

—¿Y los niños?—pregunta Loxandra.

En el comedor. Están terminando de comer.

—¿Habéis frito los pescados?

Tarnanás había hecho los pescados a la parrilla y había ahumado la carne.

—Vaya, ¡muy bien!—exclama Loxandra.

En cuanto entra en el comedor, pregunta:

—¿Cómo os ha ido hoy en la escuela?

Los niños levantan sus cabecitas y se quedan mirándola.

«¡Qué bonita es mamá!», piensa Alekos.

—¿Has ido a Baluklí?—le pregunta Klío.

Loxandra sonríe. Sus ojos resplandecen. Sus mejillas están muy rojas. Su piel parece de satén.

—He ido a Baluklí—responde en voz muy alta con la vista puesta en el patio donde está la cisterna en la que vive Güi-güitzís.

Y de nuevo, ahora todavía más fuerte, dice:

—Sí, he ido a Baluklí y he traído un garrafón enorme lleno de agua bendita.

Con aire triunfal, arrastra una silla y se sienta a la mesa.

—¿Va a comer?—le pregunta Sultana, abriendo sólo un lado de la boca.

—Bah—dice Loxandra—, no tengo hambre. Sólo quiero ver si estaban frescos los salmonetes.

Habían quedado cinco pescados en la bandeja.

—Tráeme un tenedor para ver a qué saben.

Antes de que Sultana tenga tiempo de volver con el tenedor, Loxandra ya se ha apoderado del más grande de los salmonetes. Lo mira con ternura y lo olisquea. Lo olfatea y lo examina atentísimamente. Baja la cabeza y comienza a lengüetearlo. Con toda suavidad pone sus labios sobre el pescado y lo acaricia, le hace cosquillas, y de pronto le pega un mordisco. Lo devora.

—¡Ah!

Se frota las manos con un trozo de limón que ha quedado en la fuente, se las limpia con la servilleta de Klío y, antes de que Sultana haya vuelto de la cocina, Loxandra comienza a recoger los platos.

—A ver, Sultana, llévate esto. ¿Vosotros ya habéis comido?

Cambia la conversación:

—Lo he pasado muy bien hoy en Baluklí. Pero que muy bien, de veras. —Se persigna—. ¿Qué vais a hacer ahora? —les pregunta a los niños.

Alekos se va a casa de Orestes a estudiar. Klío quiere ir a su dormitorio a leer.

—Y yo me voy a recostar un ratito en mi rincón, a ver si me repongo.

En ese momento alguien toca a la puerta. ¡Ah! ¿Quién puede ser a esta hora? Es el sobrino de Manoliós, que viene de Tatavla. Agathó ha empezado con los dolores del parto y pide que su madre vaya rápidamente a Tatavla.

—Amán, Sultana, corre. Corre, Tarnanás. Ayudad. Klío, baja la maleta del falso techo. Alekos, ¿por qué te quedas allí parado sin hacer nada? Abre el ropero grande y saca el paquete amarillo con la ropita del bebé. ¡Pst! ¡Oye! ¡Ah, mal rayo te parta!

Parece que *Calipso* se enredara a propósito entre las piernas cada vez que ve alboroto en casa.

—¡Un coche! ¡Tarnanás, corre, ve a traer un coche!

Su bata, sus pantuflas, el medio galón de agua bendita que acaba de traer de Baluklí. ¡Así, muy bien! Un momento, un beso a los niños…

—Os portáis bien. Y tú, Tarnanás, no te olvides de la tila de Dimitrós. Sultana, cuida a *Calipso* como si fuera la niña de tus ojos. Klío, el jilguero…

¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? Las vecinas abren sus ventanas para ver qué está pasando enfrente, en casa de Loxandra. El coche ya ha girado en la esquina y Loxandra sigue gritando, dando órdenes.

¿Qué sucede? Agathó está de parto y Loxandra se va a Tatavla. Que todo salga bien y que la Virgen la acompañe.

Loxandra se fue, y ese día tampoco desenterraron el tesoro. Bueno, qué se le va a hacer, no hay mal que por bien no venga. La verdad es que el asunto ese del tesoro empezaba ya a tenerla hasta las narices y ahora tomaba con entusiasmo cuanto obstáculo se atravesara en el camino de la molesta expedición nocturna. ¡Que se vaya al diablo el mentado tesoro y todos sus beneficios! ¿Qué iba a hacer con él? ¿Acaso le faltaba de comer? ¿O no tenía de beber? A Dios gracias no le faltaba nada. Pero de todos modos más tarde o

más temprano tendría que desenterrarlo, porque si no la Virgen se podía enojar.

Capítulo 10

QUISO la furia que soplara viento del sur ese día y que el barquito que hacía el recorrido de Makrojori a Gálata tuviera retraso. ¡Y Dios te ampare cuando el viento sopla del sur! Loxandra se mareó, cosa que no le había pasado en su vida. Además, seguía con la cabeza en su casa. ¿Podrá solo Tarnanás con todo lo de la cocina? ¿Se acordará Sultana de poner la lakerda en aceite? ¡Oh, qué barbaridad! Se había olvidado de avisarle a doña Zoitsa que se iba y de pedirle que le echara un ojito a los niños. Doña Zoitsa era la maestra de los niños. Tenía su propia escuela. Es decir, reunía en su comedor a unas diez criaturas y les enseñaba canciones, geografía, historia, aritmética y lectura con el *Gerostathi* [18] Alekakis era el mejor en matemáticas. Klío destacaba en lectura y en declamación, y todos los años, cuando festejaban el aniversario de su papá, ella le hacía un discurso o le declamaba alguna poesía. Un año había recitado:

De Ioannis Galatos era hija,
ni siete años cumplía todavía,
por su padre sentía idolatría
y junto a él huyó de los soldados.
Por montes y montañas y por llanos
escuadras con su cabo los seguían,
la niña a su padre le decía:
«Orgullo serás tú de tus hermanos».

Y todos se conmovieron tanto que se les saltaron las lágrimas. La tía Elenkaki lloraba a lágrima viva. Tarnanás lloriqueaba, porque se acordó de su papá, al que los turcos mataron en Erzurum. Y Sultana dio rienda suelta a su llanto al ver que los demás estaban llorando.

La nuera, Camila, se asustó mucho cuando vio que todo el mundo lloraba y preguntó qué estaba pasando. Entonces Dimitrós le pidió a Klío que ya no siguiera, que mejor cantara alguna cancioncita de *La hija de madame Ankó*, que entonces estaba de moda. Pero Klío prefirió cantar el aria *Tú que te elevas a los cielos, oh, alma enamorada*.

Además de todas sus otras cualidades, Klío tenía muy bonita voz. Pero más que la música le gustaban los libros. Dale un libro y olvídate de que existe. Y libros, gracias a Dios, no faltaban en casa. Dimitrós tenía un cuarto lleno. Vilarás, Sutsos, Rangavis, Vernardakis… Cuando era pequeña, siempre andaba detrás de su madre, ayudándola. Loxandra la sentaba en un banquito frente a ella y juntas limpiaban las judías o los bamies, o le daba un trapo y la mandaba a quitar el polvo de los muebles. Pero desde que aprendió a leer, Klío no volvió a bajar a la cocina. ¿Dónde estará, dónde se habrá metido? En la biblioteca de papá. Dimitrós no estaba en todo el día y Loxandra no ponía un pie en la biblioteca. «Dejad a la niña que lea si eso es lo que le gusta. Mal no le ha de hacer». Klío leía cuanto quería. Cuando le cayó en las manos *Cassiani*[19] perdió la cabeza. Primero se enamoró de Akylas, que se parecía al farmacéutico de Makrojori.

—Señor, la pecadora…—decía Klío poniendo los ojos en blanco frente al espejo del lavamanos y colocándose en la cabeza, a modo de velo, la toalla—. Señor, la mujer que ha caído en tantos pecados…

—¡Miradla! ¡Está loca! ¡Está poseída!—gritó un día su prima Euterpe, la hija de la tía Elenkaki, cuando entró, sin previo aviso, en el cuarto de Klío. Y luego soltó una carcajada.

Fue algo que Klío no pudo olvidar nunca en su vida. Aquel día creyó que se volvería loca de vergüenza. Se puso muy colorada, se abalanzó sobre Euterpe y la agarró del pelo. Tuvo que subir

Loxandra para salvar a Euterpe de las manos de Klío, a pesar de que Euterpe era más grande y más fuerte.

Euterpe había heredado la constitución ancha de huesos de Loxandra y se parecía más a ella que su propia hija. Sólo en una cosa no se le parecía: los cuidados y la limpieza. Los veranos, cuando la enviaba su madre desde Pera para que descansara fuera de la ciudad, en Makrojori, Loxandra pasaba las de Caín para conseguir bañar a Euterpe.

—Ven, mi niña, ven, mi reina, vamos al hamam. Vas a ver qué deliciosos dulces de sésamo y miel te voy a comprar con la mora del hamam.

A empujones y codazos lograban meter a Euterpe en el coche. A empujones y codazos conseguían meterla en el baño. Tarnanás y Sultana y Alekos ayudaban como podían, porque mientras los niños fueron pequeños, claro que los llevaban con ellas al hamam. Cada sábado por la mañana tenía lugar la gran fiesta del baño. La víspera Loxandra preparaba la comida para el día siguiente: gallina hervida con caldo y luego mahalebi. Preparaba también los refrescos que llevaría al baño: horchata, naranjada o agua de cereza, y alguna que otra golosina. Nada de cosas pesadas ni de comida indigesta. ¡A-pa-pa-pa-pá, ni hablar! Eso lo hacían las turcas y las armenias que se teñían con hena y mientras esperaban a que la hena se secara, se sentaban en el sogukluk, es decir, en la sala más fresca del hamam, y se atiborraban de sus comidas locales, de dolmás y otras viandas más bien pesadas.

La ayuda de Tarnanás y de Alekos era indispensable para lograr desvestir a Euterpe y meterla en el agua. Pero, cuando los niños crecieron, un día todas las mujeres se levantaron desnudas, chancla en mano, decididas a echar fuera a los muchachos. Se organizó un escándalo tan terrible que Loxandra estuvo a punto de desmayarse al oír que le gritaban: «Oiga, señora, ¿y no se le ha ocurrido que también podía bañar a su marido?». (¡Dónde se había oído que le dirigieran palabras como éstas!). Desde entonces Loxandra llevaba con ella a Jaricló y a Plopló para poder engatusar a Euterpe. Quería frotarla bien, enjabonarla bien, restregarla como Dios manda. Una

enjabonada y otra enjabonada y una tercera enjabonada, tres como la Santísima Trinidad. Y luego una buena enjuagada. Loxandra sumergía su tazón de plata en la pila de mármol, enjuagaba a Euterpe y se refrescaba ella. «¡Oooh!».

—A ver, un tazoncito más fresco todavía para que no te vayas a resfriar cuando salgas. Y otro más, cochinita, si te dejo, te van a salir gusanos. ¡Van a formar una hilera esos gusanitos y te van a arrastrar al mar! A ver, otro tazón para darme gusto, mal rayo te parta, chiquilla chamagosa. Hasta cuando andes de novia voy a tener que bañarte, niña mugrosa, ¡qué lata me has dado hoy!

Y así, con gran pompa, envuelta en un grueso albornoz de Bursa, salía Euterpe de la sala más caliente del hamam y pasaba a la siguiente, más fresca, y de allí a la gran sala donde se habían desvestido, y durante todo el recorrido Loxandra seguía diciéndole cosas. Y para ganarse de nuevo el corazón de Euterpe le compraba golosinas de miel y sésamo en el puesto de la mora que estaba sentada frente a una enorme bandeja en el centro de la sala.

¡Qué lindos aquellos años en que tenía a sus hijos pequeños siempre alrededor! Pero los seres humanos, que nunca están contentos con lo que el Señor les da y siempre quieren más, lo echan todo a perder. Y un buen día Dimitrós decidió que Alekakis debía estudiar. Que lo enviaría a la Escuela de la Nación griega, en Fanari.[20] Pero como Fanari quedaba muy lejos, decidió mandarlo a vivir a casa de Theódoros. Así además podría aprender francés, dijo, con Camila. ¡Qué tonterías se le ocurrían! ¿Por qué demonios tenía que aprender francés el niño? ¿Acaso sabía francés Kotsos, el hermano de Loxandra, que había sostenido tantos años la casa y que ahora tenía a su mujer todo el día sentada en sus aposentos como una auténtica sultana y gran señora? ¿Acaso sabía francés Manoliós, que trataba a Agathó como a una princesa en Tatavla? Para que pueda ganar más dinero, decía, como Theódoros. ¿Y qué va a hacer con más dinero? ¿Puede comer más de lo que come? ¿Qué es ser rico? Saber contentarse con poco.

En eso pensaba Loxandra aquel día en el barquito que la transportaba a Gálata, mareada por el viento del sur, y suspiraba.

Santa Virgen llena de misericordia, ayuda a Agathó para que tenga un buen parto. San Nicolás, tranquiliza el mar para que el barquito llegue a tiempo. Porque a la tal Kanaraki, la comadrona de Tatavla, Loxandra no le tenía demasiada confianza. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la vida? Un suspiro. ¿Qué importancia puede tener el dinero?

Mencionó el dinero y se acordó de golpe del tesoro que había en su carbonera, y así, conmovida como estaba, se lo ofreció íntegro a la Virgen de Baluklí.

«Virgen Santa, haz que el bebé de Agathó nazca sin problemas y así, tal como está el tesoro, será para ti. Lo repartiré entre los pobres. Daré las dotes que haga falta para casar a las muchachas. Aliviaré los males de los desdichados. Amén».

Se persignó y comenzó a reunir sus cosas porque el barquito estaba tocando ya la sirena. Se estaban acercando a Gálata. El mareo y las tiritonas quedaron atrás. Cargó la maleta y los bultos que llevaba y se acercó con paso seguro a la escalerilla del barco.

—Gracias, Virgen Santa—dijo apenas puso un pie en el muelle de Gálata. Hasta tal punto estaba convencida de que Agathó tendría un parto sin complicaciones.

Y lo tuvo. Dos horas después de la llegada de Loxandra a Tatavla, Agathó dio a luz un varoncito precioso.

—¡Bendito sea Dios!

Y el «Bendito sea Dios» de Loxandra quería decir:«¡Ah! ¿Qué es si no la felicidad en este mundo?».

Capítulo 11

«Cortar, en un atardecer de verano,
con un cuchillo filoso
un melón verdidorado
sobre un gran plato carmesí.
¡Ah! ¿Qué si no es la felicidad?».

«Un viajero vuelve a casa tras
una larga ausencia y ve la vieja
puerta de su ciudad,
y oye a las mujeres y a los niños
en ambas orillas del río conversar
en su dialecto.
¡Ah! ¿Qué si no es la felicidad?».

(SHÉNG-T'AN,
Treinta y tres instantes de felicidad)

Uno de los instantes de mayor felicidad de Loxandra era el momento en que se despreocupaba de todos los quehaceres, se tomaba su cafecito de la tarde y se recostaba en un extremo del sofá en la pequeña alcoba baja, con su labor en las manos.

Al cabo de dos semanas en Tatavla, Loxandra emprendió el camino de regreso. Acababa de entrar en Makrojori cuando percibió

el olor de su casa, el olor de su jardín y el olor del jardín del pachá Reşat, que estaba al lado del suyo. Ya habían cesado las lluvias de abril y los cipreses del jardín de pachá Reşat estaban muy verdes. El plátano del jardín de Loxandra se había poblado de nuevos brotes y la madreselva asomaba sus ramas nuevas por encima de la tapia. El portillo del jardín estaba abierto y en el umbral se hallaba sentada la gata *Calipso*, blanca borla para empolvarse, bola de estambre persa. Sherezade de *Las mil y una noches*. La más bella de las bellas entre las gatas de Oriente. Apenas divisó a Loxandra a la lejos, ¡la reconoció! ¡Ah! ¿Qué si no es la felicidad? También la reconocieron los perros del barrio. Y Tarnanás, en cuanto oyó los pasos de Loxandra, salió presuroso de la cocina con el escurridor en la mano. Y los niños, y Sultana, y hasta una cigarra empezó, fuera de tiempo, a chirriar en la cima de un pino. Las golondrinas estaban construyendo de nuevo su nido cerca del canalón de la casa. «¡Bendito sea Dios!».

¿Es indispensable escribir poemas para ser poeta? ¿O conocer el pentagrama para ser músico? ¿O ser devoto para alcanzar el Paraíso? Aquí está el Paraíso si tienes ojos para verlo. Si no tienes ojos no conocerás el Paraíso, ni en la tierra ni en el cielo.

A media tarde Loxandra se acomodó en el extremo de su sofá y puso frente a ella el talego de los retazos, para buscar un trozo de batista muy suave y bordarle unos baberitos al bebé. Aquello estaba patas arriba. Alguien debía haber metido mano en sus retales mientras ella estaba en Tatavla.

—¡Me lleva el diablo!—murmuró Loxandra mientras ponía orden en sus retazos.

Tenía entre las manos un retal azul marino y se quedó pensando. ¿Cómo habrá llegado esto aquí? ¿De dónde será? Ah, debía ser el retal que sobró del vestido que había cosido su madre… Santo Cielo… ¡Cuántos años tendrá!

Loxandra, conmovida, no podía quitarle los ojos de encima al pedazo de tela. ¡Santo Cielo! El vestido se había usado infinitas veces, había perdido su color, había envejecido, y aquella que se lo ponía hacía ya mucho tiempo que no estaba. Y, sin embargo, aquel

pedacito de tela seguía vivo. ¡¿Qué es el hombre?! Ah, y aquí hay un trozo de la tela de sus cortinas viejas, y aquí un pedazo de franela de la bata que cosió cuando su Alekakis nació. ¡Ah, y aquí hay un cachito de su traje de novia!

El pasado, todo, revivió frente a Loxandra. ¡El pasado encerrado en un talego! Y justo en ese momento alguien tocó en la ventana. ¡Amán! Loxandra levantó la cabeza y ¡qué vio! Pegado al vidrio de la ventana estaba el morro negro del jefe de los eunucos del pachá Reşat.

«Abre la ventana», le indicó con un gesto.

¡Cómo iba a abrir la ventana Loxandra si estaba temblando de pies a cabeza! No podía ni moverse ni hablar. Se le había secado hasta la última gota de saliva en la boca. Y el negro, insistiendo.

—¡Abre!—le gritó—. El pachá quieres tu gata, gusta mucho.

Loxandra se quedó mirándolo con ojos inexpresivos y la boca abierta.

Siempre había tenido miedo de los negros. ¡Son el diablo! ¿El diablo no es negro y asexuado? No hay ni machos ni hembras entre los diablos. Y los seres ahembrados que vivían en las residencias de los gobernantes turcos eran así.

Negros y asexuados. Agudas voces femeninas, pantalones anchos y recogidos en los tobillos… ¿Acaso a eso podía llamársele hombre?

—El pachá le pides que des tu gata—repitió el eunuco como si le estuviera haciendo el honor de pedir a una hija en matrimonio.

De pronto Loxandra se puso coloradísima. Una vena se le abultó en la sien. Sus ojos echaron chispas y su voz enronqueció.

—¿Qué gata? ¿De qué gata hablas? ¿Eh? ¿De *Calipso*? ¡Estás loco! ¡Vete a buscar a un cura para que te exorcice!

Se le olvidó su miedo a los negros, se le olvidó su miedo al pachá.

Cuando el negro vio que se enfurecía, se quitó del dedo meñique un anillo de esmeralda y se lo enseñó.

—Lo envías el pachá. Para tú.

—¡Y un cuerno!—tronó Loxandra—. ¡Largo!

El negro impertérrito, la mirada clavada en ella.

—¡Fuera de aquí!—gritó Loxandra golpeando con la mano el cojín que estaba encima del sofá.

El negro impávido.

—¡Piedad, Señor!—se persignó Loxandra—. *Vade retro Satanas*.

El negro sacó del cinturón un monedero.

—¡Oh! ¡Mal rayo te parta, miserable!

En ese momento Loxandra perdió los estribos.

—¡Tarnanás! ¡Tarnanás!

Se levantó y se puso a buscar sus chancletas. Dónde demonios estarían. Cada vez que se preparaba para asesinar a alguien, perdía las chancletas…

—¡El hacha de destazar, Tarnanás, hay que acabar con él!—gritaba Loxandra, pero en lo que Tarnanás llegaba, el negro dio media vuelta y desapareció.

Aquella noche Loxandra y Dimitrós no pegaron ojo.

—¿Qué hiciste, Loxandra mía? Estamos perdidos, mi señora.

—¿Qué querías que hiciera, Dimitrós? ¿Que le entregara el animalito?

Fue una semana de angustia, pero no pasó nada. Sólo que, después de diez días, *Calipso* se perdió. Desapareció. Era como si la tierra se hubiera abierto y se la hubiera tragado. Loxandra daba vueltas por el jardín llamándola. Caminaba afilando el cuchillo de la cocina para que *Calipso* la oyera y viniera corriendo.

—¡Toma, *Calipso*, bsss, bsss, bsss!

Tarnanás iba tras ella recorriendo el jardín y golpeando la hachuela de la carne contra la tabla de cortar.

—¡Toma, *Calipso*, bsss, bsss, bsss!

Todos los gatos del barrio creyeron que comerían carne, y una manada de mininos con las colas como mástiles se reunió en el jardín. Aquello parecía una merienda de negros.

—¡Zape! ¡Malditos, me van a tirar! ¡Zape! ¡Amán!

Pero de Calipso, nada. No apareció. Un mes más tarde doña Anika les dijo que no se preocuparan por Calipso, porque estaba vivita y coleando y afincada como una reina en el harén del pachá. El día que había ido, dijo doña Anika, a entregar a la joven hanum los encajes que ésta le había encargado, había visto a Calipso recostada dentro de la alcoba dorada. La llamaban, dijo, Dünya Güzeli, que significa «La más hermosa del mundo».

—¡Que se le seque la mano al que se la llevó de aquí! —gritó Loxandra.

Luego encontró un gatito que venía de los tejados, todo esmirriado, con el morro como un zapato y una cola que más parecía una cuerda que una cola, y juró que jamás volvería a tener una gata hermosa en su casa, por miedo al pachá.

Con el tiempo volvió a tener miedo de los negros. Cuando pasaba frente a la puerta de su casa el coche cerrado de la hanum mayor, con el eunuco sentado al lado del cochero, Loxandra bajaba las persianas para no verlo. Cerraba los ojos, hacía la señal de la cruz.

—Jesucristo vencedor, del mal ahuyentador. Santa María de Baluklí, extiende tu brazo y salva a Constantinopla de los perros de Agar que ahora la han tomado con mis gatos.

Por descontado que los perros de Agar eran los turcos, pero cuando Loxandra lo decía se imaginaba auténticos perros salvajes. Porque… de Agar…, gar…, de gar, garra…, y garras, terribles garras, sólo tenían los animales salvajes. Esa era más o menos la asociación de ideas que pasaba por su mente.

Sabía, por supuesto, que la Generalísima, es decir, la Virgen, alguna vez había salvado Constantinopla de los perros de Agar, y se imaginaba a la Virgen encima de las almenas protegiendo a la pobre gente del pueblo, seres indefensos, de unos furiosos perros salvajes que habían bajado de los alrededores de Çatalca.[21]

Es cierto que por aquel entonces Constantinopla estaba repleta de perros sin dueño. Unos bondadosos perros callejeros, dotados de

una fertilidad inimaginable. ¿Y quién se iba a atrever a meter la mano para impedir que se multiplicaran? ¡Sería un pecado! Estaban todos bajo la protección del sultán, que era «compasivo». No había ninguna minoría que disfrutara en Turquía de los privilegios que tenían los perros.

Vivían reunidos en distintas manadas, y cada barrio tenía la suya. Los blancos, los negros, los pintos, los cachorros del año anterior, los cachorros de este año, el jefe de la manada, el sucesor y su rival, la bella del barrio, el perseguido, el suertudo, el enclenque…, etcétera.

Las fronteras entre los barrios las habían definido los propios perros. Alguna vez, por motivos amorosos, llegaban a cometerse transgresiones. Pero el transgresor era severamente castigado por los perros del barrio ajeno, y también por los de su propia manada, si lograba volver sano y salvo a su barrio.

Apenas llegaba a su frontera, el acoso de los perros ajenos cesaba y era el jefe de su manada el que tomaba las riendas del asunto.

—¡Alto! ¿Adónde vas?

—Vuelvo a mi lugar.

—¡A ver a qué hueles! ¡Identifícate!

Silencio. Toda la manada contenía la respiración. En ese momento sonaban los tambores de la muerte. Cada uno de los adversarios husmeaba con el morro metido en el trasero del otro, cerca de las partes más sensibles del cuerpo. Una guerra de nervios. El primero que se intimidara y bajara la cola estaría perdido.

Y, de pronto, los músculos empezaban a relajarse. Comenzaban a moverse los rabos. Las patas traseras pegaban dos rascadas triunfales en el suelo y el apóstata recibía, por fin, permiso para circular.

Y entonces comenzaban los recibimientos y los saltos de alegría y los chisguetes sobre las paredes. «¡Arriba el valiente!».

Como esos perros no tenían dueño, amaban al mundo entero y eran felices. Eran leales al jefe de la manada y el jefe de la manada era leal a la Loxandra del barrio.

Jamás mordían a nadie. Pero ladraban mucho. Le ladraban a los tulumbadzís de otros barrios. Le ladraban al trapero judío y al mendigo. Gritaban cuando el velador avisaba de algún incendio y de vez en cuando también ladraban sin ningún motivo frente a la puerta de su casa preferida. Pero aquello no era un ladrido en forma, era una especie de ¡gap! ¡gap! que les salía de lo más profundo del pecho como un desbordamiento de gratitud y adoración.

También era una forma de hacerse los fanfarrones. «Tú duerme que yo velaré a tu puerta», y echaban un chisguete sobre la pared.

Capítulo 12

O POR los festejos de la Pascua, o porque era su santo o el de Elenkaki o el de Yorgos, o por la limpieza de primavera o por los exámenes de los niños, pero el caso es que Loxandra no encontró un momento para bajar a desenterrar el tesoro. Después empezó el verano y llegó a Makrojori, desde Grecia, la compañía de Tavularis. Dimitrós compró un palco para toda la temporada. ¡Imposible bajar a excavar si el mundo entero está despierto por la noche!

Transcurrió julio, transcurrió agosto, llegó septiembre, y fue entonces cuando toda la tensión que Loxandra había acumulado estalló. ¡Qué le importaba el tesoro o el no tesoro si había perdido a su niño! A su Alekakis. Lo habían inscrito en la Escuela de la Nación Griega y ahora vivía en casa de Theódoros.

Llegó el otoño, un otoño prematuro, y el kará-yalís, el viento del noroeste, comenzó a soplar. Y luego se desataron las lluvias que barrieron hasta la última hojita verde que aún quedaba en los árboles.

Invierno. Un día Loxandra se envolvió en su pelliza y bajó a la cocina a preparar la cena. Serían como las cinco, o las cinco y media, pero la cocina ya estaba completamente oscura. Prendió la lámpara y encendió el fuego ella sola, porque Tarnanás no estaba. Se casaba un primo suyo en Kumkapi y se había ido a la boda. Se había llevado a Sultana con él.

Cuando estaba limpiando el arroz, Loxandra oyó un «miau» lastimero detrás de la puerta. Un «miau» que hizo que su corazón diera un vuelco. Abrió la puerta y ¿qué vio? ¡A *Calipso*! Una *Calipso* más bonita, más acicalada. Su pelaje parecía de angora. Y estaba tan largo que llegaba hasta el suelo.

Primero hizo sus gracias y sus monerías habituales y luego entró en la cocina, dudó un momento y… uno, dos, se encaminó hacia la carbonera.

Loxandra, petrificada, con un puñado de arroz en las manos, la miraba sin atreverse siquiera a respirar.

«Miau», hizo de nuevo *Calipso*, mirando la puerta cerrada de la carbonera.

Y fue en ese momento cuando todo se esclareció. La Virgen la iluminó. «Pero ¿qué estoy esperando? ¡Qué tanto estoy esperando!», dijo Loxandra para sus adentros. La Virgen había enviado a *Calipso*. ¡Claro! ¿Acaso tenía que ser de noche para desenterrar el tesoro?

Corrió, se hizo con la hachuela de destazar, abrió la puerta de la carbonera y entró. *Calipso* detrás. La gata entró con todo cuidado, olisqueó por aquí, olisqueó por allá, y de pronto pegó un salto y se sentó encima de la batea. Luego se quedó mirando a Loxandra. La miraba fijamente con sus extraños ojos. Uno azul, el otro verde.

Loxandra levantó el hacha y, sin votos ni plegarias, la dejó caer con todas sus fuerzas sobre la enorme vasija de barro.

Glu, glu, glu, glu…, un líquido turbio comenzó a escurrirse por el agujero. ¡Y una peste! Una peste insoportable.

Loxandra se quitó el delantal a toda velocidad y lo embutió en el agujero y luego amontonó ahí mismo una pila de carbón. *Calipso* volvió a pegar un brinco y fue a parar a la cocina, donde se sacudió con asco sus delicadas patitas. Miraba a Loxandra y se reía. ¡Se reía! Loxandra habría jurado que *Calipso* levantaba las comisuras de los labios y reía. De repente pegó otro brinco y se encontró en el jardín.

Loxandra corrió tras ella y la vio saltar la tapia y desaparecer en el jardín del pachá.

«¡El diablo!». ¡El propio Belcebú había venido para burlarse de ella! Cerró con llave la puerta de la cocina, limpió como pudo la suciedad, cerró también la carbonera no fuera a ser que entrara alguien y se diera cuenta de lo que había pasado, y subió poco a poco a su cuarto decidida a no decirle nada a nadie. Sobre todo tenía miedo de que Dimitrós se enterara de la tontería que había cometido.

Al día siguiente, por la mañana, no pudo levantarse de la cama y vino el barbero con sus sanguijuelas a sacarle sangre. Todos estaban muy consternados. A la mañana siguiente, Theódoros fue a verla.

—¿Qué te pasó, tata?—dijo al entrar en la habitación, con una sonrisa, una gran caja de lukumis y otra caja de nueces confitadas de la dulcería de Hadzi-Bekir.

—Debo haber comido demasiado—dijo Loxandra, y le tendió la mano para que se la besara.

—¿Te habrá sentado mal haber perdido a Alekakis?

Los ojos de Loxandra se llenaron de lágrimas.

—Vamos a ver, tatita. Tú eres una mujer inteligente… ¿Qué quieres? ¿Que tenga una mercería como Yorgos o que se haga carpintero como Manoliós? Las cosas ya no son como antes. Olvídate de eso. El que no estudia se pasa la vida trabajando para otros. ¿Me entiendes? Mírame a mí. Mira lo que gano. Y eso no es nada… De ahora en adelante voy a ser el único importador de carbón inglés en Constantinopla. De ahora en adelante el carbón que toquen mis manos se convertirá en oro.

—¿Qué has dicho?—gritó Loxandra, intentando levantarse de la cama.

Sus mejillas se encendieron y en su cara se dibujó el terror.

—¿Por qué te asustas? ¿No me has entendido? He dicho que de ahora en adelante vas a comer con cubiertos de oro, doña Loxandra. ¿Te acuerdas de la época en que te llamaba doña Loxandra? Y sin embargo tú, en aquella misma época, vendiste la casita que tenías para darme estudios. Si tú ya no te acuerdas, a mí no se me ha olvidado. Y quiero que vengas a pedirme dinero. Todo el dinero que quieras. Todo lo que yo tengo es tuyo también. ¿Quieres que te deje

ahora mismo un poco? Dímelo con toda libertad, y de lo que pase entre nosotros—se pone el dedo sobre los labios—no se enterará nadie. Tú, yo y el Señor. ¿De acuerdo?

Se le trababa la lengua a Loxandra y no podía hablar con soltura.

—Yor… Yor…—balbuceaba.

—¿Quieres que ayude a Yorgos? Hecho. ¿Algo más?

—Las hijas de Eleni…

—¿Quieres que dé la dote para Eufemia y Euterpe? Cuenta con ello.

—Y a Andrikos…—balbuceó tímida Loxandra.

—¿Que le dé estudios?

—Sí, mi pachá. Y una lamparilla de plata para Nuestra Señora de Baluklí.

—De acuerdo. Sólo una condición. —Theódoros tomó la mano de Loxandra—. Vas a prometerme que a nadie, absolutamente a nadie, le dirás que el dinero lo estoy poniendo yo. Puedes decir que tenías otra casita y la vendiste, puedes decir que te has deshecho de algunas alhajas… Di lo que quieras, me da exactamente igual. No tengo ganas de que toda esa sarta de parientes zampalimosnas vivan a mis costillas por los siglos de los siglos. ¿Me entiendes?

—Muy bien, alma mía. Cuenta con eso. Tú dame el dinero y yo haré lo que tenga que hacer.

—¿Y para ti no quieres nada?—preguntó Theódoros—. ¿No quedamos en que ibas a comer con cubiertos de oro? De hoy en adelante tienes que velar por ti, tata. ¿Me entiendes? Y no te preocupes más por todos esos vagos. No los compadezcas. Yo, para conseguir lo que he conseguido, no escatimé esfuerzos. ¿No los habrías ayudado a ellos si hubieran querido trabajar? Claro que los habrías ayudado. Yo he tenido que luchar. A mí se me fue la juventud mientras ellos se divertían. ¿Por qué he de compadecerlos?

—No dio para más el aceite de sus lamparillas, hijo mío. ¿Ahora deben pasar hambre por eso?

—Pues como no dio para más el aceite de sus lamparillas, que coman un poco menos que yo. Cada quien come según el aceite de

su lamparilla.

—¡Shhh! ¡Shhh! Calla—dijo Loxandra—.No digas esas cosas. Es pecado.

—Bueno—dijo Theódoros, y se levantó—. Toma, te dejo esto para tus gastos. Y cada vez que quieras dinero, acuérdate, no tienes más que ir a mi oficina o avisarme, y yo te lo traeré. ¿De acuerdo?

—Que Dios te recompense como recompensó a Abraham y a Isaac, hijito—dijo Loxandra, e intentó incorporarse.

Pero Theódoros volvió a acomodarla en la cama y se fue a toda prisa.

Después de eso, Loxandra se recuperó enseguida.

Se levantó de la cama, fue a la oficina de Theódoros, recibió el dinero que necesitaba, y recorrió las casas de todos sus familiares para cumplir con sus obligaciones religiosas. Para cumplir con sus promesas y sus votos.

¿Acaso la Virgen no había cumplido su palabra? «El carbón que toquen tus manos se convertirá en oro…». Y sí, Theódoros había ganado todo ese dineral gracias al carbón. Todo había pasado tal como la Virgen había dicho. ¡En vano había roto la vasija del desagüe!

Cuando depositó en las manos de Aspasía treinta liras y Aspasía intentó averiguar de dónde las había sacado, Loxandra se puso a vociferar y le dijo que no se metiera en lo que no le importaba. La maldijo, la injurió y se fue.

Cuando llevó a casa de Elenkaki los rollos de calicó y las toallas, le dijo que había vendido algunas alhajas.

Al tío Grigoris, a quien asignó media lira al mes, le dijo que había vendido una casa que tenía en Prínkipo, y los ojos del tío Grigoris se salieron un palmo de las órbitas, porque sabía muy bien que a Loxandra ya no le quedaba ninguna casa.

—¡Ha de haber encontrado un tesoro, sin duda!

A Agathó le compró un abrigo de piel de ardilla y a Manoliós una pelliza, y les pidió que no le preguntaran de dónde venía el dinero, porque era un secreto que había prometido guardar y no podía irse de la lengua.

—La Virgen es muy milagrosa y nunca abandona a los que tienen fe en Ella—dijo al abrir su mano grande para dar algo al aguador y también al velador y al que le vendía los menudillos para los gatos y al marchante que le traía los huevos.

Y ellos comenzaron a interesarse a escondidas por la religión cristiana y a pedirle constantemente agua bendita. Uno para su estómago, el otro para los intestinos de su hijo. Y todos le pedían propina, porque la señora había encontrado un tesoro.

En Sultana todo aquel asunto del tesoro tuvo consecuencias románticas. Comenzó a tener visiones y a oír voces; a seguir un ayuno severo y a rezar. Evitaba acercarse a Tarnanás porque era armenio y hereje.

Klío abandonó las novelas y se compró una linterna de mano. A escondidas de su madre rondaba las bodegas de la casa y las habitaciones del sótano en busca de los escalones que la condujeran a la cueva que contenía aquel tesoro inagotable.

Alekakis, que se había quedado en la casa de Camila para cultivarse, no dio ninguna importancia al asunto del tesoro, porque desde que usaba pantalones largos y había pasado de la civilización de Oriente a la civilización de Occidente, había aprendido a ser reservado e impasible como un inglés y a despreciar todo lo que estaba relacionado con su viejo universo, el universo de la materia y no del espíritu. Y con enorme facilidad había trazado una línea para distinguirlos: las manzanas que estaban en un lienzo eran un deleite espiritual, y por lo tanto superior; las manzanas que estaban en el frutero de Loxandra eran un deleite material, y por lo tanto inferior. El modo en que Loxandra disfrutaba de cada uno de los alimentos que se llevaba a la boca era inferior, el modo en que Camila toqueteaba el pollo con el tenedor y el cuchillo era superior. Se resquebrajó el pedestal de la estatua de Loxandra que hasta hacía poco tiempo había sido su diosa y el astro se eclipsó. Y con él se eclipsó todo Oriente. Fue el fin del Imam bayildi,[22] del pasturmá, del chal de cachemir de su bisabuela y hasta del tesoro que había sido encontrado en el sótano de su casa.

Entre tanto, la noticia del tesoro continuaba extendiéndose como un reguero de pólvora por toda la familia.

—¿Ya os habéis enterado de la noticia? Loxandra ha encontrado un tesoro. A mí no me engañan. Si no, ¿de dónde habría podido sacar todo el dinero que tiene en las manos?

—¡Pero qué estás diciendo, desdichada!

—¿Qué estoy diciendo? Lo que oyes. Hasta Sultana dice que una noche muy noche Loxandra estuvo excavando a escondidas en la carbonera, y la prueba está en que por error rompió la vasija del sumidero de la casa.

—Ay, pues no seas tonta, ve a pedirle, a ver qué te da.

Aspasía se lanzó al asalto. Quería cambiarse a una casa más grande.

De Mega Rema llegaron unos parientes que nadie conocía. Uno necesitaba ponerse lentes y no tenía con qué ir al oftalmólogo. Otro no tenía dinero para la dote de su hija. Y todos se quejaban de sus desgracias. Besaban la mano de Loxandra y ella iba dando su bendición a diestra y siniestra. Daba su bendición y aliviaba los males. Era la gran ayuda y la gran donante de vida.

Regaba el mundo con agua bendita. «Toma, bébela. Bébela, alma mía, ¿acaso cuesta dinero?». Por la puerta de la cocina entraban y salían a escondidas los turcos, uno pidiendo agua bendita, otro pidiéndole que encendiera en su nombre una vela a la Virgen. La casa de Loxandra se convirtió en la Meca de cuanto tullido necesitaba encomendarse a san Pantelemón, el Todopiadoso. Galones y galones de agua bendita llegaban sin cesar desde Baluklí. Era como si Nuestra Señora de Baluklí hubiera abierto una sucursal en Makrojori.

Hasta la hanum principal del harén del pachá Reşat envió un día a su esclava a pedir un poco de agua bendita para sus ojos.

—Hummm…—dijo Loxandra a la esclava—, la encargada de los ojos es santa Paraskeva.

Pero luego pensó que eso no importaba. ¡Qué no podía curar la Virgen de Baluklí!

Después se acordó de su gata y sintió que se le desgarraba el corazón.

—¿Por qué me quitasteis a mi gata? ¿Eh? ¿Por qué me hicisteis ese mal? ¿Habían desaparecido todos los gatos del mundo que tuvisteis que robarme a mi animalito?

La culpa no era de la hanum mayor, le explicó la esclava, la culpa la tenía la maldita esa, la nueva esposa que había traído el pachá hacía poco y que ojalá reventara en el parto. Y le quiso dar a Loxandra una piastra para que le encendiera una vela a la Virgen de Baluklí con el ruego de que reventara la hanum menor.

—¿Pero quién te has creído tú que es la Virgen de Baluklí? ¡Mal rayo te parta!—tronó Loxandra y le cerró la puerta en las narices a la turca—. Devolvedme mi gata —comenzó a gritar desde la ventana.

—Ya no la tenemos aquí—dijo la esclava—. Ahora está en la nueva residencia que el pachá construyó en Beylerbey para la hanum menor. Tú pide que aquélla la palme y yo te traigo la gata de regreso.

—¡Ah! ¡Mal rayo te parta!—gritó Loxandra, y la maldijo con la mano bien abierta.

La fama de la santidad de Loxandra se esparcía cada vez más lejos. Llegó incluso a Tatavla. Ahora era un secreto a voces que Loxandra había excavado y había encontrado un tesoro. Y cuanto más lo desmentía Loxandra, más verosímil parecía. Y cuanto más verosímil parecía, más frecuentes eran las visitas a la oficina de Theódoros.

Theódoros se mesaba los cabellos. Camila fue presa de una crisis nerviosa y hubo que llamar al médico. Loxandra cogió el medio galón de agua bendita y corrió a curar a la enferma, pero Camila rechazó el agua bendita. Loxandra lo tomó muy a mal, alzó el brazo, abrió bien la palma de la mano y se disponía a insultarla cuando entró Theódoros y, en el último momento, pudo evitar la injuria. Sin embargo, el episodio pasó sin pena ni gloria porque había guerra, y los rusos les estaban pisando los talones a los turcos y habían llegado ya a Çatalca. Santo Stéfano[23] y Makrojori estaban amenazados. Loxandra abandonó a Camila y, sin volver la vista

atrás, corrió hasta su casa, hasta Makrojori, que colinda con Santo Stéfano.

Capítulo 13

EL MUNDO se descompuso con todo el ajetreo de la guerra y los desvelos de Loxandra se apaciguaron. Por fin se serenó. No es que en aquella época la gente se preocupara mucho por los temas políticos. Había habido otras guerras y nadie lo había advertido. La guerra de Crimea, por ejemplo. «¿Qué pasa? ¿Hay guerra? ¿Dónde hay guerra? ¿Para nosotros es bueno o es malo?». Si para nosotros es bueno, «Bendito sea Dios», si para nosotros es malo, «Protege, Virgen Santa, a tu Constantinopla de los perros de Agar. Sultana, corre a encender la lamparilla». ¿Quién supo que en Creta había estallado un levantamiento y que el debilitado Imperio otomano había tenido serias dificultades para reprimirlo?[24] Cuando el sultán Aziz fue derrocado y asesinado, Loxandra se enteró por pura casualidad. Una noche, después de cenar, a Dimitrós se le antojó fumarse un poco del tabaco que tenían guardado en la pequeña alcoba baja, en el tarro de cerámica que estaba sobre la mesa.

—Tráeme, Loxandra mía—dijo Dimitrós—, la cabeza del sultán Hamit para liarme un cigarrillo.

(Así era el tarro aquel, tenía forma de cabeza).

—Querrás decir del sultán Aziz—dijo Loxandra.

—Shhh, no hables tan alto—dijo Dimitrós, y le contó que el sultán Aziz ya no tenía cabeza, que se la habían cortado. Que su sucesor, el sultán Murat, se había vuelto loco (créelo o no, como

quieras), y que ahora el sultán era el hermano de Murat, Abdül Hamit, mal rayo lo parta.

—¡Shhh, cállate! ¿Te has vuelto loco para gritar así?

Por aquel entonces, en Constantinopla la gente no se preocupaba de la política, porque de todos modos los sultanes hacían lo que querían sin preguntarle nada a nadie. Los griegos habían adquirido bastantes privilegios. Un poco con la protección de Rusia, un poco con la protección de Gladstone,[25] habían logrado, gracias a su propio ingenio, prosperar, enriquecerse y conquistar la tierra.

Como los turcos tenían miedo de poner armas en sus manos, los griegos no hacían el servicio militar. Con unas cincuenta piastras podían comprarlo y, si no se mezclaban en las cuestiones internas del país, si no frecuentaban demasiado a los turcos, ni los servicios turcos, ni los tribunales turcos, y si tenían habilidad para untar la mano, salían adelante. O sea que nadie puede decir que el pueblo turco gozara, bajo la tiranía de Hamit, de mayor libertad que el griego. Por eso todas aquellas nacionalidades convivían en armonía. Si no les calentaban la cabeza, si no los fanatizaban, convivían en paz, como buenos vecinos. ¿Por qué tendría que enemistarse Loxandra con el pobre vendedor de huevos o con el solitario velador?

Y así, lo que marcaba el tiempo en aquella época no eran los acontecimientos políticos sino las bodas, los nacimientos, los temblores, y alguna vez también «aquel vestido color berenjena»… Sin embargo, en esa ocasión la firma del Tratado de Santo Stéfano[26] se quedó hondamente grabada en la memoria de Loxandra, porque bajó el samovar que les había traído de Odesa el capitán Guikas y lo limpió, le sacó brillo, lo preparó, ya que…, ¿quién sabe? Quizá pasaran por Makrojori los rusos, ¿y ni un té les vas a ofrecer a los cristianos? ¿No les vas a decir ni siquiera buyurun?[27]

El año 1878, fecha en que se firmó ese tratado, quedó grabada para siempre en la mente de Klío, porque fue entonces cuando vio un trasero ruso.

Un día Klío salió con Jaricló y Plopló y Sofía Lungrú y otras amigas suyas a dar una vuelta por los prados y a recoger jorta, y

cuando se agachó para arrancar un diente de león, hizo así y vio justo enfrente, al lado de un arbusto, a un soldado ruso sentado en cuclillas. No le vio la cara, pero sí el trasero. ¡Ah! ¡Qué blancura! ¡Qué tersura! Como una hogaza de pan blanco… Salió corriendo a todo lo que daban sus piernas y, tras ella, las otras muchachas, y cuando llegaron, jadeantes, a sus casas, no encontraban palabras para describir la hermosura y la blancura de aquel trasero ruso.

Sin embargo, 1878 quedó grabado en la mente de toda la familia también por otra razón. Una razón tan seria que merece ser mencionada aparte.

Era febrero. Domingo de Carnaval. Loxandra había preparado bureki. Un día inolvidable.

Por la tarde había llegado Elenkaki con sus hijas para celebrar el Carnaval en familia. Al mediodía comieron los bureki acompañados de caldo de carne. Loxandra había preparado, además, uno que otro mezé, y había hecho taukioxu.

Después de la comida, Loxandra y Elenkaki se desabrocharon sus cinturones y se recostaron en el sofá de la alcoba baja. Se quitaron los zapatos. Se acomodaron una en un extremo del sofá y la otra en el otro. Y los gatos, *Sipka* y Rusos, se enroscaron entre las dos. *Sipka* era un gatito negro llegado de los tejados, y *Rusos* era rojizo, tenía un pelaje precioso, parecía de encaje, y siempre estaba muerto de cansancio a causa de sus invernales rondas nocturnas.

Dimitrós había subido a su oficina y las muchachas se habían quedado en el comedor.

—¡Vaya! —dijo Elenkaki mirando los gatos—. ¡Qué morro tienen! Míralos, ¡en el sofá!

Y entonces se acordaron de *Calipso*. ¿Qué habría pasado con aquel animalito? ¿Viviría? ¿Habría muerto? ¡Ah! ¡Mal rayo parta a esos perros de Agar que se lo robaron! Qué bien que los rusos los pongan en su lugar. ¡Cuánta alegría le dio a Loxandra que los rusos vencieran a los turcos!

—¡Shhh, calla! No digas esas cosas.

—¿Qué pasa?—dijo Loxandra—. ¿Tienes miedo? Estando los rusos en Santo Stéfano, ¿qué nos pueden hacer los turcos?

Y así, entre una cosa y otra, la conversación volvió a la política.

—¿Cuándo fue que entregó el alma el sultán Aziz?—preguntó Elenkaki—. *Calipso* era pequeñita.

—¿*Calipso*? ¿De qué hablas? Para ese entonces ya habían robado a *Calipso*. Lo del sultán Aziz fue mucho después.

Afuera nevaba y las ventanas de la alcoba se habían empañado por el calor que desprendía el brasero grande.

«¡Aaaaaagh!», bostezó Loxandra, e inmediatamente se puso a hacer la señal de la cruz sobre su ojo derecho.

Saltaba, saltaba, le estaba saltando el ojo. Eso era señal de que iba a ver a alguien. Seguro.

En ese momento Tarnanás entró en la habitación.

Dijo que un hombre acababa de entrar por el jardín y que estaba tocando en la ventana de la cocina. Pero que él había tenido miedo de abrirle.

—¿Qué hombre?

—Un ensombrerado.

—¿Ensombrerado? ¿Y no le has preguntado qué quiere? Espérate, voy a ver qué quiere.

De todos modos ya era hora de bajar a preparar el halvás. Desde temprano había puesto a Tarnanás a pelar las almendras y a templar la leche.

—A ver, vamos a ver—dijo cuando entró en la cocina—.

No te quedes ahí parado con la boca abierta. Pon la cacerola con la mantequilla en el fuego y empieza a tostar la sémola.

Y ella fue a la puerta.

Apenas la abrió, vio a un hombrón desmesuradamente alto. Llevaba en la cabeza una gorra rusa de piel y tenía el cuello del abrigo levantado. Un saco alargado de marinero le colgaba del hombro y en la mano izquierda sostenía una jaula con un loro.

«Ha de ser alguno de los hombres de las barcazas—pensó Loxandra—. Theódoros debe habernos enviado alguna cosita».

Abrió la puerta de par en par e invitó al hombre a que entrara. Pero aquél no entraba. Continuaba ahí de pie y se reía.

—Pero entra, hombre—le dijo Loxandra, y de pronto oyó que la llamaba «tata».

Al principio creyó que había sido el loro el que había hablado. Se quedó mirando atentamente al extranjero… ¡Ah, lo reconoció por los ojos! ¡Epaminondas!

Por poco pierde el conocimiento. Se le doblaron las rodillas. Se le paralizó la mandíbula. Le ardieron los ojos. Comenzó a temblarle la barbilla. Le dio un vuelco el corazón y, sin poder controlarse, levantó la mano muy extendida y lo injurió para ocultar así su emoción.

—¡Toma! ¡Mal rayo te parta, loco!—le dijo, y se desplomó en sus brazos.

«¡Linda! ¡Linda!», comenzó a chillar el loro.

Los gatos se desorientaron y no sabían qué hacer, si salir corriendo o abalanzarse sobre la jaula.

Tarnanás quemó el halvás.

Y luego hicieron su aparición los pañuelos, y todo se volvió un sonarse la nariz, secarse los ojos, darse palmadas en la espalda para, finalmente, acabar todos riendo a coro.

Así fue como, inesperadamente, entró la risa en casa. La introdujo Epaminondas por la puerta de la cocina, luego la llevó al piso de arriba y luego hasta el desván, y la casa entera se inundó de alegría.

Ese era Epaminondas. Con él entraba en la casa un aire fresco que parecía llenar todo el espacio. Cuando Epaminondas se iba, la casa se vaciaba y enmudecía.

Llegó cargado de regalos. Trajo piedras con esponjas adheridas. Trajo un barquito con mástiles y velas prisionero dentro de una botella. Trajo unas cajitas chinas negras con unas mujeres doradas y desnudas, y un montón de cosas obscenas encima. A Dimitrós le trajo un narguilé persa y a Loxandra un loro brasileño que soltaba groserías, pero eso sí, en español.

—Espérame aquí, voy a preparar a tu padre—dijo Loxandra secándose los ojos—. Su corazón…

Pero no le dio tiempo de subir, porque Elenkaki sintió el olor del halvás que se quemaba y bajó a ver qué estaba pasando.

En cuanto Elenkaki reconoció a Epaminondas se puso a dar gritos, y sus gritos hicieron bajar corriendo a las muchachas, y los gritos de las muchachas hicieron bajar corriendo a Dimitrós. Llegó corriendo Dimitrós sin que nadie lo hubiera preparado y de ese modo el regreso del hijo pródigo, en vez de ser un melodrama, fue una fiesta.

De inmediato se puso un nuevo halvás al fuego, se bajaron de las repisas las ollas de barro, se abrieron diversos tarros, y cuando terminaron de comer, de beber, de regodearse, Epaminondas subió con toda la muchachada a los dormitorios y los disfrazó para celebrar el Carnaval.

A Klío la vistió de maharajá. A Euterpe de mora. A Tarnanás lo disfrazó de nodriza. Le puso la ropa de Sultana, llenó el corpiño de carne cruda, envolvió a *Rusos* en un pañal y se lo puso en los brazos, arropadito como un bebé. Tarnanás se desabrochó el corpiño y *Rusos* mamaba la carne cruda.

Cuando Sultana vio cómo trataban su corpiño, se le echó encima a Tarnanás. Y se armó tal jaleo en el comedor, tal griterío y tal jolgorio que el barbero de enfrente se asustó y corrió a ver qué les estaba pasando.

Aquella noche fue cuando el barbero les dio la noticia de que ya se había firmado el Tratado en Santo Stéfano.

—¿Para nosotros es bueno o es malo?—preguntó Loxandra.

—Es bueno—le respondió Dimitrós.

—Si es bueno, les daremos la bienvenida a los rusos y les ofreceremos algo de comer.

Se levantó y abrió el aparador para sacar el dulce de membrillo.

—Quita tu patorra—le dijo a Epaminondas, que estaba sentado frente al aparador con las piernas estiradas.

Y le acarició con ternura los cabellos.

A la mañana siguiente, muy temprano, envió a Tek-Gogovis, el nieto de doña Anika, a divulgar a los cuatro vientos que Epaminondas había vuelto.

Y toda la parentela comenzó, poco a poco, a acudir. Dos días más tarde la casa estaba repleta. Sólo Theódoros, Alekakis y Bébekas no llegaron.

Alekakis y Bébekas… Bueno, qué le vamos a hacer, tenían escuela. Pero ¿y Theódoros?

Dimitrós tenía en las manos una carta de Theódoros y la leía con voz temblorosa. Sus labios destilaban amargura.

—¿Qué dice?—le preguntó el tío Grigoris a Loxandra en voz muy baja y al oído.

—No lo entiendo—respondió Loxandra. Sus ojos estaban inquietos, iban de Dimitrós a Epaminondas—. ¿Qué dice, Dimitrós? Acláranoslo, porque no entendemos lo que dice.

—Que está enfermo y que no puede venir—contestó Dimitrós, y se aclaró la garganta.

Todos guardaron silencio y se miraron unos a otros. Epaminondas se levantó.

—Y si está enfermo, ¿hacía tanta falta que quedara de nosotros?

—¿Qué?—preguntó Dimitrós.

—Que quedara de nosotros—repitió Epaminondas, y comenzó a ir de un lado al otro de la habitación como un león enjaulado.

Elenkaki soltó una carcajada:

—¿Hussein se resfría y es Alí el que estornuda? ¿Por qué te molestó tanto el «quedo» de Theódoros? Así terminan todas las cartas: Quedo de usted, Kostas. Quedo de ustedes, Pavlos. ¿O no es cierto, Dimitrós?

—Es cierto—asintió Dimitrós.

—Yo sé a lo que me refiero, tía—soltó Epaminondas, y le hizo una señal a Klío para que lo siguiera—. Acompáñame arriba.

Tirándole de la manga le preguntó si sabía escribir correctamente. Quería dictarle una carta para Theódoros.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando aquí? ¿Adónde la lleva?— preguntó inquieta Loxandra mientras su pecho subía y bajaba.

—Nada. Tú quédate quietecita ahí donde estás, no vayas a empeorar las cosas.

Y ésta es la carta que Epaminondas dirigió a Theódoros:

Makrojori, 23 de febrero de 1878

Excelencia:

Mis respetos. Recibimos tu carta y nos enteramos de que quedas de nosotros.

Por si te interesa saber, nosotros también quedamos de ti.

Sin embargo yo, personalmente, quedo en que eres un asno. Quedo también en que eres un cerdo embotijado de oro. Y si tú quedas de mí, yo también sé quedar de ti. Y te quedaré a ti y a la camella de tu mujer.

EPAMINONDAS

Klío, que se aburría a muerte en Makrojori, encontró la oportunidad de divertirse. Sin perder un solo instante, se arremangó las mangas del vestido y corrió a buscar a Tek- Gogovis.

—Ahora mismo. Vuela como un pájaro y entrégale esta carta a Theódoros. Toma un cuarto de mecidiye para lo que tú quieras.

—¡Ji, ji, ji!—hizo Tek-Gogovis, a quien se le escurría la baba cada vez que tenía enfrente el esbelto cuerpecito de Klío.

Y, debido al gran deseo que sentía de serle útil, como no encontró a Theódoros en su oficina, llevó la carta a su casa y se la entregó en mano a Camila.

Cuando Camila hizo que su doncella se la leyera, se llevó un disgusto tan grande que cayó con cálculos biliares y tuvo que partir de inmediato, con Theódoros y Dimis, a Baden-Baden, porque de ninguna manera quería el agua bendita de Baluklí, que era justamente lo que se necesitaba para esa dolencia.

«El atentado de Sarajevo», se podía haber titulado aquella carta, porque puso al mundo patas arriba.

La familia se dividió en dos bandos: el de los que tomaron partido por Theódoros y el de los que tomaron partido por Epaminondas. Los que tomaron partido por Epaminondas cortaron toda relación con Theódoros. «Mal rayo parta a ese presumido. Ni que nos hiciera tanta falta. Nos basta y nos sobra con el tesoro de Loxandra». Los partidarios de Epaminondas eran mayoría. Fieles a Theódoros quedaron únicamente Alekos y Bébekas, el de Elenkaki.

Agathó se encontró en una situación embarazosa puesto que Manoliós trabajaba en la oficina de Theódoros. Pero Manoliós, que desde hacía tiempo estaba buscando la oportunidad, no tardó en renunciar a su puesto y volver al martillo y al serrucho. En un principio, Agathó, que ya tenía dos hijos, Dimitrakis y Thanasiós, tuvo miedo, pero en el fondo le dio mucho gusto.

—No te preocupes, querido, Dios no abandona a nadie. ¿Qué significa ser rico, Manoliós? ¿Eh? Saber contentarse con poco. Estuvo muy bien lo que le hiciste al presumido ese y a la garrocha de su mujer.

Con el tiempo, aquella fisura que se había producido en la familia se convirtió en un abismo. Y Loxandra estaba dividida en dos, con un pie en cada lado, como el Coloso de Rodas, literalmente.

—Parece que nos hubieran regado con agua de serpiente—decía llorando—, tanta cizaña lo ha embarullado. Y yo, ¿qué voy a hacer ahora?

¡Cómo iba a afrontar la pobre el que Theódoros le hubiera cortado el crédito!

—Todo lo que tú quieras, tata, pero a esta historia hay que ponerle un punto final. Tú siempre tendrás tu dinero, tendrás todo el dinero que te haga falta para vivir como te mereces. Pero para esos vagos no suelto un céntimo más. No tienen más que llegar adonde yo he llegado.

Y le explicó que así estaba hecha la naturaleza: el fuerte prospera, el débil se hunde.

—Así es, tata, no te aflijas. ¿No te acuerdas del refrán que dice que el pez grande se come al chico? ¿Crees que podemos ir en contra de la naturaleza?

Loxandra se enjugaba los ojos.

—Sí, hijito, ¿pero acaso somos peces? ¿Puedes soportar ver sufrir a uno de los tuyos?

Loxandra no podía ver a Yorgos llevarse su casa de Taksim a Papaz Kóprüsü, ni a Aspasía llorar mesándose los cabellos. Yorgos iba a tener que cerrar la tienda porque al lado acababan de construir unos grandes almacenes donde había de todo. ¡Y el coloso aquel se había devorado la tiendecita de Yorgos!

Y, desesperada, Loxandra corrió a buscar el icono de la Virgen de Baluklí. Corrió a pedirle prestado. Le rogó a la Virgen que le diera el anillo de su madre para empeñarlo y salvar de la catástrofe a Yorgos, y el mes próximo, en cuanto Theódoros le diera el dinero del gasto, se lo devolvería.

Sus relaciones con la Virgen se habían vuelto a tal punto íntimas, que aquella petición no era gran cosa. La Virgen era su compañera y su único consuelo.

Virgen Santa, ilumina a Theódoros para que me dé un poco más este mes y pueda yo devolverte tu anillo… Virgen Santa, no vayas a hacer que mañana llueva porque se va a lavar la ropa…

Y si llovía, Loxandra se enojaba:

—Amán, ya está bien, Virgen Santísima, ¿tanto te pareció lo que te pedí que no tuviste a bien concedérmelo?

Los ruegos de Loxandra concernientes a Epaminondas, la Virgen sí los escuchó. Ahora Epaminondas venía a Constantinopla regularmente porque estaba trabajando en un barco carguero que iba con frecuencia a Rusia. Y cada vez que Epaminondas llegaba, Loxandra se olvidaba de sus penas aunque fuera por unos cuantos días. Se ponía su delantal, degollaba un becerro bien cebado y comenzaba la fiesta en la casa.

Tarnanás frotaba las cacerolas con la cáscara de medio limón y arena. En una ocasión una de las cacerolas se quemó a tal punto

que Tarnanás protestó y protestó y acabaron tirándola. La había quemado Epaminondas con el kuvet-mazuni.

El kuvet-mazuni era un remedio contra la impotencia. La receta se la había dado a Epaminondas un contramaestre persa o chino. Y Epaminondas le había dado su palabra de honor al contramaestre de que lo prepararía una vez al año y lo repartiría gratuitamente. ¡A saber por qué! Así, porque sí…, como una especie de ofrenda, digamos, a Afrodita.

Y bien, un día bajó Epaminondas a la cocina y pidió que le encendieran el fogón más grande. Loxandra pensó que quería preparar algún dulce y se lo encendió. Pero cuando la cocina empezó a oler a incienso y Epaminondas le explicó para qué servía aquella poción, Loxandra, cucharón en mano, se puso a perseguirlo. Ese fue el día en que se quemó la cacerola. Debe haber sido cinco o seis meses después de la firma del Tratado de Santo Stéfano.

¿Acaso se olvidan cosas como ésa? ¿Se olvidan acaso días como ése? No, no se olvidan.

14

PERO con todo y las congojas, la vida sigue siendo dulce.

—Salep, salep—anunciaba discretamente el marchante de salep antes de que amaneciera.

—¡Ah!, el vendedor de salep—decía contenta Loxandra—. Ya ha amanecido.

¡Qué hermosa era aquella hora! Calentita, arropada en su cama suave, con Dimitrós a su lado, con el iconostasio encima de la cabecera. Se sentía segura.

De cuando en cuando sacaba la nariz de entre las mantas, «hace frío». Extendía el brazo y tapaba a Dimitrós. Con qué placidez dormía Dimitrós. Como un bebé. Los hombres parecen niños cuando duermen.

Loxandra amaba aquella hora. Pero también amaba las noches, cuando antes de meterse en la cama revisaba toda la casa para comprobar que las ventanas y las puertas estuvieran bien atrancadas. Amaba el instante en que cerraba la puerta de su cuarto y se acostaba dejando afuera a los Güi-güitzís. ¡Qué dulce era su cama en esos momentos!

Para ella todo era hermoso en la vida, y cuantos más años tenía, más amaba lo que la rodeaba.

Amaba Makrojori con sus aguas profundas y sus maravillosos frutos de mar: sus ostras, sus langostas, sus navajas…

Amaba el Bósforo y sus altos palacios con aquellas escalinatas que bajaban hasta el fondo del mar. Los plátanos milenarios, los castaños, los hermosos manantiales, los indómitos caudales que arrastraban en tropel a los peces del mar Negro: mújol, barbada, pez espada…

Amaba las islas de los Príncipes con sus pinares y sus apacibles aguas azules.

Loxandra amaba Constantinopla entera, y la primavera constantinopolitana que traía consigo la Pascua, la celebración. También traía las rosas de abril (buenas para el estreñimiento), las rosas de mayo (buenas para preparar confitura), las grosellas (refrescantes cuando hay fiebre).

Amaba el verano cuando sacaban la mesa al jardín y comían debajo del plátano. Allí se sentaba cuando era joven y se dedicaba a la costura, mientras esperaba oír la voz del recio bosnio, el vendedor de helados, el sorbetero.

—¡Helados, helados de kaymak!—pregonaba el sorbetero, y todos los niños corrían con platos y tazas en la mano en busca de su helado de media tarde.

¡Cómo no iba a amar Constantinopla, que le ofrecía una vida tan bella, una vida tan plena que las veinticuatro horas del día no le alcanzaban para disfrutarla!

¿Y el otoño? ¿Qué me dices de ese otoño de espléndidos colores, con sus olores nuevos, con su fruta nueva? Entonces empieza la fruta confitada, el dulce de membrillo…

Y luego viene otra fiesta. Aparecen los enseres de invierno, se decora la casa, se colocan las alfombras. Y comienzan los preparativos para el santo de Dimitrós.

A Loxandra la estación que más le gustaba era el invierno. El invierno tiene una dulzura distinta. Uno se recoge, se encienden las estufas y los braseros y la casa toda huele a pino y a roble.

Durante los atardeceres invernales te sientas en la pequeña alcoba baja con tu gato en las rodillas y contemplas los últimos rayos del sol entrar en la habitación y transformarla. El tapiz persa del sofá se vuelve oscuro como una cereza muy madura. El tapete de

cachemir que cubre la mesa se tiñe de color frambuesa. El brasero de bronce que está en el centro de la habitación parece oro fundido. Y el rosario de ámbar de Dimitrós, colgado en la pared, se vuelve más amarillo todavía. Cobra vida e importancia porque está en el lugar que le corresponde. Es ahí donde debe estar colgado.

En esos momentos el cuerpo y la mente hormiguean de placer y uno cierra los ojos para oír mejor la mimosa melodía del vendedor persa de keten helva que vocea:

—Ne güzel, neçiçek, ne ipek! Keten helvaaa…

Es decir: «¡Es muy bueno, es una flor, es una seda! Es keten helva».

A esa hora, en invierno, Loxandra siempre se recogía en la alcoba baja.

Qué hermosa esa hora en que vuelves feliz a tu casa y te sientas en tu rinconcito a esperar a que anochezca para encender las lámparas y que todos se reúnan a tu alrededor.

Que salga el sereno. Que salgan los Güi-güitzís, la cama será entonces más dulce de lo que es.

Y luego, buenas noches. Y que el sereno de nuevo comience afuera a dar la hora en las calles golpeando el empedrado con su porra.

Así transcurrieron los días, los meses, los años. De manera hermosa y tranquila. Y en un momento dado le llegó a Dimitrós la hora de morir.

Y murió.

Murió porque había llegado su hora. No cayó enfermo, ni sufrió. Una mañana, un poco antes de que se oyera la voz del vendedor de salep, Dimitrós dijo «Loxandra…» y expiró.

Toda la familia se reunió en la casa, y ese día se olvidaron los abusos y los rencores, se olvidaron las riquezas y las miserias… Hombres, hombres, el odio, ¿para qué?

Lloraron a Dimitrós, le dieron sepultura, y en la lápida de doña Zoitsa añadieron:

AQUÍ YACE EL GENTIL Y AFABLE
DEMETRIO KONTELIS
(1820-1893)

Loxandra aceptó la muerte de Dimitrós con el mismo temor y la misma resignación con la que los animales aceptan sus desventuras. La aceptó con su lógica sencilla: Dimitrós estaba aquí y ya no está porque le llegó su hora. Mientras vivió, su lugar fue su casa. Ahora que ha muerto, su lugar es Baluklí, donde están sus amigos, Askepidis, Rizos y Raktiván. Donde están, además, todos los familiares de ella, y donde estará ella también cuando le llegue su hora.

«Porque las cosas son así».

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

Tortillitas de manteca
Va mamá que está contenta…

Cada mañana, con medio cuerpo adentro y medio cuerpo afuera, desbordándose desde la ventana de su habitación, Loxandra da palmadas y se gana a los bebés del barrio.

Ahora cecea ligeramente porque ha perdido un par de dientes delanteros en la mandíbula inferior. Le ha aumentado la papada. Sus cabellos han comenzado a encanecer. Y desde el momento en que empezó a perder el oído, grita todavía más alto.

—Shhh, tía Loxandra, vas a despertar a todo el vecindario—dice Jaricló, que está en el balcón de enfrente envuelta en su bata violeta y con su bebé en brazos.

¿El vecindario va a salir a insultarla? Que se vayan por un tubo. El barrio es suyo.

En la casa de al lado vive ahora Plopló, que se casó con Kotkotinos. En la de la esquina, encima del barbero, vive Sofía Lungrú, que se casó con el farmacéutico y se dio mucha prisa en tener gemelos. En la casa de la señora Danesakis, que se mudó a Stavrodromi, se instaló Jaricló con el Sapientísimo. Y del otro lado está el jardín del pachá, que poco a poco se deteriora detrás de las altas tapias. ¿Qué barrio va a salir a insultarla?

Loxandra mira el mar y su corazón da un vuelco.

—Jaríclia. Mírame. Está soplando viento del sur. Caerá un aluvión de sardinas. ¿Por qué no vas a comprar para hacerlas a la parrilla? Pero no olvides que hay que envolverlas en hojas de parra. Untas muy bien con aceite la hoja de parra, pones encima la sardina, la envuelves y la dejas en la parrilla. Pruébala y verás lo que es… Hummm…

—¿Tú qué vas a preparar hoy?—pregunta Jaricló.

—Tengo codornices. Tzarmados fue de cacería a Hartalimi y me trajo codornices. Si quedan buenas, te mando algunas para que pruebes. ¿Vas a estar aquí por la mañana? ¿No querías ir a darte un baño? No vayas, mi princesa, espérate unos cinco o seis días, deja que pase esta semana. Es un pecado que vayas tú y que encima expongas a las niñas.[28]

—¿Y si les cuelgo unas llaves oxidadas del cuello?

—No, mejor no. Estás bien donde estás.

Levanta el brazo y le hace una señal a Jaríclia, indicando la ventana cerrada de Klío:

—Jaríclia, mírame…

Le señala de nuevo la ventana y su mano gira en el aire:

—Grandes cambios…

—¿Qué?

—Se desbarató, se deshizo—hace un embudo con la mano y la pega a la boca para poder decir un secreto—, el casamiento que habíamos arreglado.

—¿¡Cómo!? ¿Se deshizo?

—No quiere.

Se da golpecitos en la frente y hace diferentes y variados movimientos con los dedos para hacerle saber que Klío ha perdido completamente la cabeza. Se golpea el pecho y da pequeños tirones al cuello de su blusa. Está hasta el cogote de Klío, ya no la aguanta.

—Va a acabar conmigo. De la mañana a la noche no para de gr-gr, gr-gr, gr-gr.

Jaricló se persigna con la vista puesta en el cielo:

—Que Dios la ilumine.

—Amén.

—¿Y Agathó qué dice?

—¿Qué dice? Agathó quiere que nos mudemos a Stavrodromi. Qué manía les ha dado a todos con eso de «Pera». «Pera y Pera» el día entero. Hasta ahora, cuando alguien iba a Stavrodromi era porque andaba buscando novio.

—La verdad es que en Makrojori somos cada vez menos. Se ha ido llenando de turcos y de armenios. Ojalá yo también hubiera comprado mi casa en Stavrodromi, tía Loxandra. ¿Has visto qué precios tienen allí las casas?

—Cállate, zonza. —Se seca la frente con el puño—: Uf, desde esta hora empieza a sentirse el calor. Bueno, voy a cocinar las perdices antes de que se echen a perder.

Envía un último beso al bebecito y se pone en camino.

—Pajarito mío, alma mía…—balbucea mientras baja la escalera.

Y de pronto se pone a hacer la señal de la cruz sobre su ojo derecho. Entra en la cocina y lo persigna una última vez.

Anegado en un mar de plumas, Tarnanás está sentado en mitad de la cocina desplumando aves.

—Oye Tarnanás, hoy todo el día me ha estado saltando el ojo derecho.

—O sea que vas a ver a una persona—dice Tarnanás sin levantar la cabeza.

—¿Tú crees? ¿Será que a diario veo burros y hoy voy a ver a una persona?

Esas eran las bromas de Loxandra y Tarnanás siempre se las festejaba.

—Qué bobo eres, Tarnanás. ¿Y Sultana?

—Está en la cama.

—Bueno, déjala.

La pobre Sultana ya andaba por los cincuenta y comenzaba a padecer lumbago. La víspera, Loxandra había batido unas claras de huevo con ralladura de jabón y le había puesto unos emplastos para aliviarle el lumbago.

—¡Uy-uy-uy!—dice Loxandra remangándose—. ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Cuántos años hará que murió Dimitrós? ¡Uy-uy-uy! ¡Quién nos vio y quién nos ve! Qué se habrá hecho de Theódoros…

Traga saliva e intenta detener una lágrima. Theódoros había cambiado. Desde el día en que se volvió tan rico, lo habían perdido de vista. Él no ponía un pie en la casa y ellos no se atrevían a ir a verlo.

Relegada, Loxandra encuentra ahora consuelo en el barrio y en los bebés del barrio, y en los perros del barrio, y en el sereno que cada mañana mira con ojos tiernos su ventana mientras espera que le hagan su café. También encuentra consuelo en el marchante tártaro de huevos que viene a pedirle que le ponga unas gotas de agua bendita en el ojo para que sane. Encuentra consuelo en Baluklí, adonde va con regularidad, come sus dolmás y bebe agua bendita, ese bálsamo que la hace eructar y le alivia el corazón.

¡En todo encuentra consuelo Loxandra! En el hermoso mar que mira desde su ventana cada mañana, y en el sol, y en la lluvia que cuando cesa deja de regalo unos caracoles enormes en el jardín, ¡qué caracoles!…, blancos, blancos y así-í-í-í de grande cada uno. Los caracoles que luego se comen guisados con mucho orégano.

Alabado sea Dios, que creó el mundo con toda su sabiduría. Y si Klío no se casa, es porque ése es su destino.

Así estaban las cosas cuando llamaron a la puerta aquella mañana. Era Epaminondas, que había llegado a Makrojori con su amigo Yorgakis.

Capítulo 2

EL OJO de Loxandra no la engañaba jamás. Y aquel día había estado saltando porque Epaminondas había llegado a Gálata la víspera.

El barco de Epaminondas, el *Queen Bess*, no había acabado de atracar todavía en el puerto, cuando ya se había enterado de su llegada Madame Marie, que tenía una casa en el callejón Abanoz, y había enviado a todas sus muchachas a bañarse. Cerró sus puertas al público en espera de ver llegar a la tripulación del *Queen Bess*.

Loxandra no sabía nada de eso. Ni siquiera sabía dónde se encontraba el callejón Abanoz. Jamás había oído hablar de las orgías que se organizaban en esas callejuelas en las noches del Ramadán. Por la noche, acurrucadas en sus camas, todas las Loxandras dormían el sueño de los justos, y aunque hicieran amistad con el huevero o con el sereno turco, sus hijas jamás ponían un pie en una casa turca.

Entre la tripulación del *Queen Bess* se encontraba, en esta ocasión, «el Inglés», el mecánico en jefe del barco. Yorgakis,[29] el Inglés, era un gallardo hydriota,[30] un lobo de mar al que toda la tripulación quería bien.

Sólo un problema tenía Yorgakis: la bebida. Mientras el barco viajaba y él estaba en las máquinas, no se llevaba una gota de vino a la boca. Pero en cuanto el barco anclaba, Yorgakis se ponía hecho

una uva. Y no se emborrachaba con vino, sino con ginebra inglesa y con whisky, y tenía muy mal alcohol.

Así era Yorgakis, y sin embargo la tripulación lo quería porque era un hombre afable y recto. El capitán también lo quería, porque era muy buen mecánico. Lo querían todas las muchachas de Madame Marie, porque era generoso y porque tocaba la guitarra.

> Mariona, rompe los vasos,
> estréllalos contra el suelo,
> hazlos añicos, Mariona,
> con tus manitas preciosas…[31]

Y Mariona esa noche se divirtió. Se divirtió con su lunar postizo en la mejilla y su ricito caído entre las cejas. Madame Marie servía la bebida y Yorgakis pagaba.

Al amanecer, Yorgakis y Epaminondas se encontraron abrazados en la acera de Madame Marie. Ni un centavo en los bolsillos.

—¿Y ahora qué hacemos, Epaminondas?—preguntó Yorgakis.

—Le pedimos prestado a Madame Marie el dinero que nos hace falta para el viaje y nos vamos a Makrojori a ver a mi tata.

—¿Y qué vamos a hacer sin dinero?

—Mi tata nos dará.

—¿Quién es tu tata? ¿De veras crees que nos dará?

—Uh…—dijo Epaminondas—. Mi tata se encontró un tesoro. Excavó en la carbonera de la casa y halló un tesoro. Tiene mucho dinero y seguro que lo comparte con nosotros. Es muy buena mi tata.

Y se puso a llorar. Cuando Epaminondas se emborrachaba se volvía muy sentimental y siempre que se acordaba de su tata se emocionaba.

Tomaron el barquito en el muelle de Gálata y se acomodaron en la cubierta. Era el primer barco de la mañana y nadie viajaba a la

intemperie. Así que cada uno eligió un banco y se echó a dormir. Y en lo que tardaron en llegar a Makrojori, se les había pasado la borrachera. Además, con aquella brisa de agosto, se les despertó el apetito.

Les abrió la puerta Klío. Así lo quiso el destino: que Sultana estuviera enferma, que aquella mañana Klío, en vez de levantarse a las diez, como de costumbre, se hubiera levantado temprano y se hubiera puesto su vestidito rosado con el cinturón azul agua, y que, además, ese día le sentara maravillosamente bien el color rosa.

Klío se había hecho muy alta, muy esbelta, de caderas estrechas y pecho infantil. Sus cabellos castaños eran rizados y abundantes; sus labios muy rojos y parecían más rojos todavía en contraste con su piel tan fina y tan blanca. Pero el gran éxito de Klío era su cuello: muy largo y muy blanco. De porcelana.

Al abrir la puerta lanzó un grito de sorpresa y se arrojó en brazos de Epaminondas, enlazando sus manitas alrededor del cuello de su hermano. Yorgakis, que estaba detrás, quedó justo enfrente de aquellas dos manos, que eran muy delicadas y muy tiernas. Como las de una niña pequeña. Y quién sabe por qué, de inmediato acudió a su mente el aroma del jazmín.

A la nariz, sin embargo, no le llegó ningún olor a jazmín, porque la puerta de la escalera que conducía a la cocina estaba abierta y justo en ese momento Tarnanás estaba sollamando las codornices y Loxandra friendo la cebolla. De la cocina llegaba el «tac-tac-tac» del mortero, los «pst», los «mal rayo te parta», y de pronto se oyó un «ah, atrapadlo», una silla que caía patas arriba, ruido de pasos en la escalera, y antes de que Epaminondas tuviera tiempo de presentar a Yorgakis, Loxandra apareció por la escalera de la cocina, toda desmelenada y empuñando un cuchillo de carnicero en la mano derecha.

Un enorme gato rojizo con una codorniz en la boca pasó como bólido por debajo de Klío y se escurrió en la alcoba de abajo. El loro que estaba allí comenzó a chillar: «¡Linda!

¡Linda!» y a azotarse contra la jaula. Klío perdió el color.

—¡Tata!—gritó Epaminondas, que estaba todavía de pie junto a la puerta abierta—, te he traído a mi amigo Yorgakis…

—Maldito el momento en que entró, ¿dónde está? ¡Atrapadlo, le voy a cortar el cuello!

Yorgakis pegó un brinco, se precipitó a la calle y se echó a correr. Epaminondas detrás.

—No era por ti, ¿no ves que está persiguiendo al gato? —gritaba Epaminondas—. Detente, detente, te digo.

Cuando entraron de nuevo, Klío había desaparecido. Loxandra estaba en mitad del patio con los brazos abiertos, y como en esta ocasión hacía ya cinco años que no había visto a Epaminondas, ignorando al huésped, se lanzó a abrazarlo y de nuevo tuvieron lugar las maldiciones respectivas, la tembladera de mandíbulas, el ardor de ojos, la sonadera de narices, las lágrimas de alegría y finalmente las presentaciones:

—Este es el mecánico en jefe del barco y amigo mío, Yorgakis. Esta es mi tata.

—Bienvenido, bienvenido, hijito. —Abrió Loxandra los brazos y lo estrechó cariñosamente.

Y Yorgakis de pronto tuvo la sensación de haber atracado en un puerto amplio, de aguas profundas y serenas.

Había perdido a su madre siendo muy pequeño. Lo había criado su abuela, Bab-Zogo, una vieja mujer de la nobleza hydriota, ascética, descarnada y muy poco pródiga en caricias. En cuanto Yorgakis estuvo en edad de salir al mundo, tuvo por madre al mar. Y cuando estuvo en edad de amar, hizo de la maquinaria del barco su bienamada.

Klío bajó a comer con los ojos rojos. Se había bañado y su cabello estaba todavía ligeramente húmedo. Para que no pareciera que había llorado, se había empolvado. Entró en el comedor con una sonrisa tímida y forzada.

Yorgakis se compadeció de ella. Sintió como si una mano le oprimiera el corazón. Adivinaba, por debajo del vestido, los hombros estrechos y el pecho infantil. Y, a pesar de sus treinta y dos años, Klío le pareció una niña. Una niña desdichada. Le apretó tierno la mano y retiró la silla para que se sentara. De haber podido, la habría abrazado y escondido en su pecho por debajo de la chaqueta, como solía hacer con los gatitos abandonados que encontraba en la calle.

Klío se ruborizó terriblemente y de golpe perdió de nuevo todo su color.

Yorgakis se compadeció de ella todavía más. Picó una rebanada de lakerda y la puso en el plato de Klío. También le llenó de vino el vaso.

—Es un vino bueno—dijo acariciando la botella.

En ese momento entró en el comedor Tarnanás, y colocó frente a Loxandra la fuente con las berenjenas. Berenjenas en aceite, rellenas. Repletas de piñones y de pasas.

—No te vayas a llenar con esto—le dijo Loxandra en secreto al oído, y le guiñó el ojo—. También hay codornices.

Y acto seguido su rostro adquirió una expresión muy seria. Levantó los brazos por encima de la mesa, como los levanta el pope cuando se prepara para iniciar el oficio, tomó con parsimonia la cuchara y el tenedor y, con un gran respeto por la berenjena, comenzó a servir. El movimiento de sus manos era un auténtico regalo para la vista. Sus manos habían envejecido, pero seguían siendo tan bellas como siempre, ahora su piel parecía viejo marfil.

—¿Cómo conservas unas manos tan hermosas?—le preguntó Yorgakis.

Loxandra no respondió de inmediato. Primero terminó de servir. Luego volvió la cabeza y le dijo:

—Limón. Medio limón exprimido. Recuérdalo. En verano tomate y en invierno limón.

Por la tarde Klío los llevó a pasear por los alrededores de Makrojori y cuando volvieron los estaba esperando una gran sorpresa. Loxandra había puesto la mesa en el jardín—debajo del gran plátano—y había invitado a todo el barrio. Se reunieron amigos

y conocidos para ver a Epaminondas, y junto con ellos llegaron todos los perros del vecindario y se tumbaron en el jardín hechos rosca. Acudieron también los gatos y el barbero con su guitarra. Sacaron la jaula con el loro y la colgaron del plátano. Un verdadero paraíso terrenal.

Años, muchos años hacía que la casa no veía una fiesta como aquélla. Cantaron, bailaron, Klío les contó chistes divertidísimos. Llenos de ingenio, llenos de humor… Yorgakis no se cansaba de mirarla. Y cuando pasó el sereno, Loxandra llenó un plato con todo tipo de delicias y lo llamó para convidarlo.

—Ven, Mehmet, ven de una buena vez, mal rayo te parta.

—Enhorabuena, muchos años de felicidad—dijo Mehmet en turco cuando estaba a punto de irse, pensando que Loxandra casaba a su hija.

La boba de Sofía Lungrú se lo tradujo a Yorgakis y Klío sintió que se moría de vergüenza. Loxandra se puso a dar palmadas y a gritar «¡Amén, Mehmet, que tu voto se realice!», y entonces todos comenzaron a cantar:

Ven, Jarálambi, que vamos a casarte…

Luego salió la luna de agosto, volvieron a llenarse de vino los vasos y la fiesta continuó hasta las primeras horas de la mañana.

Al día siguiente, Klío acompañó a Epaminondas y a Yorgakis a Tatavla.

Fue allí, en Tatavla, donde Yorgakis no daba crédito a sus ojos.

—¡Pero si esto es Grecia!—decía una y otra vez.

La casa de Agathó no era rica ni suntuosa, pero ahora vivían un poco mejor porque sus hijos ya habían crecido. Eran dos muchachos muy altos y atléticos.

Agathó había engordado. Llevaba puesto un amplio vestido color pistacho, y entraba y salía constantemente, feliz como una chiquilla.

Volvieron con el último barquito a Makrojori. Se quedaron en la cubierta.

—Ay, ay, ay—dijo Klío—. Mamá ha de estar muy inquieta. Se nos ha hecho tarde.

—Todavía es temprano.

—¿Temprano? Pero ¡cómo se le ocurre!

Klío jamás había vuelto con el último barco.

—¿Qué hacen ustedes por las noches cuando están solas?

—Dormimos. Es decir, mamá duerme y yo leo.

—Debe haber leído toneladas y toneladas de libros.

—Tengo la biblioteca de papá—dijo Klío, y se inclinó para ver el mar.

—No se incline—dijo Yorgakis, y le tendió la mano.

Las rodillas de Klío comenzaron a doblarse, y sin que supiera cómo de pronto se encontró entre los brazos de Yorgakis. Apoyó la cabeza contra el pecho de él y se puso a temblar. Él apoyó la barbilla en el pelo de ella y le acarició la espalda.

La sirena del barco sonó, habían llegado a Makrojori.

Al día siguiente se levantaron todos muy temprano porque los huéspedes tenían que estar a las ocho en Gálata. Su barco, el *Queen Bess*, partía rumbo a Odesa.

—¿Cuándo os volveremos a ver?—preguntó Loxandra poniendo en el plato de Yorgakis una buena rebanada de kaymak y miel en abundancia.

—Ahora vamos a Odesa, doña Loxandra, pero regresaremos a Constantinopla en un par de semanas.

—¡Ah, qué felicidad!—gritó Loxandra—. Cuando volváis os prepararé un hunkiar begiandi.

—Ah, tata—dijo Epaminondas—, pero no vamos a poder venir a veros, no nos dará tiempo. Si vivierais en Stavrodromi podríamos pasar aunque fuera un ratito antes de volver a embarcarnos, pero no nos dará tiempo de venir hasta Makrojori.

—Y entonces, ¿cuándo vendréis?

—Nuestro barco pasa con frecuencia por Constantinopla, pero apenas descarga vuelve a irse. No nos da tiempo de venir a Makrojori.

Klío le dio una patada a Epaminondas, un codazo a Yorgakis, y dijo en voz muy alta:

—Más tarde o más temprano nos mudaremos a Stavrodromi. ¡Hasta cuándo vamos a seguir viviendo así, dos mujeres solas en el exilio de Adán!

Loxandra se aclaró la garganta.

—Bravo, bravo—gritó Yorgakis.

—Entonces os veremos con más frecuencia—dijo Epaminondas.

—Oh, por supuesto—dijo Loxandra—. Sí, claro, nos mudaremos. Más temprano o más tarde nos mudaremos.

Lo dijo como se dice «Más temprano o más tarde moriremos».

Todos sabemos que algún día vamos a morir. Y sin embargo…

Y, sin embargo, cuando llega el momento no lo creemos.

Capítulo 3

PASARON muchos meses desde entonces. Llegó el invierno, transcurrió íntegro, y poco a poco comenzó la primavera. Se derritieron las nieves y empezaron las lluvias, y en medio de los aguaceros, había ratos de sol.

En el jardín de Loxandra aparecieron los caracoles. El plátano echó nuevos brotes. El laurel, lavado por la lluvia, se puso más verde todavía. La tierra de la tapia que rodeaba el jardín del pachá se cubrió de hierba y un olor a violeta silvestre sazonó el aire. Aquí y allá, entre las lechuguillas y los rábanos, brotaron amapolas. Volvieron las golondrinas a sus antiguos nidos. Todas las praderas de Makrojori se cubrieron de manzanilla.

Marzo. Loxandra prepara sus tarros para las nuevas mermeladas. Cose saquitos de tul para la lavanda. Lava y almidona las cortinas de encaje para el verano. Piensa que este año la cocina necesita ser blanqueada y, también, que habrá que poner un trozo de cemento frente a la puerta del jardín. Tarnanás tendrá que sujetar la madreselva que ya cuelga demasiado de aquel lado.

Ahora Loxandra lamenta las horas que el sueño le roba. Se despierta todavía más temprano para disfrutar de la primavera y la disfruta con los ojos, con la nariz, con los oídos, con los poros de su piel. Si sueltas a Loxandra en un lugar desconocido con los ojos tapados y le preguntas dónde está, te contestará que no lo sabe,

pero que sabe muy bien que no está en Makrojori. A Makrojori lo reconoce al contacto del aire con su piel, y es allí donde rejuvenece, año tras año, como rejuvenece el plátano del jardín en primavera.

—Tfu—escupió sobre su hombro—, no te vayan a echar mal de ojo—dijo Elenkaki cuando llegó aquella mañana.

Loxandra se sorprendió de ver aparecer a Elenkaki así, de improviso y sin las hijas. ¿Qué habría pasado? Parecía atontada.

—Bienvenida.

La llevó a su dormitorio para que se quitara la ropa de calle. Le dio una bata.

—Toma, aquí tienes unas pantuflas… ¿Estás cómoda?

La bata le quedaba muy larga y se la alzó con ayuda de un cordón en la cintura. Desde el jardín llegaba el trino de los pájaros.

—¡Qué hermoso mes es marzo!—dijo Elenkaki, y luego titubeó.

Loxandra no aguantó más:

—¿Qué pasa, Eleni? Dímelo.

—Pero si no pasa nada. ¿Qué quieres que pase? Que la Virgen nos ampare. —Y al cabo de un momento—: Ah, Loxandra, había olvidado comentarte que ya encontramos casa. En mi barrio, cerca de Taksim. Theódoros ha dado el depósito.

—¿Qué casa?—preguntó Loxandra.

Como si no supiera que estaban buscando una casa en Stavrodromi.

La mudanza se planeó para mediados de marzo.

—¡Pero qué prisa tenéis! Dejad que pasen las fiestas. Por lo menos la de la Anunciación y la de la Ortodoxia.

Pasó la fiesta de la Ortodoxia; pasó también, dos domingos después, la de la Santa Cruz;[32] y luego ¿por qué no esperar al Domingo de Ramos para poder comer por última vez el pescado de Makrojori? Después llegó la Semana Santa. ¡Sería un pecado! Esperarían a celebrar la Pascua.

Cinco días después del Domingo de Pascua es la fiesta del Manantial de la Vida. ¿Podía dejar de ir a Baluklí? Ni hablar, Virgen Santa, no te preocupes. Pero ese año volvió muy contrariada de Baluklí y cayó enferma. En lo que se recuperaba y podía reanudar su vida normal, llegó mayo y entonces debía hacer la mermelada de rosas, porque las rosas no esperan, se marchitan en un pis pas.

Y, entre una cosa y la otra, hasta mediados de junio no comenzaron los preparativos para la mudanza. Lo primero era la colada. Se dispuso encima de dos bancos la artesa grande, se tamizó la ceniza, hicieron su aparición los lienzos para filtrar la colada, se prepararon las hojas de laurel y las cáscaras de huevo que se pondrían encima de la ceniza a la hora de echar el agua. La víspera por la noche llegó doña Smaragdí, la lavandera de la casa.

La colada llevó una semana. Entre que se secaba, se planchaba y se remendaba la ropa, pasó la semana entera.

Luego, por fin, comenzaron a empaquetar. Primero se recogieron las vajillas finas. Luego se descolgaron los marcos y los cuadros. Todas las mujeres del barrio se reunieron en casa de Loxandra para ayudar. Acudieron también Agathó y Euterpe.

Unas apilaban ropa, otras descolgaban lámparas y repisas. Crujían las duelas, se venía abajo el estucado, gemía la casa entera. Y Loxandra miraba aquí y allá, como un pajarito atolondrado… Se enredaba entre las piernas de todo el mundo, daba vueltas en redondo con una caja que contenía un ganchillo oxidado, una manguera de lavativa agujereada y unas ropitas de bebé muy viejas.

¿Dónde podía poner esas cosas? Miraba perpleja a su alrededor. Debería tirarlas, pero… ¿cómo puede uno deshacerse de cosas así? ¿Acaso se tiran?

—Tía Loxandra, quita tus pingajos de aquí. Ven, escoge lo que quieras conservar, porque en la casa nueva no hay roperos grandes.

¿Que hiciera qué? ¿Qué pingajos? ¿Su ajuar eran pingajos?

—¡Que se os lleve el diablo a todas juntas!

¿Quién no ha sentido miedo de la cólera divina cuando se desata una tormenta? La furia de Loxandra se desató.

—¡Quitad las manos de mi ajuar! ¡No lo toquéis!—gritaba y se mesaba los cabellos—. ¡Fuera de aquí todas! He dicho fuera, ¿no entendéis? ¿Quién os ha dado derecho a irrumpir en mi casa y toquetearlo todo y destruirlo todo? ¿Eh? ¿Os habéis propuesto demoler mi casa? ¿La casa que yo he cuidado con tanto esmero durante tantos años?

La casa siempre había estado al cuidado de Loxandra. Era Loxandra quien se ocupaba de ella, ayudada por Sultana y Tarnanás.

—Mi alma, mi señora querida…

Tarnanás acariciaba la mano de Loxandra. Tenía un vaso con agua y le humedecía la frente.

—¿Dónde está Klío para que ayude a recoger? Así no vamos a terminar nunca, nos cogerá la noche.

¿Y Klío? Había desaparecido. Hacía muchos días que Klío desaparecía: andaba por allí dando vueltas. A veces la encontraban en el jardín, contemplando distraída un árbol o una piedra o el cubo de la basura. En otros momentos bajaba al mar y se sentaba con los brazos cruzados. Otras veces iba a pie hasta Santo Stéfano. Ella misma no entendía lo que le estaba ocurriendo. Sólo sabía una cosa. Que sentía dolor. Que no volvería a ver todo aquello y que quería pasearlo, recorrerlo paso a paso, palmo a palmo y verlo una y otra vez…

Se desmontaron las camas, se apilaron los sacos. Entraron los tulumbadzís y se lo llevaron todo. La casa se vació, se barrió y llegó el barbero para que le entregaran la llave y se encargara él de alquilarla. Loxandra se la dio. Los coches se detuvieron delante de la puerta.

Como un diente arrancado que todavía humea, que sangra todavía, salió Loxandra de su casa, llevando entre los brazos el icono de la Virgen de Baluklí envuelto en un tapete bordado. Salió sin decir palabra, sin mirar a nadie, sin despedirse de nadie. Se sentó en el coche y llamó a Sultana, que llevaba la jaula con el loro, para que se sentara a su lado. Tarnanás acomodó a sus pies la canasta con los gatos y se fue a sentar al lado del cochero. Llevaba en la mano la lámpara de cristal de la cocina, llena de petróleo.

El primer coche se puso en marcha seguido por el segundo, donde iban Agathó, Klío y Euterpe. Y detrás, todo Makrojori que los acompañó hasta la escalerilla del barco.

En cuanto entraron en el barco Klío comenzó a subir la escalera que conducía a cubierta. Detrás iban los demás.

—A ver, madre, dame el icono para que pueda yo ayudarte a subir—dijo Agathó.

—No quiero—respondió Loxandra—. Me quedo aquí.

—¿Dónde aquí? ¿Con las hanum?

—Sí, me quedo aquí con las hanum, aquí hay paz. Dejadme sola. —Y en voz más alta—: Marchaos. Dejadme tranquila.

Agathó abrió la puerta del harén y Loxandra entró.

El compartimento de mujeres estaba en la penumbra. Bordeado de canapés bajo las portillas provistas de barrotes. Cinco o seis hanum, que habían colocado sus velos a un lado, quedándose únicamente con sus pañoletas, estaban sentadas con las piernas cruzadas sobre el canapé.

Cada una había colocado frente a sí, en el suelo, sus zapatos. Una hanum jovencita con las manos teñidas de hena tenía un gallo de caramelo insertado en un palito y lo chupaba con deleite. En el rincón derecho una hanum regordeta fumaba y canturreaba en voz baja: «*Beni bir gün*…». Frente a Loxandra, una muchachita muy pálida tenía un bebé en los brazos.

Loxandra se quitó el sombrero. Se desabotonó el cuello, apoyó la cabeza contra la pared y exhaló un suspiro desde el fondo de su corazón. «¡Ah!». Se sentía bien allí, donde nadie la conocía. Cerró los ojos y estrechó el icono contra su pecho. De sus párpados cerrados comenzaron a rodar gruesas lágrimas.

Poco después sintió una mano tibia que acariciaba suavemente la suya. La caricia era tan dulce que no quiso abrir los ojos para no perderla. A su alrededor oyó murmullos y luego alguien comenzó a

abanicarla. Abrió los ojos y se vio rodeada de miradas bondadosas, ojos humanos, llenos de compasión.

—¡Ay, ay, ay! Pobre señora.

—¿Se muda?—le preguntó en griego la hanum que la estaba abanicando.

—Sí, nos cambiamos, nos vamos. Me han hecho desbaratarlo todo, me han hecho destruir muchos años de vida en mi casa, para ir a instalarnos en Pera porque está de moda. Perdí a mi marido, el sostén de mi hogar, y ahora mis hijos hacen conmigo lo que quieren.

Lo dijo a toda prisa y las lágrimas rodaron nuevamente.

—No se aflija, señora—trató de consolarla la hanum jovencita, la del bebé—. Hay cosas peores. ¿Qué podría decir yo, que estoy a punto de perder a mi bebé?

—¿Cómo? ¿Qué tiene el niño?—preguntó Loxandra secándose los ojos.

—Una diarrea que no para ni de día ni de noche. Lo estoy llevando al doctor.

—¡Ay, ay, ay!—le tocó a su vez decir a Loxandra.

La hanum que hablaba griego se levantó y le ofreció un lukumi:

—Coma, señora, es kaymaki.

Loxandra iba a coger el lukumi pero se detuvo. «La cerda—pensó—, seguro que es una griega que se turquizó». Y decidió preguntarle:

—¿Dónde aprendiste a hablar tan bien el griego?

—Soy de Creta—dijo la jovencita—, tome, alma mía, un lukumi, están frescos.

Entre tanto, Klío, apoyada en la barandilla de la cubierta, miraba en silencio aquellos lugares familiares que se alejaban y poco a poco se perdían en la distancia. Las murallas bizantinas, con sus torres derruidas, desfilaban frente a sus ojos. Desde la época de Juan Tzimisces,[33] incluso desde antes, ya estaban allí esas murallas. ¡Cuántas veces habrán sido destruidas y cuántas vueltas a construir! Sólo se conservaban cuatro torres de las siete que había originalmente. Los jenízaros, dicen, encerraban allí a los sultanes

derrocados. Y cuando los decapitaban, echaban las cabezas en un pozo cercano. ¡Qué no habrán visto estas murallas!…

—¡Agathó!—gritó Klío de repente—, ¿por qué no envías a Sultana abajo a ver qué hace mamá?

Justo en ese momento Loxandra le había preguntado a la hanum jovencita qué guisos se preparan en Creta, pero el bebé había interrumpido la conversación con su llanto.

La mamá se levantó y acostó al niño en el canapé para cambiarle los pañales, pero éste lloró todavía más. La inexperta madre no supo qué hacer. Aquello era demasiado para el corazón de Loxandra: «Va a coger frío el bebé. ¡Ah! Se le va a resbalar de las manos…».

—¡Oye! —gritó de pronto Loxandra y se levantó de golpe.

Acomodó a la Virgen de Baluklí entre los brazos de la hanum que tenía al lado y corrió a encargarse del niño.

—Quita de ahí—dijo dándole un buen codazo a la madre del pequeño.

Cogió con su mano experimentada los piececitos del bebé y le levantó las nalguitas. Con la otra mano sacó los pañales mojados y rápidamente puso los secos. Se inclinó y examinó al bebé.

—Hum… está rozado. Cuando lo cambies tienes que lavarlo con manzanilla, secarlo bien y untarle aceitito. Aceitito, ¿entiendes?

Y tirando de la manga a la hanum que hablaba griego:

—Díselo tú en turco para que lo entienda bien, porque es bastante bruta.

Y momentos después:

—Ah…, pero si este niño llora porque se le rompió el ombliguito. ¿No ves que el ombligo del niño está saltado? Mal rayo te parta, traerlo al mundo sí supiste, pero de cuidarlo nada…, ¿eh? Hay que hacerle una fajita. A ver, dame tu pañoleta.

La turca no entendió para qué le estaba pidiendo la pañoleta.

—¡Que me des tu pañoleta!—gritó Loxandra, y se la arrebató por la fuerza.

Todas las turcas se pusieron a gritar.

En ese momento se abrió la puerta del harén y Sultana asomó el morrito:

«Señora, ¿se le ofrece alguna cosa?», pensaba decir, pero se detuvo.

Se apresuró a cerrar la puerta y a grandes zancadas desanduvo el camino andado. Llegó jadeante a la cubierta.

—¡Corran, dense prisa!—exclamó medio desfallecida—, la señora se ha vuelto loca. Está lanzándose encima de las hanum y tirándoles de los cabellos. Hay un alboroto tremendo en el harén.

—¡Ahí lo tenéis!—gritó Agathó—. ¡Lo habéis conseguido! ¡Se ha vuelto loca! No teníais que haber insistido tanto en que dejara Makrojori.

Todas se precipitaron escaleras abajo, saltando de dos en dos los peldaños. Abrieron la puerta del harén y ¿qué vieron? Pura tranquilidad. Loxandra estaba sentada en el centro del compartimento. Tenía sobre su delantal una pañoleta blanca doblada en forma de faja, y en la mano una aguja y un hilo. Estaba intentando afianzar en la mitad del vendaje un botón forrado.

—¿Qué haces, madre?—preguntó muy tímida Klío.

—¿Qué quieres que haga? Estoy cosiendo una faja para el bebé. Su madre es una boba.

Loxandra levantó la vista y se topó con la jeta asustada de Euterpe.

—¿Y a vosotros qué os picó para venir aquí abajo? Marchaos, desapareced. Desapareced, he dicho.

—No parece que tenga nada—le comentó al oído Euterpe a Agathó.

Se fueron. Loxandra se levantó y envolvió al bebé. Escupió alejando así el mal de ojo, lo bendijo y lo devolvió a los brazos de su madre.

—Dale de mamar.

El bebé se prendió al pezón y comenzó a mamar.

—¿Ya lo ves?—le dijo a la joven madre. Y a la cretense—: Oye bien lo que te voy a decir. Dile que no lleve al niño con los médicos,

se lo van a matar. Que compre agua de cal en la farmacia. ¿Me entiendes? Agua de cal, y que le dé unas gotitas antes de darle el pecho. El bebé se pondrá bien. Hazme caso. La leche materna es la mejor medicina.

Loxandra volvió a su lugar y se aterró al ver a la hanum de al lado sentada como un ídolo con la Virgen de Baluklí en los brazos. «Debo haberme vuelto loca. Loca de atar—pensó, y se persignó a escondidas—. Perdóname, Virgen Santa». Levantó el extremo del tapete y besó el icono.

—¿Qué está besando, señora?—le preguntó la hanum gorda.

—A la Virgen—respondió Loxandra de mala gana.

—Ah, Virgen, conozco. San Tarapis.

—¿Qué? ¿San Tharapis, dices? No tiene nada que ver con san Tharapis.

Pero la turca seguía con su cantinela.

—Sí, conozco, conozco. San Tarapis que pones monedas en el icono y haces un voto. A mí san Tarapis me salvó a mi marido de la cárcel.

—¿Lo salvó? ¿Cómo lo salvó?—se interesaron todas.

—Envié a mi modista que es cristiana y le puso una moneda a san Tarapis.

—¡Ah, ah, oh!—gritaban todas al mismo tiempo golpeándose los muslos con los puños.

Sonó la sirena del barco, porque estaban pasando frente a la punta de Sarayburnu. Todas se levantaron para ponerse los velos y los zapatos. La hanum jovencita se acercó a Loxandra y discretamente le puso una piastra en la mano.

—*Annecim*[34]—le dijo—. Póngaselo a san Tarapis para que se cure mi hijito.

—Se lo pondré—respondió Loxandra.

La joven hanum se inclinó e hizo una profunda reverencia.

—Deme su mano para besarla—le dijo.

En el momento en que Klío entró a buscar a su madre, la encontró en pleno intercambio de besos con la hanum gorda.

—*Güle güle*, que haya paz y felicidad en tu nuevo hogar, señora —gritaban las turcas a coro.

Y Loxandra repartía sonrisas a derecha e izquierda y agitaba la mano despidiéndose de ellas.

Los coches se detuvieron delante de la panadería de Karakóy[35] para comprar empanadillas de queso de oveja. Luego hicieron una parada con Retzepis para comer taukioxu y ekmek kadayif.

De allí partieron los coches lentamente, abriéndose paso con dificultad entre la multitud de Gálata.

—*Varda!… Varda*!…

Giraron a la izquierda y tomaron la subida hacia Mnimatakia. Pasaron frente a la embajada inglesa, frente al Galatasaray, y luego el coche dio vuelta a la izquierda y se adentró en las callejuelas estrechas y oscuras de Pera.

Traca-traca-traca, el traqueteo del carro por los callejones de piedra. De cuando en cuando levantaba la cabeza alguno de los perros que había enroscados frente a los zaguanes de las casas. Y de pronto se detuvieron los coches frente a la puerta verde de una casa que hacía esquina. Habían llegado.

Loxandra levantó la cabeza y vio una casa angosta de cuatro plantas. Echó la cabeza más atrás intentando ver el cielo, pero del cielo… nada.

—Ven, madre.

«Uf», hizo Loxandra cuando por fin logró bajar del coche. Su sombrerito se le había resbalado y estaba torcido; tenía las mejillas rojas, muy rojas, y la frente sudorosa. Bajó y se detuvo frente a la puerta.

Elenkaki, que había llegado temprano por la mañana para recibir los muebles, fue quien abrió.

—¡Que todo sea felicidad en tu nueva casa! —gritó Elenkaki—. ¡Con el pie derecho, Loxandra, con el derecho!

Con la Virgen de Baluklí en un brazo y la canasta con los gatos en la otra mano, Loxandra cruzó a zancadas el umbral de la nueva casa. Y en cuanto entró sintió que su dolor se despertaba nuevamente.

—¿Dónde está mi recámara?—preguntó.

—Está en el tercer piso—respondió Elenkaki—. Tu cama está tendida, si quieres puedes recostarte. Vamos, te acompaño.

Y subieron juntas.

Tarnanás, con el aire de un portador de antorchas en una ceremonia de la Antigüedad, sosteniendo muy en alto la lámpara que llevaba, comenzó a bajar a la cocina.

Loxandra entró en una habitación de las que hacían esquina y allí descubrió su cama, su lavamanos, su ropero. Estaban empolvados, rasguñados, maltratados. La cama no tenía bordes, en las ventanas no había cortinas y en el centro de la habitación había una caja.

Se puso a temblar. Dejó a la Virgen sobre el lavamanos, se quitó el sombrero, cerró la puerta de su habitación y destapó la cesta de los gatos. Al abrirla se percató de que también ellos estaban temblando.

El primero que salió de la cesta fue *Aslán*, pero se escabulló de inmediato debajo del ropero. *Pardalí* salió con más precaución, las patitas flexionadas y la panza casi a ras del suelo. Con el cuello estirado hacia adelante se arrastró hasta la cama y se escondió debajo.

Loxandra se echó de bruces en la cama y rompió a llorar.

Se quedó dormida con un sueño muy profundo y sólo se despertó en el momento en que el sereno daba la media noche. Sintió calorcito junto a la cadera. Eran los gatos, que se habían subido a la cama y estaban enroscados los dos a un costado suyo. Seguían temblando. Les puso la mano encima y su calor la confortó. También los gatos se sintieron reconfortados con el calor de la mano de Loxandra y dejaron de temblar. Empezaron a ronronear los dos al mismo tiempo, pero era un ronroneo demasiado fuerte y poco natural.

«Lo hacen a propósito, para consolarme», pensó Loxandra, y les dejó la mano encima hasta la mañana.

—¡Sa-a-alep, sa-a-alep!

«El vendedor de salep—se dijo en medio de su sueño—. Qué bien, ya ha amanecido». Pero, en cuanto despertó y abrió los ojos, se percató de que el dolor que seguía allí la estaba esperando. Volvió a cerrarlos. Lo mismo hicieron los gatos.

Estuvo mucho rato así, acurrucada, sin moverse, sin pensar. Su cuerpo y su cerebro se habían entumecido. Se había acostado vestida y su cuerpo no había podido descansar durante la noche. Después de mucho tiempo, oyó rascar. Era *Pardalí*, que se estaba afilando las uñas contra la caja. *Aslán* estaba sentado frente a la puerta cerrada y la examinaba.

—Miau.

—¿Qué te pasa, qué quieres?

—Miau.

—A ver, voy a ver qué quiere este gato… —Se levantó mareada y abrió poquito a poco la puerta—. ¿Quieres salir?

Aslán dobló las patas, tensó hacia adelante los bigotes y las cejas como si fueran antenas, y comenzó a tomar sus precauciones.

—Esta no es nuestra casa, ¿no lo ves? ¿Adónde quieres ir?

Se interesó *Pardalí*.

—¡Oh, que se os lleve el diablo a los dos, malditos! No me dais un minuto de reposo. A ver, dejad que me ponga las pantuflas.

Se puso las pantuflas y salió al rellano. Un rellano pequeñito con una puerta cerrada a un lado y más allá la escalera. Se quitó las pantuflas para no despertar a nadie, «Han de estar todos tan cansados que todavía están durmiendo», pensó, y comenzó a bajar la escalera.

—Venid. Eh, bsss, bsss, bsss…

¿Qué clase de escalera era ésa? Estrecha y empinada como la de un alminar.

Con una mano cogiéndose de la baranda y con la otra recogiendo su vestido, Loxandra bajó con sumo cuidado.

—Venid, bsss, bsss, bsss…

Loxandra delante y los gatos detrás, llegaron hasta el siguiente rellano: lo mismo. Y cuanto más bajaban, más oscuro estaba aquello. Llegaron a la planta baja: una oscuridad de noche sin luna. A tientas encontró la puerta y la abrió. Aquella planta tenía una sola habitación y bastante lóbrega: el comedor.

Frente a las dos ventanas estaba el diván. En el centro de la habitación se hallaba la mesa, reducida cuanto era posible reducirla. Más de cuatro no podrían sentarse a aquella mesa. Y en la pared que estaba enfrente del diván, su aparador. Ay, su pobrecito aparador…

—¡Linda! ¡Linda!

—¡Vaya! ¿Y éste dónde está?

La jaula estaba detrás de la puerta. El loro la miraba con la cabeza de lado, el ojo derecho fijo en ella. De pronto empezó a mover la cabeza de arriba abajo:

—¡Linda! ¡Linda!

—Linda-minda, ¡ya ves! Como Pera está de moda, ahora también tú tienes que vivir en la oscuridad… Pst, oye, me vas a tirar. ¿Qué te pasa? ¿Estás de fiesta? Anda, vamos.

Se oyó ruido en la cocina.

—Tarnanás, ¿eres tú?

—¡Yo soy!—gritó contento Tarnanás—. Venga, señora, venga a ver la cocina nuestra. Bonita, bien bonita, para chuparse los dedos.

Apenas oyeron la voz de Tarnanás, los gatos se precipitaron por la escalera que conducía a la cocina.

—¡Amán! Estos gatos van a hacer que me despeñe por la escalera. Pst, alumbra aquí, Tarnanás. Espera, no vayas a darles de comer antes de que les enseñe la carbonera. Tienen que acostumbrarse a hacer sus necesidades allí, aquí no hay jardín.

Y eso fue todo. Se rompió el hielo. Al poco rato Loxandra estaba sentada en el comedor en el extremo derecho del diván y Sultana enfrente de ella, en el extremo izquierdo. Tarnanás estaba en una silla. Los tres tenían una taza de café y se miraban.

—Digamos que lo demás puede pasar, ¿pero acaso es posible soportar una oscuridad como ésta?—dijo Loxandra.

—¡Hum!—hizo Sultana.

Tarnanás sorbió la nariz. Se oyeron pasos en el empedrado.

De golpe los tres pegaron la cara a la ventana. ¿Qué pasa? ¿Quién es? El sereno, desmañanado, tosió.

—Anda, mi buen Tarnanás, hazle un café al desdichado.

Toe, toe en la ventana.

—Ven, ven… Míralo. ¡Qué diablos le pasa! ¿Es tonto o qué, que no entiende?

Abrieron la ventana:

—Anda, ven, no seas terco.

Qué bobo era aquel sereno. ¡Nada que ver con el sereno de Makrojori!

Luego del sereno pasó el lechero.

—Corre, Tarnanás, corre a traer la cacerola.

Los tres salieron al zaguán. Llamaron al lechero y le pidieron que trajera leche todas las mañanas. Sin entrar en conversación, el lechero, que era montenegrino, sacó de su cinturón una vara de tilo, sacó también su navaja y le preguntó a Loxandra cuánta leche querrían ese día. Loxandra le respondió que una oká[36] y el lechero hizo entonces cuatro pequeñas incisiones en la vara. Eso quería decir una oká. Le dio la vara a Loxandra, recogió su lechera y se fue.

—¡Qué medida tan pequeña!—dijo Loxandra mirando la vara—. Nada que ver con las medidas que nos daba nuestro lechero en Makrojori. Además está torcida. Toma, Tarnanás, llévatela a la cocina, ponía donde están los platos.

En la puerta de enfrente dos perros amarillos se levantaron medio dormidos para dejar pasar al lechero. Se estiraron,

estornudaron y se volvieron a echar un poco más lejos. Todavía era temprano.

—Bueno, entremos—dijo Loxandra.

Pero *Pardalí* no quería entrar. Estaba muerta de miedo en el zaguán de la casa intentando entender dónde se encontraba. Qué era esa calamidad que se había abatido sobre ellos. Un perro desconocido se detuvo frente a su puerta y se puso a mover la cola. *Pardalí* se volvió, inquieta, y olisqueó la nariz de *Aslán*: «¿Qué clase de perro callejero es éste? Cuidado, no vayas a salir».

Aslán también olisqueó a su madre y luego olfateó el aire alrededor. «¡Bah! ¿Qué clase de perros son éstos? ¡Nada que ver con nuestros perros de Makrojori!».

¡Y hay quien dice que los animales no se dan cuenta de las cosas!

—Mira la cara del gato, Sultana. ¡Mírale la cara!

Capítulo 4

TODO es lo mismo que en Makrojori, pero nada es igual.

Aquí también el vendedor de huevos es tártaro, el pescadero armenio y el panadero epirota.[37] «¡Salep, salep!», pregona también aquí discretamente el vendedor de salep, y el marchante de menudillos también aquí es guego.[38] El vendedor de keten helva es persa y vocea con la misma tonada que voceaba su marchante en Makrojori. Y, sin embargo, aquí te levantas con dolor de cabeza y al abrir la ventana no exclamas «¡Bendito sea Dios!». Y cuando cae la noche, lloras.

¡Qué triste es el crepúsculo en la ciudad!

Llegó el otoño y luego el invierno. Se encendieron las estufas, sólo que el brasero que desde siempre había ardido en la alcoba baja ahora está oxidado y triste en la bodega. Ha pasado de moda.

Los pasos del sereno arrullan por la noche a Loxandra, pero no se siente segura, porque las puertas no siempre están trancadas. No todo el mundo está acurrucado en su cama. Klío le pide con frecuencia a Tarnanás que la acompañe y sale a pasar la velada en casa de la tía Elenkaki o va con las hijas de Elenkaki y con Bébekas al teatro. En Pera las calles están llenas de gente hasta el amanecer. Aquí ni la noche es noche, ni el día es día. No sabes si estás en primavera o en otoño, se te olvidan las fiestas que se celebran a lo largo del año, porque tampoco hay huéspedes ya. También han

pasado de moda. Apenas han llegado tus visitas, cuando ya se están yendo. No alcanzas a disfrutarlas. Ahora sí les da tiempo de volver a sus casas. Pero, además, ¿acaso hay espacio para que los huéspedes se queden a dormir?

La noche perdió su ferocidad y perdió la cama su dulzura. No hay patio de mármol en la casa, ni cisterna, ni pozo, ¡cómo iba a entrar, por lo menos por la noche, algún Güi-güitzís para asustarte aunque fuera mínimamente!

Menos mal que la casa de Elenkaki queda cerca. Si no, Loxandra ya se habría vuelto loca.

Elenkaki padecía del mismo mal. Tampoco había casado a su hija. Es decir, a Euterpe, que ya había pasado la treintena y además era fea. Porque de Eufemia todavía no se podía hablar. Tenía que esperar su turno. Por otro lado, Eufemia era coquetona y muy bonita. Se casaría sin ninguna dificultad. Más ahora que Bébekas se estaba volviendo rico.

—¡Ah!—suspiraba Elenkaki—. ¡También yo voy a perder a mi niño, Loxandra, lo voy a perder como perdiste tú a los tuyos!

Bébekas había abierto una casa de cambio en Karakóy y le había ido muy bien. Luego había abierto una agencia bancaria y desde entonces se negaba a ir al hamam. Compró una bañera de latón y la hizo instalar en su casa, y ahora ellas debían acarrear en baldes el agua caliente a lo largo de las habitaciones. «Imagínate…», se le cortaba la respiración a Elenkaki sólo de acordarse.

Bébekas entraba en la bañera y se ponía en cuclillas y se quedaba ahí como una rana sin poder moverse.

—Y se embadurna, Loxandra mía, se embadurna. ¡Con la misma agua con la que se lava el trasero se lava la cara!

—Gente muy sucia han de ser los europeos, Eleni. Muy sucia, te digo. ¡Fo!

Loxandra se tapaba la nariz y se abanicaba con la otra mano.

—¡Fuchi, carroña!

—Pierdo a mi niño, Loxandra, lo pierdo. Ahora también él empieza a ser poco amable conmigo… ¡mejor ni te lo cuento porque me mortifica mucho!

—Veo al Manoliós de Agathó y me encanta—dijo pensativa Loxandra—. Veo a Dimitrakis y a Thanasiós y me alegran la vida, mis pollitos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que mi Alekos se hiciera carpintero! ¡Ah! ¡Ah!

—¡Cuánto mejor hubiera sido que mi Andrikos no estudiara! En mala hora fuiste a encontrar ese tesoro.

—¿Tesoro, dices? ¿Qué tesoro? ¿Qué memeces habéis inventado? —Las mejillas de Loxandra se encendieron.

—¡A callar! ¿Por qué gritas así?

Jamás en la vida habían peleado, pero últimamente discutían a menudo.

Nerviosa, Loxandra tamborileaba los dedos sobre el cojín del canapé, mientras miraba la calle evitando volver la vista hacia donde estaba Elenkaki.

—¡Lenguas y sesos! —se oyó desde la calle la voz del vendedor.

Loxandra pensó que hacía mucho tiempo que no habían comido sesos fritos y quiso llamarlo, pero luego lo dejó estar. «¿Para qué me voy a complicar la vida a estas alturas?», dijo para sí misma. En los últimos tiempos hasta guisar se le hacía cuesta arriba. Bajaba muy de cuando en cuando a la cocina. Triste, Tarnanás se las arreglaba solo.

Y de pronto Loxandra sintió que había envejecido.

—¡Eleni!—gritó, y se detuvo porque no supo qué decir.

—¿Qué pasa, Loxandra?

—Eleni…, vamos…

—¿A Tatavla?—preguntó Elenkaki.

—Mal rayo te parta, parrandera, te mueres de ganas de ir a vagabundear por las calles, ¿no? ¡Toma!

Abrió la mano bien grande para insultarla y de ese modo hicieron las paces.

Al día siguiente, sin más dilación, se pusieron en camino.

Euterpe, que había venido para quedarse con Klío y hacerle compañía, fue con ellas hasta el coche, las ayudó a sentarse y les dio un beso.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar en Tatavla?

—Todo el que queramos—dijo Loxandra.

—Estate pendiente de la casa, Euterpe—dijo Elenkaki—. ¡Escúchame lo que te digo!

—Y también de la nuestra—dijo Loxandra—. Euterpe, los gatos y el loro…, cuídalos, desdichada, o te mato. ¡Ah! Con la estrafalaria de Klío mejor que no cuentes mucho.

El coche salió a la calle mayor de Pera, dejó atrás Taksim y llegó a Pangalti. Luego giró a la izquierda y tomó el camino que lleva a Tatavla.

Loxandra sacó de su bolsillo una barrita de mosto.

—Toma, come.

Aquel año la fruta de fin de año había sido escasa porque no tenían donde guardarla. Compraron un poco para Nochebuena y sólo había quedado esa única barrita. Pero, a ver, ¿a quién le puede apetecer celebrar la Nochebuena? Estaban tan solas… Epaminondas no escribía nunca. ¿Dónde estaría? ¿Para qué habría insistido tanto en que se mudaran a Pera? Y el otro… que miraba con ojos de cordero degollado a Klío… Por complacer a Klío, sobre todo, había hecho Loxandra aquella locura, y ahora, fíjate. ¿Dónde estarán? «¡Tiene guasa!».

—Eleni, va a nevar, lo veo venir.

En cuanto llegaron a la colina de Tatavla sintieron el aire helado. Las puertas de San Demetrio estaban abiertas y la gente salía de las vísperas.

Cuando el coche se detuvo frente a la puerta de Agathó, todas las cortinitas del vecindario se movieron.

—Drosí, corre, corre, es doña Loxandra.

—¿Sí? ¿Será posible?

Hacía años que Loxandra no venía a Tatavla. Hasta ahora, en general, le había costado mucho dejar su casa. No le daba el alma. Siempre tenía quehaceres. ¿Qué habrá sido de todos esos quehaceres? ¿Quién los hará? ¿Dónde habrán quedado los paquetes con los retazos y las sedas y las lanas y los ganchillos que ella tenía? De veras, ¿dónde estarán? No sabe. Perdió sus arcones, perdió sus retales. Se estropean vacíos sus tarros para las conservas, se deteriora su ajuar.

—¡No lo puedo creer!—gritó Agathó al abrir la puerta.

—¡Pues créelo!—respondió Loxandra desde dentro del coche—. Ahora yo también ando de pata de perro, ¿no te has enterado?

Llegaron corriendo hasta el coche Dimitrakis y Thanasiós, salió Manoliós a la puerta. También salieron a recibirla dos perros de caza y cinco gatos.

—¿Qué pasa aquí?

—Entrad, entrad. Bienvenidas. Corre, Thanasiós, tráeles pantuflas. Bsss, quítate, ven aquí… Vamos a la alcoba baja, que está calentita.

Con bombos y platillos entraron en la alcoba baja de Agathó.

El brasero grande estaba encendido en el centro de la habitación.

—Dadme vuestros sombreros. Quitaos los zapatos y poneos cómodas en el sofá. Mirad, en este rinconcito… Bsss, ven aquí…

—Deja al animalito, no me molesta. ¡Qué gata más linda! ¿Dónde la encontraste? Agathó… es igualita a *Calipso*.

—Sí, lo sé, por eso le puse *Calipso*.

—Dámela, déjame abrazarla.

La mano de Loxandra se electrizó al contacto con el pelaje de *Calipso*.

Manoliós levantó el tapete de cachemir que cubría la mesa que estaba junto a la pared y sacó de un cajón el bote del café, el briki y las tacitas.

—Ven, Agathó, el café.

Agathó movió la cabeza del sultán Aziz para coger agua de la jarra. Manoliós removió el brasero.

De pura felicidad los ojos de Loxandra se llenaron de lágrimas.

—¿Todavía tienes al sultán Aziz? A mí me lo rompió el maldito aquel.

Thanasiós trajo la caja con el dulce de membrillo.

—¡Ah, has hecho dulce de membrillo!—dijo Loxandra, y sus ojos resplandecieron.

Se sorprendió Agathó al oír aquello. ¿Qué le había pasado a su madre? ¿Por qué preguntaba esas cosas?

—¿Has hecho dulce de naranja?—preguntó de nuevo Loxandra.

—De naranja sí—respondió Agathó—. El que no he hecho todavía es el de pomelo.

—Aprovecha que estoy aquí para comprar lo que te haga falta y yo te lo preparo. Óyeme, Agathó, mañana quiero que abras el talego de los retazos y me des algunos para hacerle unas pantuflas de tela a Manoliós. Las que lleva ya están muy gastadas. Y con lo que me quede te haré unos agarradores para la cocina. Espera, óyeme, quiero que me des también un ovillo de hilo para empezar algún encajito.

A la mañana siguiente sonó el símantro. Era la fiesta de los Tres Jerarcas.[39]

Recién despertada, Loxandra salió con Elenkaki y con Agathó rumbo a la iglesia. Agathó tenía su banco de iglesia en San Atanasio.

—*Las tres luces supremas de la Divina Trinidad*…—mascullaba Loxandra mientras descendían la pendiente que conducía a San Atanasio.

—Madre, ten cuidado, dame la mano.

—¿Por qué? ¿Soy ciega? ¿O patituerta? Déjame tranquila.

Le dio un empujoncito y continuó bajando.

—Ha cambiado el tiempo—dijo Elenkaki.

—Sí, qué bien, está saliendo el sol.

El aire que llegaba de las montañas de enfrente traía un delicioso olor a tierra y a sol y a hierba.

—¡Qué bien huele!—dijo Elenkaki.

—¡Qué bien se está!—exclamó un momento después Agathó.

Loxandra entrecerró los ojos y aspiró hondo varias veces. Al poco se puso a canturrear:

Hierbabuena y poleo y el agua de Halkt,
Katinkaki a ti te quiero
con tu boca de rubí…

Sus mejillas se sonrosaron. Su espalda se enderezó. Sintió que su pecho se henchía y, sin quererlo, desde lo más profundo de su corazón dejó escapar un «¡Oh!» que le produjo un verdadero alivio.

—¡Oh!—soltó de nuevo al poco rato—. ¡Oh, bendito sea Dios!—Y de pronto—: ¡Ah, qué maravilloso es todo! Caramba, Virgen Santa, es de verdad maravilloso—dijo enfatizando una a una todas las palabras. Y alzó triunfalmente la cabeza.

—¿Qué te pasa, Loxandra?—preguntó Elenkaki.

—Nada. ¿Sabes qué, Agathó? Ahora que estoy aquí, ¿por qué no me sacas aquella manta vieja de tu ajuar de novia para descoserla?

—Pero, mamita, ¿no puedes estarte quieta? ¿Por dónde vamos a empezar? Me dijiste pantuflas de tela, ahora me sales con la manta. Deja por una vez que tu cuerpo descanse.

—¿Por qué? ¿Ahora que estoy vieja voy a sentarme a descansar? ¡Ni Dios lo quiera! ¡Afortunadamente no se me escurren todavía ni las babas ni los mocos!

A la mañana siguiente se levantaron y fueron a los baños.

Agathó abrió sus arcones y sacó los paquetes con las toallas de baño rayadas, los estropajos duros, los estropajos suaves, los gruesos albornoces, los tazones y los zuecos altos de madera con

incrustaciones de nácar que habían formado parte de su ajuar de novia.

Le dio mucho gusto a Loxandra encontrar, a su regreso, gallina hervida, servida con mahalebi. Las tres se sentaron a comer con las cabelleras todavía sueltas bajo unas pañoletas blancas con lentejuelas trémulas y abalorios dorados.

Loxandra estaba sentada a la mesa y su cabello suelto sobre la espalda le llegaba, rizado, hasta la cintura.

—¿A ti no te van a salir canas nunca?—le preguntó riendo Manoliós.

—¿Por qué iban a salirme canas? ¿Os habéis propuesto hacerme envejecer a la fuerza?

Y cuando los hombres se fueron y los platos quedaron limpios, las tres bajaron a la pequeña alcoba y se acomodaron en el sofá.

—Tía Eleni, coge el cojín y recuéstate.

—¿Por qué?—Y ofendida—: Es pleno día, ¿por qué tendría que dormir?

—Te estás quedando dormida de pie, como el caballo del lechero.

—No es verdad que me esté quedando dormida. Vosotros conversad, yo os escucho.

Loxandra le guiñó un ojo a Agathó y se echó a reír.

—Dale una frazada.

Agathó le lanzó una frazada a Elenkaki y luego otra a Loxandra.

—¿Pero qué haces? Llévatela, no la quiero, yo jamás duermo de día. ¿Alguna vez me has visto dormir durante el día? Vosotras conversad, que yo estaré pendiente de cuanto digáis.

Al poco rato las tres roncaban a pierna suelta, y cuando llegó la hora del café, Elenkaki, moviendo el dedo índice en dirección a Loxandra, la reprendió:

—Finalmente te quedaste frita, señora mía.

—¿Quién? ¿Yo? Apa-pa-pa-pá. Os estuve oyendo conversar.

Mientras tomaban el café, Loxandra preguntó cómo estaba Yorgos.

—Por lo menos Aspasía podría dejarse caer algún día por aquí.

—Bueno, es que ahora se han instalado en Kadikóy, en la casa que les dejó el tío Grigoris cuando murió—dijo Agathó, y le guiñó un ojo a Elenkaki.

Yorgos había muerto, pero no se lo habían dicho a Loxandra para no mortificarla.

Por la noche se acostaron a dormir temprano y Loxandra se llevó con ella a *Calipso*.

Loxandra y Elenkaki pasaron diez días en Tatavla, al cabo de los cuales emprendieron el camino de vuelta a casa.

Unos días más tarde llegó una tarjeta desde América del Sur. La trajo el hombre de la oficina, el mismo que traía cada mes el dinero. Era de Yorgakis y decía: «No os olvido».

—¿Qué cosa?

—«No os olvido», madre, qué otra cosa querías que nos dijera.

—«No os olvido» a secas—se persignó Loxandra—. Vaya por Dios, ¿y no dice nada de Epaminondas? ¿Van a venir, no van a venir? ¿Cómo están? ¿Qué hacen? Alguna cosa más, ¿qué le costaba? ¿No dice nada más?

—Pues no, no dice nada más—respondió Klío, cogió la postal, subió a su recámara y se encerró.

Y de nuevo se quedó Loxandra sola en el comedor, con Sultana y Tarnanás. Y de nuevo afuera comenzó a llover.

Y cuando se suelta a llover en Constantinopla, tiene para días enteros.

—¡Aaaah!—bostezó Loxandra—. ¿Qué hora será?

Tarnanás miró el reloj.

—Las cuatro.

—¿Apenas son las cuatro? Qué demonios, hoy el tiempo no se mueve. Si por lo menos pasara algún leblebidzís y pudiéramos comprar unos garbanzos… ¡Ah, ahí viene! Corre, Tarnanás, corre, golpea la ventana.

—¡Espera, leblebidzís, espera!

Pardalí se despertó y se interesó mucho por lo que estaba ocurriendo. Se subió en el cojín grande del diván para ver qué

pasaba afuera. Ahora que ya se había familiarizado con la casa, había comenzado a interesarse por la calle. Y *Aslán* más todavía, porque era enero.[40]

Lo que más les interesaba eran los perros de aquel barrio. Con sus perros de Makrojori se sentían libres y deambulaban tranquilos por las calles. Pero con estos perros…

El negro, que era el mandamás del vecindario, en cuanto vio a Loxandra a través de los cristales, apoyó las patitas delanteras en la pared debajo de la ventana y se le quedó mirando con ojos dulces. La miraba con zalamería y se relamía. *Pardalí*, desde dentro, lo veía sin hacerle «¡pj!».

—Bueno, yo creo que ha llegado el momento de que se reconcilien—dijo Loxandra—. A ver, mi buen Tarnanás, trae aquellos huesos que tengo en la cocina. Anda, querido. Sultana, míralo, mira como lo ha entendido, tiene mucha gracia este mozancón.

Loxandra disfrutaba, se moría de risa.

Desde que estuvo en Tatavla, Loxandra había vuelto a ser ella misma.

—Mira aquel amarillo, ¿verdad que se ha repuesto desde que nosotros llegamos? Será un animal precioso.

Y al poco:

—La negra está a punto de parir. ¿Oyes, Sultana, lo que te estoy diciendo? Ya está en días el animalito. Saca el costal que tengo en la bodega. La llamaremos *Serpetí*. ¿Me estás oyendo, Sultana? Esta se va a llamar *Serpetí*.

Sultana se levantó para tomar un poco de agua.

—Sultana, espera, ¿adónde vas? Mira aquel blanco con manchitas negras. No, ése no, aquél te digo.

Y de pronto:

—¡Ust! ¡Ust, oye!

Tarnanás acababa de entrar con los huesos.

—Ahora no. Espera, espera, no abras la ventana. Corre, Tarnanás, deja los huesos y corre, echa al desgarbado ese. Se mete

con la perrita chiquita el muy desvergonzado. Amán, corre, Tarnanás. ¡Ah, mal rayo lo parta!

De lejos se oyó la voz de Jurpanís. Los perros alzaron las orejas y se miraron unos a otros. ¿Ladraban o no? Un cachorro dejó escapar un par de «guau, guau» y luego se calló. A Jurpanís no le ladra nadie. Jurpanís no es un mendigo, es un artista. ¿Qué constantinopolitano no conoce al haraposo Jurpanís y sus canciones y sus bailes?

Canta y baila Jurpanís
y alegrar quiere al país,
pide pan y pide anís
y brindar en un día gris
¡a su salud!…

—Bravo Jurpanís, que Dios te bendiga por haber venido.

Y a los pocos días pasó Karagiozis. Dos artistas, uno cargado con un biombo y el otro con un cajón de madera donde iban las marionetas, se instalaron en la encrucijada y dio comienzo la función.

Madame Surpui, la mujer de mesié Artín, salió de la casa de enfrente y les dio unas monedas. Karagiozis miró con ojos dulces a la linda armenia y se puso a cantar con mucho sentimiento:

—Asómate, Margarita, asómate a tu ventana.
—Estoy friendo pescaditos, en mi cocina encerrada.
—Que se quemen los pescados y asómate a la ventana.
Verte quiero, Margarita, tengo el alma enamorada.

La armenia saludó a Loxandra y entró de nuevo en su casa.

—¿Qué hora es, Tarnanás? ¿No será hora de ir a preparar el halvás?

Por la tarde debía venir Elenkaki con las muchachas. Seguramente vendría también la señora Gueorguiadi, la vecina de al lado. Y qué va uno a hacer, lo mejor es decir: bendito sea Dios.

También Pera tiene sus cosas buenas.

Capítulo 5

BENDITO sea Dios porque *hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el cielo… Un tiempo para nacer y un tiempo para morir… Un tiempo para talar y un tiempo para construir…*

Loxandra sintió que si de repente se había encontrado en Stavrodromi era porque había llegado el momento de vivir allí y ése debía ser en adelante su lugar. Aceptó su nueva vida como había aceptado la muerte de Dimitrós. ¿Qué se le va a hacer? Así son las cosas.

Stavrodromi no se parecía absolutamente en nada a Makrojori, y era como si de sopetón unas tijeras hubieran partido por la mitad aquella vida hermosa, la vida que había llevado hasta entonces, y ésta comenzara a diluirse en el pasado, a borrarse como un lindo sueño. Klío comenzó a sentir lo mismo y a añorar los hermosos atardeceres de Makrojori, el cielo, el mar, el jardín de su casa con el plátano. También la biblioteca de su padre se había perdido porque, aprovechando la mudanza, Theódoros se la había robado y ahora no le quedaban sino *Cassianí, Pikuílos Alí Agás y Los testigos de la boda*.[41]

Ahora evitaba la vida social de Pera, que había imaginado como un paraíso, la evitaba y comenzaba de nuevo a ser presa de la nostalgia, llorando su paraíso perdido. Exactamente lo contrario de su madre.

Loxandra jamás lloró paraísos perdidos. Tampoco buscaba ir al encuentro de la felicidad. Era la felicidad la que llegaba en busca de Loxandra. Y se presentaba de repente, en los momentos más inesperados. De pronto bajaba el Ángel y agitaba las aguas de la pila bautismal de la Virgen de Baluklí y Loxandra era nuevamente bautizada.

Bendito sea Dios. Grande era la gracia de la Virgen.

El patito de agosto se come con bamies. Es un pecado dejar pasar agosto sin comer pato con bamies.

La víspera de la fiesta de la Virgen, Loxandra compró patitos y, a pesar de todo su cansancio, bajó sola a la cocina a sollamarlos. Estaba cansada porque el día anterior se había abastecido de todo el combustible para el invierno. Había llenado la bodega con carbón de leña, había hecho venir a los kurdos para que cortaran y guardaran treinta tsekiái [42] de leña para las estufas.

Si el lechero en Constantinopla era siempre eslavo, el pescadero armenio y el panadero epirota, el leñador siempre era kurdo. Por eso Loxandra hacía venir a los «kiurtos» para que cortaran la leña. Muy temprano por la mañana descargaban frente a la casa, en plena calle, treinta tsekiái de troncos, y los kurdos, unos gigantones de brazos fuertes, con pantalones bombachos y pañoletas anudadas alrededor de su fez, con resplandecientes hachas bien afiladas, llegaban y se ponían a cortar la leña. Los kurdos eran devotos de sus hachas. Ni siquiera en sus aldeas, en lo más profundo del Kurdistán, se separaban jamás de sus hachas, y cuando emigraban, sus madres les ponían las hachas en las manos como antaño las madres espartanas habían puesto en las manos de sus hijos los escudos. Cuando el kurdo llegaba a los catorce, quince años, y comenzaba a sentir las primeras ansiedades de la juventud, no salía de su casa con flores, se echaba el hacha al hombro y deambulaba por las calles del barrio, gritando: «*Derdim var derdim*», es decir: «Una pena tengo, una pena», levantando la mirada hacia las ventanas cubiertas con celosías. La joven que aceptara aquella proposición debía abrir su ventana y responderle: «*Derdine kurban olurum*», es decir: «A tu pena yo me sacrifico». En ese momento el

novio hincaba el hacha en la puerta de la novia diciendo: «*Bende baltayi burada vururum*», es decir: «Entonces aquí clavo mi hacha». Después se iba a su casa y enviaba a su madre para que recogiera el hacha y con ese pretexto conociera a la novia.

Así de importante era para el kurdo su hacha. Y mejor que insultaras a su profeta a que dijeras algo desagradable de su hacha.

Loxandra les tenía miedo a los kurdos, como les tenía miedo a los turcos. Pero cuando los hacía venir para que cortaran la leña, ¡ah, sólo eso faltaba!, no tenía con ellos ninguna contemplación.

—Mal rayo te parta, *kiopoglu kiopeté*[43] —gritaba agitando sobre la cabeza del kurdo un leño—. ¿Ves esto? ¿Lo ves? ¿Te parece que entrará en mi estufa tremendo pedazo de garrote?

Para ofender el hacha del kurdo no hacía falta decir demasiado, lo mínimo era suficiente. Y, sin embargo, por paradójico que parezca, los kurdos jamás tomaron a mal las palabras de Loxandra y siempre estaban dispuestos a satisfacer hasta el último de sus deseos. Apilaban los leños en la bodega y por la noche, cuando llegaba el momento de irse, las despedidas eran muy calurosas y se acompañaban de los consabidos *güle gülé*[44] y los recíprocos deseos de un buen invierno, y las propinas y los paquetitos por parte de Loxandra: «Llévate esto para tu hijito y aquello para tu mujer», y demás.

Aquella noche, cansada, Loxandra se acostó a dormir, y toda la noche vio hachas y tablas de cocina y carne cruda y cosas muy confusas en sus sueños. Lo atribuyó a las impresiones del día anterior y no le dio mayor importancia. En cuanto se despertó dijo: «Jesucristo vencedor», y bajó a la cocina a socarrar los patitos. ¿Cómo podía saber la infeliz lo que les esperaba? ¿Cómo podía saber que el Tratado de Santo Stéfano que se había firmado hacía dieciocho años había sido revisado y vuelto a revisar, que Bulgaria se había convertido en un principado autónomo, que Rumania y Montenegro se habían proclamado estados independientes, que Rusia se había anexado Kars, Ardahan y Batumi, que Inglaterra se había quedado con Chipre, y Grecia con Tesalia y parte del Epiro, mientras que los armenios no habían recibido nada de lo que se les

había prometido y habían comenzado, por eso, a sublevarse, y el sultán Hamit había soliviantado al pueblo, había hecho venir a los kurdos con sus hachas desde el Kurdistán y había organizado el exterminio de los armenios en las calles de Constantinopla en un día festivo, la víspera de la Asunción de la Virgen? ¿Cómo podía saber todo aquello?

Ignorante de todo aquello, bajó la pobre a guisar sus patitos. Estaba de tan buen humor ese día…, tan contenta… Hacía unos días habían recibido una carta de Yorgakis en la que pedía la mano de Klío. La carta era un poquito incoherente, pero lo importante era que pedía a Klío en matrimonio. Así comenzaba la carta:

En estos difíciles momentos mi pensamiento en ti busca refugio, puerto de aguas profundas, puerto pleno de hospitalidad…

Y, dejándose llevar por una buena disposición de ánimo, Yorgakis, borracho, escribía que el barco había zarpado abandonándolos a él y a Epaminondas en Génova, solos, tristes y sin un céntimo. No habían hecho nada malo, contaba, sólo que habían llegado un poquitín tarde, porque, como hombres que eran, también ellos se habían tomado unos tragos para olvidar sus penas y habían pasado la noche en las calles genovesas. En medio de tanta oscuridad, Epaminondas le había echado los perros a un sacerdote católico y le había silbado «fiu-fiu» porque lo había confundido con una mujer, y la gente se lo había tomado muy mal y lo habían aprehendido y metido, pobre Epaminondas, un rato en chirona. Pero el cónsul de Grecia había resultado ser paisano de Yorgakis y había tomado todas las medidas necesarias para que lo dejaran salir inmediatamente del calabozo y en unos días los ayudaría a embarcarse rumbo a Constantinopla para que pudieran celebrar los esponsales, si Loxandra tenía a bien aceptarlo como yerno. Y antes de terminar la carta, juraba que nunca más en la vida volvería a tomar una sola gota de alcohol.

¡Cómo no iba a estar de buen humor! Loxandra puso la cacerola al fuego y, cuando sintió que los patitos ya estaban tiernos, se puso

a probarlos de sal. De pronto oyó en la calle estruendo de pasos y gritos salvajes.

—Oye, Tarnanás, ¿no te levantas a ver qué está pasando afuera? —le pidió a Tarnanás.

Pero a Tarnanás le daba una pereza terrible porque tenía que encaramarse en el fregadero para ver, ya que la cocina estaba en el sótano, y desde allí sólo se veían los pies de las personas que corrían. Rápidamente acercó Loxandra una silla a la ventana y se subió. Vio a un kurdo, hacha en mano, luchando por romper la puerta de enfrente, la de mesié Artín.

—¿Qué hace? ¡Mal rayo lo parta, perro desgraciado!

Se bajó de la silla y fue corriendo a coger el cucharón.

—Ahora verá.

Se recogió las enaguas, y se disponía a subir corriendo la escalera cuando se topó con Klío.

—¡Una matanza, mamá, están matando a la gente!—articuló Klío a punto de desmayarse—. ¡Bajad los estores!

Loxandra apartó a Klío a codazos.

—¡Qué matanza ni qué matanza! Un «kiurto» está tratando de romperla puerta de mesié Artín, quítate, déjame pasar.

Sultana llegó corriendo. Entre Klío y Tarnanás consiguieron taparle la boca a Loxandra para que no se oyeran afuera sus gritos. La arrastraron lejos de las ventanas, cerraron los estores. Se escondieron todos juntos en la carbonera.

Y hasta allí llegaba el ruido de los golpes, los pasos y los gritos desgarradores de las gentes. Luego se hacía un silencio y al poco comenzaba todo de nuevo. Cada vez que había silencio, Loxandra pegaba un brinco y cogía el cucharón.

—Pero si sólo son los «kiurtos». Dejadme ir a ver qué pasa. Que se los lleve el diablo a todos juntos.

Cuando acabó aquella calamidad, fue a verlos el empleado de la oficina de Theódoros. Les traía comida y quería saber cómo estaban. Dijo que había habido una matanza de armenios, pero que los turcos no habían tocado a los griegos, salvo a los que ocultaban a algún

armenio en su casa, y Theódoros mandaba decir que, por amor de Dios, no dejaran que nadie supiera que tenían a Tarnanás. En Stavrodromi, dijo, las cosas ya se habían tranquilizado, pero en muchos pueblos de los alrededores la matanza continuaba.

Después de eso, Loxandra tuvo miedo y ocultó a Tarnanás debajo de su cama. Tenía miedo de acercarse a las ventanas, tenía miedo de abrir los estores. Los buhoneros comenzaron de nuevo a hacer sus rondas. Reapareció el vendedor de salep, pasó el marchante de menudillos y cuando los gatos lo olieron se pusieron a maullar. Loxandra se apresuró a encerrar a piedra y lodo a sus gatos en la carbonera: «Shhh, a callar, y no vayáis a salir porque os matarán». Cada mañana golpeaba la puerta el lechero, pero Loxandra, dentro, permanecía muda: «Quédate con tu leche, no nos hace ninguna falta». Tomaban té. Pero al séptimo día, cuando llegó el aguador, tuvo que abrirle porque ya no tenían agua. Hussein entró cojeando, bajó a la cocina y vació dos odres de agua en el recipiente de barro, el grande.

Al irse, Hussein se despidió de ella muy gentilmente. Al poco rato pasó el huevero. Tocó en la ventana.

—Mi señora, ¿va a querer huevos?

Loxandra entreabrió la ventana, se lo quedó mirando y pensó: «¿Será Mustafá un perro de Agar?».

A la mañana siguiente pasó el sereno, le dio los buenos días y la miró con ojos dulces, esperando su café.

—A ver, Tarnanás, prepárale un café.

Abrió la puerta y se sentó en el zaguán. De nuevo pensó: «¿Será o no será?». Al final no pudo aguantar más.

—Oye, Mehmet, quiero que me digas una cosa: ¿el otro día estuviste en las calles matando gente? ¿Sí o no? Pero quiero que me digas la verdad.

—*Vallahi-billahi!*[45]

No, Mehmet no había estado.

—¡Ah, ya sabía yo, sí, sí, sí!—Y se echó a llorar—. ¿Qué manía les agarró? ¿Qué mal les había hecho el pobre mesié Artín que lo cogieron y lo mataron? No, pero, dímelo, ¿qué les había hecho él?

—¡Ay, ay, ay!—dijo Mehmet.

—¡Ay, ay, ay!—le dijo al cabo de un rato el vendedor de menudillos.

—¡Ay, ay, ay!—dijo también el leblebidzís—. *Yanliş oldu*.[46]

Diez o veinte mil personas fueron asesinadas, sus casas fueron saqueadas y sus iglesias profanadas y desvalijadas, fueron exterminadas familias enteras, y «fue un error».

Los perros lamieron la sangre de las aceras y la vida retomó su curso, como si nada hubiera ocurrido.

Tarnanás salió de debajo de la cama de Loxandra, llegó Elenkaki, y todos juntos comenzaron a preparar en la cocina los postres para los esponsales de Klío, que se acercaban. Loxandra hizo de tripas corazón y se secó las lágrimas, porque así son las cosas. Y luego, qué puedo decirte, ya se sabe que… *una pena tan grande no hay quien la aguante*. ¡Ah, todo tiene un límite!

Capítulo 6

—¿MANDASTE la carta?—preguntó Epaminondas en cuanto salió del calabozo en Génova y se enteró de que Yorgakis había enviado una carta a Loxandra pidiendo la mano de Klío.

Yorgakis se palpó los bolsillos y le dijo que sí, que por supuesto que la había mandado.

Después de eso vendieron sus relojes y se pusieron en marcha para comprar el regalo de la novia. Sin embargo, la pregunta de Epaminondas hizo pensar a Yorgakis. ¿Y si no había enviado la carta? Ya en otra ocasión le había escrito a Loxandra desde Marsella, pero luego, cuando desembarcaron en Róterdam, la carta apareció entre la ropa sucia.

Por si las moscas, decidieron no comprar el regalo todavía. Volvieron al hotel y estuvieron buscando la carta hasta la media noche. Buscaron en la papelera, vaciaron todos los cubos de basura del hotel, entraron a escondidas en el despacho de la hostelera y hurgaron en la cestita que ella tenía, entre sus papeles, nada. Yorgakis comenzó a desanimarse. Pero Epaminondas no se rindió. Se hizo un nudo hadado en el pañuelo y dijo: «Bueno, ahora vámonos a dormir y verás como mañana la encontramos».

Por la noche, cuando se levantó para ir al baño y se topó en el pasillo con la hostelera, que iba en camisón y bigudís, Epaminondas creyó distinguir, en uno de los papelitos que la mujer se había

puesto en la cabeza para rizarse el pelo, la caligrafía patizamba de Yorgakis. Así le pareció y quiso asegurarse. ¡Y vaya escándalo se armó frente a la puerta del baño, porque la hostelera se tomó mal las intenciones de Epaminondas y se puso a gritar pidiendo auxilio! De modo que tuvieron que bajar hasta el puerto en una pura carrera y a eso del amanecer se metieron en el primer barco que había de zarpar con rumbo quién sabe dónde.

El primer barco que levaría anclas era el *María Luisa*, un cacharro griego que transportaba carbón de Cardiff a Constantinopla. La mayoría de los tripulantes eran conocidos. Y puesto que así se presentaron las cosas, es que eso era lo mejor.

Cuando llegaron a Pera y llamaron al timbre de casa de Loxandra, no fue Klío quien les abrió la puerta. Quiso el destino que abriera la segunda hija de Elenkaki, Eufemia, que había venido a pedir prestado el recipiente grande para hornear.

Al principio no la reconocieron, pero al cabo de un momento:

—¡Mariona!—gritó Epaminondas, y la abrazó paternalmente.

El abrazo fue tan paternal y tan prolongado que Yorgakis empezó a empujar a Epaminondas para poder abrazarla él también, como pariente que ahora era.

Eufemia se había vuelto pizpireta y coquetona. Se había dejado un buclecito sobre la frente y el lunar que tenía en la mejilla ahora se veía mucho más. Era igualita a aquella Mariona que en los viejos tiempos había roto los vasos en la casa de Madame Marie, en el callejón Abanoz.

Cuando Loxandra subió la escalera de la cocina y los vio y abrió sus dos brazos como el puerto de aguas profundas que era, Yorgakis y Epaminondas comprendieron de inmediato que la carta había sido enviada y recibida. No cabía la menor duda, y Yorgakis se vio en la obligación de acabar ahogado en el abrazo de Loxandra.

Se celebraron los esponsales y se fijó la fecha de la boda para un año después. Comenzaron los preparativos para la dote. De cada puerto al que llegaba el novio, enviaba regalos. La casa se llenó de alegría.

Llegó abril y brotaron las primeras rosas de primavera, y un buen día se reunieron todas las mujeres a ayudar a Loxandra a limpiar las flores para preparar la mermelada. La limpieza de las rosas y de las grosellas, que requiere de enorme paciencia, siempre acababa en fiesta. Un día se reunían en casa de una; otro, en casa de otra. Se reunían amigas y parientas, ponían un mantel limpio, se sentaban todas alrededor de la mesa y, entre conversación y risas, terminaban el trabajo sin siquiera haberse dado cuenta.

Aquel día estaban todas en el comedor: Elenkaki, Euterpe, Eufemia, Agathó, Loxandra, Klío y Sultana. Llamaron a la puerta y entró Epaminondas solo.

—¿Será posible? ¡Bienvenido! ¿Y Yorgakis?

Yorgakis, dijo, seguramente debía andar en alguna parte del golfo de Vizcaya con su barco. Epaminondas había desembarcado en Francia y había llegado a Turquía por ferrocarril para despedirse de ellos, porque se iba a la guerra.

—¿Será posible?—volvió a decir Loxandra.

Epaminondas estaba de pie frente al aparador del comedor y se retorcía el bigote antes gris y ahora negro. La patria, dijo, necesitaba de sus hijos subyugados. Estaban sucediendo grandes cosas. Los griegos ya se habían puesto en camino para tomar Constantinopla.[47]

Klío se levantó de un brinco y entusiasmada se lanzó al cuello de Epaminondas.

—¡Viva Grecia!—gritó.

—¡Chitón!—vociferó Loxandra, y comenzó a buscar su pantufla debajo de la mesa.

Elenkaki abandonó las rosas y se puso a recoger sus bolsas.

—Vámonos.

—¿Pero adónde vas?

—Vámonos—repitió Elenkaki.

—¿Por dónde van a entrar los griegos, por Santo Stéfano?—preguntó Euterpe—. ¿Te acuerdas, Klío, del día que viste el trasero ruso?

—¿Para nosotros es bueno o es malo?—preguntó Loxandra en cuanto halló su pantufla—. Si es bueno para nosotros, que la tomen. Corre, Sultana, ve a encender la lamparilla. ¿Por qué te quedas mirándome como un ídolo? ¡Muévete!

Elenkaki volvió a sentarse a la mesa para terminar de limpiar las rosas. Porque, bueno, ahora había que darse prisa, había que preparar rápidamente la mermelada para que Epaminondas pudiera llevarse a la guerra un poco de dulce recién hecho.

Las muchachas abandonaron los bordados para la dote de Klío y se pusieron a tejer prendas de lana para Epaminondas. Loxandra mandó pedir que le trajeran de Aretsú[48] una ristra de caballas saladas y unas cuantas salchichas para que Epaminondas se las llevara consigo. Compró dos okás de pasturmá, compró dos recipientes de barro para ponerle una probadita de los encurtidos y también un poco de lakerda. Le compró una cocinilla de alcohol, una caja de café y un briki. Puso en una caja un paquetito con pimienta, otro con canela, otro con pimentón y otro con orégano. Mandó hacer un edredón nuevo y también un colchón pequeño. Y luego fue con él al fotógrafo para que les sacara unas fotografías. Pero se asustó mucho cuando vio que el fotógrafo se perdía debajo de la franela negra de la cámara y dijo: «No, no me dejo». Pasaron las de Caín para conseguir que se quedara quieta. Hasta una plancha de hierro tuvo que poner el fotógrafo detrás del asiento de Loxandra para detenerle la cabeza y que no la moviera. Epaminondas estaba de pie junto a ella, con la mano apoyada sobre su hombro. Enfurruñada, Loxandra miraba la cámara, parecía que estuviera viendo un cañón. Y así salió en la fotografía: enfurruñada. Antes de salir de la tienda, Epaminondas quiso retratarse montado en el caballo de madera que tenía el fotógrafo.

Al salir, entraron en la tienda de un mahalebidzís para comerse algún dulce y reponerse de tantas emociones.

Cuando recogieron las fotografías, Epaminondas fue de casa en casa repartiendo copias a todos los amigos y parientes. Y todos los amigos y todos los parientes ofrecieron banquetes de despedida en

su honor. Naturalmente Loxandra, a su vez, los invitó a todos y les dio un banquete.

Epaminondas se reconcilió con Theódoros después de tantos años de distanciamiento, y los hermanos intercambiaron un abrazo de despedida. No se sabe nunca qué puede pasar. Aquello era una guerra.

Al final, se reunieron los parientes más próximos para una última despedida, colgaron del cuello de Epaminondas cruces y amuletos, y Epaminondas, por fin, se dispuso a ir a luchar sin que los turcos se dieran cuenta.

Se fue a finales de abril, pero para cuando llegó a Atenas y se alistó, los turcos ya estaban en Lamía y el rey Jorge se había apresurado a enviarle una misiva al zar, solicitándole que tomara cartas en el asunto para detener aquella catástrofe. La guerra terminó antes de lo esperado y Epaminondas, que estaba muy bien abastecido para la campaña, se dijo: «¿Y si me doy una vuelta por Kea y me quedo una temporadita en la casa de Dederis, el viejo contramaestre, que además tiene muy buen vino?». ¡Qué iba a hacer con tantas delicias que llevaba consigo!

En Constantinopla le perdieron el rastro durante mucho tiempo y el sufrimiento de la familia era inenarrable. Por Yorgakis se enteraron de que al finalizar la guerra Epaminondas había ido a reponerse a Kea, a casa de un amigo.

Dos meses más tarde, en vísperas de Año Nuevo, Epaminondas llegó, finalmente, a Constantinopla.

—¡Feliz 1898!—dijo estrellando la granada contra el suelo del patio.

—¡Que sea un año muy feliz!—respondió Loxandra, que estaba muy cerca de él y le dio un beso—. ¡El año que entra, de novio!

—Amén—dijo Epaminondas y se retorció el bigote.

Se acercaba ya la fecha de la boda de Klío. «Que se case Klío con el favor de Dios, para luego poder darme a la tarea de encontrar alguna muchacha buena para Epaminondas. Ya está viejo. Ya es hora de que siente cabeza y forme un hogar».

—No vuelvas a embarcarte hasta que haya pasado la boda de Klío—le pidió Loxandra.

Epaminondas consintió. Sólo tenía que hacer un viajecito a Aretsú porque iba a bautizar a una niña.

—¿Otra vez?—preguntó Loxandra.

Tenía que bautizarla. Lo había prometido. Le había dicho a una de sus comadres de allí que, si el bebé de su prima era niña, él la bautizaría y le pondría Genoveva.

Epaminondas sólo bautizaba niñas y a todas les ponía o Genoveva o Panorea.[49]

—¡No vayas!—gritó Loxandra, y por nada del mundo quería dejarlo ir.

Su ojo izquierdo le había estado saltando mucho aquellos días. Y que le saltara el ojo izquierdo era para ella una señal inequívoca de mal agüero. Algo en su interior le decía que no debía permitir que Epaminondas se fuera.

El no hizo caso. Se fue.

Capítulo 7

DOS FILETITOS de caballa ahumados y una caballa salada de Aretsú. ¿Qué son dos filetitos ahumados y una caballa salada? Y sin embargo…

Los dos filetitos de caballa ahumados y la caballa salada que trajo Epaminondas de Aretsú fueron la razón por la que la felicidad de Klío se desvaneció. Pero empecemos por el principio.

Cuando Epaminondas, contra todas las recomendaciones de su madre, se fue a Aretsú, Loxandra, que se sentía muy mortificada, se dijo a sí misma: «¿Por qué no me voy con Elenkaki yo también a pasar unos días en Tatavla?».

Ya todo estaba listo para la boda. Euterpe y Eufemia estaban en casa terminando las pantuflas del novio, y Klío subía y bajaba afilándose las uñas para el pleito: «Eso lo levantas de allí, aquello lo pones allá, eso otro lo tiras…», o sea, quería hacerse pasar por la nueva ama de casa.

Quitó los tapetes que se ponían encima del diván del comedor y en su lugar puso terciopelo. Pero para que no se ensuciara el terciopelo, cosió fundas de algodón estampado. Y para que no se ensuciaran las fundas, puso sábanas encima. Y para que no se ensuciaran las sábanas, las cubrió con trapos.

A Loxandra le molestaba ver todo aquello, se le subía la sangre a la cabeza y tenía ganas de estrangularla.

—Tranquila, haz como si no vieras nada—le decía Elenkaki.

—De acuerdo, Eleni, pero ¿qué culpa tienen nuestros cubiertos? ¿Eh? ¿Qué culpa tienen esos preciosos cubiertos con el mango de cuerno de ciervo? ¿Dónde encuentras hoy en día cosas así?

Cada vez que se sentaban a comer comenzaba la discusión a propósito de los cubiertos. Loxandra miraba los cubiertos nuevos que Klío había comprado en el Bon Marché y comenzaba:

—Hum… ¡Los cubiertos de moda! ¡Hum!… Qué cosa más bonita, ¿verdad, muchachas? Son preciosos…

—Madre, o te callas o tiro mi servilleta al suelo y me voy.

—¡Pero oíd cómo me habla! ¿Habéis oído?

Loxandra se quedaba mirando fijamente a Euterpe y a Eufemia, en espera de una respuesta. Parecía que las estuviera convocando a ser testigos en un juicio.

Euterpe, con los ojos clavados en su plato, soltaba algún mugido en señal de que sí estaba oyendo. Eufemia sonreía distraída.

Los dientes de Eufemia eran pequeños, muy blancos y afilados. Tenía las mejillas sonrosadas como la piel del durazno. Y un ricito se había instalado definitivamente entre sus cejas. Igual igual que el de Mariona. «¡Mariona, rompe los vasos!», le gritaba Epaminondas. Y ahora, estos últimos días, Eufemia lucía una sonrisa distraída.

«¡Caramba, qué bonita se ha puesto», pensaba Loxandra.

—Oye, Eufemia, ¿no podrías ir a decirle a Bébekas que venga a quedarse con vosotras mientras estamos en Tatavla?

—Amán, tía Loxandra, ¿para qué queremos a Bébekas, para que todo el tiempo nos esté dando la lata?

—No os preocupéis por nada, idos tranquilas, que nosotras la pasaremos muy bien solas, no habrá ningún problema—las tranquilizó Klío.

Así las cosas, se fueron.

Aquel día, en Tatavla, Agathó había preparado espinacas con arroz y le habían quedado deliciosas. «¡Oh, bendito sea el Señor!».

—¿Qué significa ser rico, Loxandra?

—Saber contentarse con poco.

Y en cuanto terminaron de cenar, se acostaron a dormir. Agathó les había hecho la cama en el diván de la alcoba baja, porque ahí se estaba más calentito.

Las arropó, las bendijo, trazó el signo de la cruz sobre sus rostros y las ancianas comenzaron a chiquearse… A una le dolía aquí, a la otra le dolía allá. «¡Cof! ¡Cof!», unas falsas tosecillas, otros falsos bostezos.

—A vosotras alguien os ha de haber echado mal de ojo. Un momentito, que os voy a exorcizar.

—No, no, ahora no. Vete a dormir.

Les dio un beso y volvió a arroparlas.

—Que durmáis bien, que despertéis muy sonrientes.

—Buenas noches, que Dios te bendiga. ¡Cof, cof!

Muy bien arropadas con las mantas de lana hasta la cabeza, oían el rumor de la lluvia y el viento que soplaba. Luego oyeron los pasos de Manoliós y luego la enorme tranca de metal de la puerta de la entrada. Pam. La tranca quedó puesta y poco a poco los pasos de Manoliós se fueron alejando hasta perderse en la oscuridad. Era la hora de los Güi-güitzís. En casa de Agathó había cisterna y también había pozo. Los párpados de Loxandra comenzaron a cerrarse muy dulcemente y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente. Y cuando despertó, el cielo estaba limpísimo. El frío, sin embargo, había apretado.

Aquella semana transcurrió sin que se dieran cuenta. Llegó el sábado, y cuando se estaban preparando para ir a la iglesia, un coche se detuvo frente a la puerta de su casa. De un salto salieron Klío y Euterpe, desgreñadas y con el semblante descompuesto. «Algo ha de haber pasado», pensó enseguida Loxandra, y agarró su amuleto.

—¡No me mortifiquéis!—gritó, y se tapó con los puños los oídos.

Euterpe se echó a llorar.

—¿Qué pasa? Decidlo de una vez—pidió Elenkaki.

Klío se sacó una carta del bolsillo y se la entregó. Elenkaki la leyó y, al llegar a la última línea, cayó desmayada sobre el diván, tiesa como un palo.

—Pero ¿qué es lo que pasa?, ¿por qué no me decís nada? —estalló Loxandra.

—Has dicho que no te mortificáramos y ahora quieres que te lo digamos… ¿Qué quieres que pase? Eufemia se ha fugado con Epaminondas.

—¿Qué?—preguntó Loxandra parpadeando nerviosa y sin llegar a entender lo que le decían. Era demasiado para su cabeza—. ¿Qué dices? No te oigo, habla más fuerte.

Y el maldito organillo aquel que no paraba de tocar ahí enfrente, en el café de Gogovitsias, cada vez más entusiasmado.

—Qué dices, repítelo, no oigo lo que me dices… ¡Amán, detened de una buena vez a ese organillero! ¡Detenedlo, cristianos!

Pero el organillo, a lo suyo: «Tralalá, tralalá…». Como si lo hiciera adrede.

—¡Voy a gritar! ¡Voy a romper los vidrios! ¡Haced callar a ese organillo!

Thanasiós fue corriendo al café y detuvo el organillo. Elenkaki volvió en sí.

Ofendido, el organillero pasó desafiante frente a la ventana haciendo sonar una polka.

—Mal rayo te parta—murmuró Loxandra entre dientes, mirando con aire hosco el organillo con sus borlas y sus lentejuelas y las flores de papel que enmarcaban el retrato de Pulú, la del lunar postizo en la mejilla y el ricito desvergonzado sobre la frente.

Y de pronto Loxandra tuvo un sobresalto y dio un puñetazo en el cojín:

—¡No! ¡No es posible! ¡Eufemia! ¡No es posible!—repetía una y otra vez, y rápidamente bajó el estor y cerró los ojos porque le pareció que, poco antes de que el organillero doblara la esquina de la calle, la Pulú del organillo había cobrado vida y le había guiñado un ojo con coquetería.

—Unas gotas de agua bendita—pidió Loxandra en voz muy baja y apagada.

Cuando Agathó terminó de preparar el café, Elenkaki quiso saber los detalles.

—¿Pero cómo pudo pasar lo que pasó?

Epaminondas había regresado de Aretsú trayendo consigo envueltos en papel dos filetitos de caballa ahumados y una caballa salada. Pidió una jarrita con rakí. Eufemia se la trajo y cuando vio el pescado se puso a aplaudir y a bailar y a cantar el yarumbi. A Euterpe y a Klío aquello les pareció deleznable y bajaron a la cocina a preparar un pilaf. ¡Y mientras se cocía el arroz, arriba pasó lo que pasó! Cuando las muchachas subieron encontraron la jarrita de rakí rota, todos los vasos hechos añicos y sobre la mesa una carta en la que decían que se amaban y habían decidido fugarse.

Y de los dos filetitos de caballa ahumados y la caballa salada no quedaban más que las raspas.

Después de aquello, Elenkaki se fue a su casa y Loxandra a la suya y las dos cayeron enfermas. Hicieron venir al barbero desde Makrojori para que les pusiera unas sanguijuelas.

Ya repuestas, se reunieron en el comedor de Loxandra a conversar. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! No era sólo la diferencia de edad, era además el parentesco. Epaminondas y Eufemia eran primos hermanos. Hijos de dos hermanos. ¡El padre de Eufemia y Loxandra eran hermanos!

—Pero tú no eres la madre de Epaminondas—le recordó Klío—, eres la madrastra.

—¿Qué acabas de decir? ¿La madrastra? ¡Vete al cuerno! ¿Cómo te atreves a llamarme a mí madrastra?

Tanto Elenkaki como Loxandra pensaban, en ese momento, que lo correcto era maldecirlos, pero dijeron «Bueno, dejémoslo correr», y decidieron que únicamente les cerrarían la puerta de la casa.

Pasaron dos días, pasaron tres, pasó una semana…

—Loxandra, ¿y ahora qué hacemos?

—Yo qué sé, Eleni. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

Cuantos más días pasaban, más se angustiaban.

—Loxandra, me voy a volver loca.

El romance de Rodolfo de Austria y María Vetsera estaba todavía muy reciente. Y luego aquellos otros dos que no habían encontrado nada mejor que hacer que caerse de la Acrópolis, Mimikos y Meri…

—Eleni…, ¿crees que se habrán suicidado?

Las dos ancianas, sentadas una frente a la otra, miraban la calle y lloraban.

Y es que, además, estaba de por medio la boda de Klío. De un momento a otro llegaría el novio. ¿Qué iba a decir cuando se enterara de que en la familia había ocurrido algo tan vergonzoso?

—Pues no se lo digamos.

—No, no se lo digamos. —Klío estuvo de acuerdo.

A los pocos días llegó Yorgakis y fue como si un rayo de sol hubiera entrado en la casa. Loxandra lo vio y se le llenó de alegría el corazón.

—Hijito—corrió la primera, y cayó en sus brazos—. ¿Te has enterado de nuestras novedades? Epaminondas…

Elenkaki le daba codazos, Klío le hacía señas: «Te mataré».

—¿Pero por qué me dais codazos? ¿Por qué me hacéis muecas? Ahora Yorgos es de la familia. Se lo podemos decir.

Loxandra sentía remordimientos cuando se encontraba frente a frente con alguien a quien debía mentir. Lo consideraba una traición.

—Jura que no se lo dirás a nadie, tú ya eres uno de nosotros. Epaminondas raptó a Eufemia y desapareció.

—¿A Mariona?

—¡Mariona! Te estoy diciendo Eufemia, ¿no entiendes?

—Sí, sí, perdón. Quería decir a Eufemia. —Y ja, ja, ja, y ju, ju, ju, aplaudía y se agarraba la barriga, y se sentaba en el suelo y rodaba —. ¡Bravo, Epaminondas!—gritaba. ¡Dios mío, aquello fue tremendo! —Y luego se levantó de un salto y dijo—: Bueno, yo me despido. Voy por ellos, no os preocupéis. —Y ya desde el otro lado de la puerta—: ¡Señor, ten piedad!

La boda se aplazó. Escribieron mentiras. A Alekos le dijeron que la madre del novio había enfermado. A Theódoros le dijeron que había muerto un pariente de Yorgakis. Se soltaron las malas lenguas

y Loxandra, de rodillas frente a la Virgen de Baluklí, hacía promesas. A Klío le dio dolor de ojos de tanto llorar.

Pasaban los días, pasaban las semanas, transcurrió un mes, otro, el tercero. Habían perdido ya toda esperanza.

Y justo cuando nadie los esperaba, llegó un coche que se detuvo frente a la puerta de la casa. Dentro venía Eufemia, muy puesta entre Epaminondas y Yorgakis.

Yorgakis los había encontrado en Kea y los había casado y luego… pues no le había dado el corazón para separarse de su comadre. Y como ya lo habían celebrado y habían roto los vasos que había en Kea y los que no había también, y como se habían quedado sin un céntimo, decidieron volver a Constantinopla, caer a los pies de sus respectivas madres e implorar perdón.

Finalmente pudo celebrarse la boda de Klío, si a eso se le puede llamar boda. Porque empezó mal. Y así, mal, continuó. Y Loxandra maldice Aretsú, maldice sus caballas y sus filetes ahumados y dice:

—En mala hora le permití que se fuera. Debí ponerme firme e impedírselo, porque ya presentía yo que nada bueno nos traería aquel viaje.

Capítulo 8

DE LOS treinta en adelante no es fácil que las personas cambien, y Klío, dicho sea de paso, ya había cumplido los treinta y cinco cuando se casó.

En un principio cultivaba la paciencia porque estaba muy enamorada, pero sólo ella sabía por lo que estaba pasando. La primera semana de la luna de miel transcurrió en un barco de literas muy duras y muy cortas, y techos demasiado bajos. Pusiera donde pusiera los pies, siempre estaban en peligro de romperse. Y durante todo el viaje, hasta que el barco atracó en Marsella, Klío tuvo la impresión de haberse casado con Procrustes.[50] Luego empezó el martirio del ferrocarril hasta que, finalmente, llegaron a París.

Durante años y años Klío había soñado con París. Lo conocía tan bien por los libros que parecía que hubiera nacido allí. Este es el barrio de Saint-Honoré, donde habían vivido Geneviève y tantos héroes maravillosos de la literatura francesa. Allá, a la vuelta de ese bosque, fue donde *apareció el mendigo convenientemente vestido… El reloj de Saint- Sulpice…* Por cierto, ¿dónde está?

—¿Dónde queda Saint-Sulpice, Yorgos querido?

Pero lo que verdaderamente ansiaba conocer era Londres. ¡Ah, Londres! Con su palacio de Buckingham, la torre de Windsor, la reina Victoria y todo el esplendor de la corte… ¿Cómo vivirán los reyes?

¿Cómo quieres que vivan?, como todo el mundo, ¿acaso no son personas ellos también?

Klío cerraba los ojos e intentaba imaginarse a la reina Victoria regañando a su hijo Eduardo. O a las princesas en bigudís.

¿El káiser era nieto de Victoria? Claro, porque una de las hijas de la reina se había casado con el príncipe heredero del trono de Alemania. Y su nieta era la reina de España. ¿La otra no era la que se había casado con el heredero del trono de Noruega? Por supuesto. Fue Maud quien se casó con el heredero del trono de Noruega.

—Yorgos, querido, ¿estabas en Inglaterra cuando se casó Maud?

—¿Eh?

—Ay, ¿pero por qué te asustas? Cuando se casó Maud, ¿estabas en Londres?

—¿Qué Maud?

Yorgakis conocía a una Maud en el East End de Londres, pero…

—Pues Maud, ¿por qué te pones así? ¿Dónde tienes la cabeza? Maud, la nieta de la reina.

—Ah, Maud. Claro, claro, la recuerdo. ¡Tenía gracia esa muchacha!

Y se puso a limpiar su pipa obsesivamente. ¿Qué habrá sido de aquella pobre Maud? Se rascaba la barbilla, miraba el reloj. ¡Maldita sea, el tiempo no pasaba!

—¿Nos vamos alistando?—preguntó.

En dos horas debían salir rumbo a Londres.

A partir del momento en que llegaron a Londres, no paró de llover. La primera noche se quedaron en el hotel de Charing Cross. Y apenas terminaron de cenar, se pelearon. Es decir, comenzaron a pelearse, y no cesaron hasta que muchos años después se separaron.

Ochenta años vivió Klío sobre la faz de la tierra y aun el día en que murió se acordaba de aquel viaje de novios. Lo recordaba y se lo contaba a su hija y a sus nietos. Y cuando lo contaba, lo hacía con buen humor.

—Cuéntame, abuelita, cómo te fue en Londres.

—Ay, no, no me lo recuerdes, ya sabes cuánto me mortifica. Sólo de pensarlo me acongojo. —Pero empezaba—: Fuimos a comer y vi que traían una hermosa fuente con tapadera de plata. Me dije a mí misma: a ver, a ver, ¿qué habrá ahí adentro? Destaparon la fuente, ¿y qué crees que había? ¡Patatas hervidas! «Yorgos, querido», le digo al demonio aquel, «¿estarán de Cuaresma en Inglaterra? ¿No les pides que me traigan un poquito de aceite y vinagre para que pueda mojar el pan?». En mala hora lo dije. ¡Lo que tuve que oír! Me obligó a levantarme de la mesa, me arrastró de regreso hasta el hotel sin haberme dejado probar bocado. Al día siguiente me levanté con dolor de cabeza. Pensé: ¡un café! Querido, ¿no hay café en este lugar? ¿No habrá un cristiano que sepa prepararme un café?

Esas eran las impresiones que Londres había dejado en Klío.

Y volvieron a Constantinopla antes de lo previsto. Y quiso el diablo que, al entrar en la casa, el pie de Yorgakis se enredara en la tela que cubría la escalera, y que bajara los peldaños rodando. Y que en la casa no hubiera nadie más que la sirvienta…

¿Cómo se lo iba a imaginar la pobre Loxandra? En cuanto los recién casados se fueron y la casa quedó limpia, y las sábanas viejas cubrieron las fundas nuevas que estaban cubriendo los terciopelos que a su vez cubrían los divanes, y en cuanto se colocó la tela que debía proteger el camino rojo de la escalera, y en cuanto todo estuvo exactamente como Klío lo había pedido, Loxandra tomó a Euterpe de la mano y con mucho cuidado descendieron la escalera para ir a casa de Elenkaki a tomarse su cafecito de media tarde.

No les había dado tiempo de terminar de bajar todos los peldaños cuando vieron llegar a Elenkaki. Una Elenkaki en pantuflas y bata. Entró completamente desmelenada y gritando:

—¡Auxilio, cristianos, he perdido a mi hijo!

Dios mío, qué pasa:

—Bébekas—dijo—. Bébekas hizo flux y se escapó a Atenas en plena noche, porque lo están persiguiendo, quieren aprehenderlo.

—¡Pero qué estás diciendo!

—Lo que estás oyendo. Que hizo flux. Estamos perdidas, Loxandra, estamos perdidas. Los valores suben y bajan en Londres porque los ingleses están haciendo la guerra en Transvaal y las bolsas están patas arriba. Y todo el mundo hace flux.

—¿Y dónde hizo flux Bébekas?

—En la bolsa. ¿No entiendes lo que te digo?

—¿En Karaköy? Amán, Eleni, estamos perdidas. Ahora es a nosotras a quienes se llevarán presas los gendarmes. —De miedo, a Loxandra se le salían los ojos de las órbitas—. ¿Y dónde están ahora los ingleses? ¿Ya han llegado a Çatalca? Euterpe, rápido. Prepara nuestros talegos, que nos vamos, nos vamos a Tatavla.

Subió, pues, Euterpe a preparar los talegos mientras Elenkaki, echada boca abajo en el diván, lloraba.

—Eleni… Eleni, mírame. Puesto que el niño ya se fue, no llores. ¡Ah!, pobrecito mío, ¿qué fue lo que se le ocurrió hacer? ¿Qué mal demonio lo habrá empujado?

Se golpeaba la rodilla con la mano y se balanceaba adelante y atrás como cuando tenía dolor de muelas. «¡Ay, ay, ay!».

Y al poco rato gritó más fuerte:

—Y si los valores esos no paran de subir y bajar en Londres, ¿no se habrán cansado ya? Y a él, ¿qué le dio por hacer flux aquí? ¿Y de dónde se habrá sacado el tal flux? Eleni, a ti te estoy hablando. ¿Por qué no me contestas? ¿Dónde encontró el flux? Ya lo entiendo, ya lo entiendo, no empieces a decirme otra vez lo mismo y lo mismo y a acongojarme el alma. Ya te he dicho que lo he entendido. No soy tan animal como para no entender. ¿Pero el flux fue aquí, en Karakóy? ¿No le importó arruinar su juventud?

Se fueron a Tatavla, se quedaron allá unos veinte días y luego, de buenas a primeras, a Loxandra le entró prisa por volver. «Vámonos a casa». Ni por las buenas ni por las malas. Nada. Ella en lo suyo. «Vámonos a nuestra casa». Como si tuviera algún presentimiento.

Y en cuanto el coche se adentró en las callecitas de su barrio, todo le quedó claro. Por los morros de los perros supo que algo no andaba bien en su casa.

Se bajó del coche a toda prisa y metió la llave en la cerradura. No le había dado tiempo de abrir cuando oyó un alboroto tremendo adentro. Oyó sillas que caían escaleras abajo. Se quedó muy quieta escuchando. Los recién casados debían estar de vuelta.

—Eleni… Eleni, a ti te estoy hablando…

Elenkaki, un poco más allá, intentaba alejar a un perro que le daba la bienvenida.

—¡Quita, quita, hombre!

El perro se puso a estornudar y aquélla quedó toda salpicada de babas.

—Eleni, ¿me oyes?

Por la ventana del primer piso salió una mano y lanzó a la calle la tela de la escalera hecha una bola.

—¡Caramba!—dijo Loxandra, y se apartó.

Una ventana se abrió en la casa de al lado y volvió a cerrarse a toda velocidad. Los perros se pusieron a ladrar todos al mismo tiempo.

—Eleni, quién sabe qué cosas están pasando ahí dentro.

Eleni estuvo de acuerdo en que dentro estaban pasando cosas.

Loxandra despachó a Euterpe y a Elenkaki, entró en la casa y, caminando sobre las puntas de los pies, se dirigió directamente a la cocina. La sirvienta estaba sentada en un rincón, muerta de miedo.

—Ay, señora…

—¡Tú, shhh! ¡Shhh, he dicho! Nada de esto te concierne. —Se arremangó la manga derecha—: Bájame aquel tarro de allá.

Sacó un poco de berenjenas y zanahorias encurtidas. Luego cortó unas rebanadas de lakerda. Cortó también un poco de avgotárajo.

—Así, muy bien. Tráete también unas aceitunas.

Loxandra monologaba:

—¡Oh, qué bien huele este eneldo!—Y a la sirvienta—: Y ahora llévalo todo a la mesa. Espera, lleva también una jarrita con rakí. ¡Muy bien!

Subió al comedor y puso muy bonita la mesa. Quitó los trapos y las sábanas de encima del diván y se los asentó a la sirvienta en los brazos.

—Esto llévatelo abajo. Y tú vete a la cocina y quédate allí hasta que yo te llame. ¿Está claro?—Y acto seguido se puso a gritar—: ¿Ya estáis de vuelta, mis hijos? ¡Bravo, bravo! ¡Qué maravilla! Bienvenidos seáis una y mil veces. ¡Bajad! ¡Venid!—Golpeaba el barandal de la escalera—: Yorgakis, ven a ver lo que te he traído. Rakí y mezés.

Yorgakis, ni mu. De arriba llegaba el llanto de Klío.

—Ven, te digo. No me obligues a subir.

Yorgakis se asomó desde el segundo rellano.

«Baja, baja», le hacía señas Loxandra.

Yorgakis sonrió y comenzó a bajar los escalones.

—Bienvenido, mi niño, bienvenido, mi pachá…

En cuanto entraron en el comedor, Loxandra llenó dos vasitos con rakí.

—Toma. Choquemos nuestros vasos. ¡Bienvenidos a casa!

Loxandra lo miraba y pensaba: «Los hombres son como niños chiquitos». Se acordó de su abuela, que solía decir:

> El amor pide paciencia
> y también harta prudencia,
> tener un paso ligero
> y maña de maromero.

Luego se acordó de Dimitrós. A veces también él era como un niño chiquito. También él había crecido huérfano.

—¿Cuándo murió tu mamá?

—Yo era muy pequeño.

Loxandra puso en la boca de Yorgakis una oliva.

—A tu salud, madre.

—Dale un vasito a la suegra, que el corazón se le alegra —dijo Loxandra, y soltó una carcajada—. Vas a acabar emborrachándome, muchacho.

Después del segundo vasito Yorgakis comenzó a contarle sus penas. Se le había enredado el pie en la tela de la escalera y por poco se mata y Klío en vez de…

—Ya la conozco, ya sé cómo es. Ahora cállate, no pienses más en eso, no te mortifiques. Está afligida, ¿no te das cuenta? Es nueva en esto de ser ama de casa. —Le echó un grito a la sirvienta—: ¡Tráeme el jamón que está dentro de la fresquera! ¡Y tráeme también el cuchillo de cocina!

Una vez terminado el festín, Loxandra sacó de la quesera un trozo de queso francés y lo envolvió en papel.

—Y ahora quiero pedirte un favor. No me vas a decir que no. —Le dio el queso—. Toma esto y llévaselo a Agathó a Tatavla. Es el favorito de Manoliós. Rápido, llévatelo de aquí que ape-e-e-esta a siete leguas. Dile a Agathó que te dé un pedacito de alekobení[51] y me lo traes.

—¿Un pedacito de qué?

—A-le-ko-be-ní. Escríbelo para que no se te olvide.

—¿Y qué es eso?

—¿Qué te importa, querido, lo que sea? Tú se lo dices así a Agathó y ella seguro que lo entiende.

Lo acompañó hasta la entrada, cerró la puerta, se limpió la frente con la manga de su vestido.

—¡Uf!—exclamó, y se sentó en el primero de los escalones—. ¡Amán!

Y al día siguiente, cuando Yorgakis volvió muy sonriente, sólo ella corrió a abrirle la puerta.

—Toma, esto es para ti—le dijo Yorgakis, y le dio una cajita rectangular pequeña y forrada de terciopelo—. Y Manoliós te da las gracias por el queso.

Yorgakis cogió impulso y comenzó a subir la escalera saltando los peldaños de dos en dos.

—¿Y esto qué es?—farfulló Loxandra intentando abrir la cajita, y de pronto: ¡cómo!, y una vez más: ¡cómo!

Adentro había un anillo de oro con una hermosa amatista.

Y desde el segundo rellano, Yorgakis le soltó:

—Agathó no tenía alekobení, se le había acabado, así que decidí comprártelo yo. ¿Te gusta?

—¡Ah, mal rayo te parta, estás loco de atar!

Con el anillo en el dedo, Loxandra se deleitaba con su mano. Sonreía. Hasta sus orejas sonreían.

La comida del mediodía fue alegre. Klío se sentía más consolada. Yorgakis era todo gentilezas y Loxandra estaba contenta con los regalos que le habían traído del viaje: una pelerina negra, bordada y con lentejuelas negras, una manta escocesa, un chal ligero como una pluma.

—¿Te gustan?—le preguntó Yorgakis.

—Mucho, son muy bonitos.

—¿Ahora sí me vas a dejar que bañe a los perros?

—¿A qué perros?

—A los cachorros de la calle. Tienen garrapatas.

Klío iba a abrir la boca cuando Loxandra le dio un pisotón.

—Báñalos—accedió con voz apagada—. Pero no los metas a todos al mismo tiempo en la casa porque van a acabar con nosotros. —Y añadió—: Son perros callejeros, hijito. —Y un momento después —: ¿No te da miedo que se vayan a resfriar los pobres?

—No. No te preocupes, yo sé lo que hago.

Como un reguero de pólvora se extendió la noticia de que el yerno era un bueno para nada. La familia se puso en pie de guerra. Aspasía, la de Kadikóy, se acordó de la existencia de todos los parientes y comenzó a ir de casa en casa llevando la noticia, como una mosca que lleva encima un microbio. Una cosa decía por aquí, otra por allá…

Yorgakis iba y venía como un león enjaulado. Le pesaban las mantas de la cama, le irritaba el aire que respiraba… ¡uf, qué peste! Todo siempre cerrado. Por las noches daba vueltas sobre los tres colchones: el primero de paja, el segundo de algodón, el tercero (de dos palmos de espesor) de lana, de esa lana de Oriente que es como seda.

Y toda aquella parentela alrededor con bromas que a él le eran desconocidas, y Klío que no lo dejaba embarcarse porque, como estaba encinta, no era momento para mortificarla, no fuera a ser que perdiera el bebé…

Cuando lograba escaparse, Yorgakis iba directamente a Gálata y se paseaba por el puerto. Y de Gálata siempre volvía borracho. ¿Y si se encontraba con Epaminondas? Bueno, entonces ya el desastre era total.

Un día se encontraron en Kelleci Kilici y entraron en un café a tomarse un rakí. Epaminondas se acordó de Madame Marie y decidieron ir a visitarla. No en plan profesional, sino amistoso. Pero cuando llegaron a la casa, vieron la puerta abierta de par en par y una levantina muy engalanada en el zaguán, gritando:

—*Buyurun efendim, buyurun*.[52]

Aquello les pareció muy raro. ¿Que en casa Madame Marie estuvieran levantando clientes? Pero luego se enteraron de que Madame Marie había muerto y ahora la casa era propiedad de otra madame.

Les dolió mucho la defunción de la pobre Madame Marie y entraron en una taberna para beberse un trago a la salud de su alma. Luego echaron a caminar, y como iban conversando no se fijaron por dónde andaban.

¿Cómo demonios fueron a dar en aquellos vericuetos? Entraron en una taberna para preguntar dónde se encontraban. Salieron por la puerta de atrás de la taberna y no habían andado ni un centenar de metros cuando se encontraron, muy abrazados, en pleno corazón de un barrio turco.

—¿Dónde estamos, hermano?—preguntó Yorgakis.

Epaminondas no respondió, pero parecía pensativo y hasta un poco asustado. Se asustó porque se dio cuenta de que habían llegado a la zona prohibida de Tersana, es decir, a la zona prohibida del puerto militar turco.

Y se dio cuenta porque vio que un guardia de mirada feroz y feroz fez color granate sobre la cabeza se les venía encima.

Con el miedo, se les pasó la borrachera. Yorgakis comenzó a desabotonarse la chaqueta para quitársela, como si estuviera en el Hyde Park de Londres preparándose para echar unos pulsos. Pero Epaminondas, que tenía los pies un poco más en la tierra, le hizo una señal para que se quedara atrás. Fue él quien se acercó, se detuvo sonriente frente al guardia y se presentó con una fina reverencia.

—Ananías Perlepepas—dijo.

Hizo una nueva reverencia y puso en el puño del hombre del fez granate una lira de oro. El guardia se puso bizco en cuanto sintió la moneda en su puño.

Nunca supieron cómo salieron de allí ni cómo lograron encontrarse de regreso en Pera. Fue como si les hubieran brotado alas. Y, naturalmente, después de aquello entraron en una taberna para tonificar su moral.

A partir de ese momento sus relojes se detuvieron. Y bajó la alfombra mágica de Aladino para transportarlos por el aire hasta sus respectivas casas.

Al día siguiente, por la mañana, el susodicho Epaminondas se encontraba boca abajo en el patio de su casa y el susodicho Yorgakis, boca arriba en el comedor de la suya. Tenía el pantalón bajado y un montoncito de cebolla machacada sobre el ombligo. Loxandra, con un vaso de jugo de pepino en la mano, estaba de pie

junto a él esperando a que se despertara. Yorgakis volvió a cerrar los ojos y se hizo el muerto.

Fue después de eso cuando el fantasma apareció en la casa.

Una noche se despertó Loxandra con las voces del sereno.

—¡Fuego! Virgen Santa, extiende tu brazo—dijo y se dio la vuelta en la cama para volverse a dormir.

Pero la gata no estaba tranquila. Y grrr y grrr y venga a ir y venir por la habitación, de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta. ¿Qué demonios le pasa? Loxandra abrió la puerta pero la gata no salió. Tensó los bigotes y los movió intentando averiguar qué estaba pasando afuera. De pronto soltó un «pj» y pegó un salto hacia atrás, como pelota. Estaba temblando. Tenía el pelaje erizado.

—¿Qué te pasa? No te habrás tropezado con un duende, ¿verdad?—le preguntó Loxandra, y salió al rellano de la escalera para ver qué ocurría.

No había terminado de decirlo cuando sintió un chiflón que entraba por debajo, como si alguien hubiera abierto la puerta de la entrada. Los perros empezaron a ladrar. Loxandra cerró bruscamente la puerta y corrió a su iconostasio. Se apoderó de la cruz de marfil que Yakumis le había traído en una ocasión de Jerusalén. Con la cruz en la mano, cogió la botella de agua bendita y tres velas usadas que habían quedado de la Resurrección[53] y se puso a dar golpes en la pared para despertar a Euterpe y a la sirvienta.

—¡Despertaos, abajo están pasando cosas! Despertaos, hay que bajar, no le vaya a pasar algo al bebé.

—¿A qué bebé?

—Al bebé, mujer. ¡Despertaos!

Desde que Klío se había quedado preñada, el bebé era una realidad para Loxandra. Y era una niña. La veía sentadita en el vientre de su madre, como en un trono. Con sus bucles pequeñitos, con sus manos chiquititas, esperando el momento de nacer para gritar: «¡Cucú, abuelita!».

Otras veces se la imaginaba en su propio vientre, y entonces sentía náuseas, le daban mareos y tenía antojos.

Aquella noche su angustia era por el bebé. Tal como estaba, en camisón de dormir y enarbolando con ambas manos la cruz, fue la primera en ponerse en camino; la seguía Euterpe, que llevaba encendidas las tres velas de la Resurrección. Detrás de Euterpe venía la sirvienta, que vertía repetidamente agua bendita en la palma de su mano y rociaba la escalera a derecha e izquierda.

No les había dado tiempo de llegar hasta el segundo rellano cuando abajo, en la cocina, estalló una risa humana seguida de unos ladridos, y luego… ¡Amán! ¡Qué fue aquello! ¡Un verdadero pandemónium! Parecía que se hubiera abierto el Hades. Cacerolas y pailas rodaban por el suelo, los platos se estrellaban, las sillas salían volando en todas direcciones. Y todo aquello acompañado de feroces «¡guau-grrrr!».

Salieron huyendo en desbandada y volaron, todas juntas, a zambullirse en la cama de Loxandra. Afortunadamente no tardó mucho tiempo en pasar el vendedor de salep y Dios alumbró un nuevo día.

Por la mañana, cuando Loxandra bajó a la cocina, encontró un panorama desolador. Todo en ruinas. Y detrás de la puerta de la cocina, cacas de perro. ¡El diablo había profanado su cocina!

Cuando entró en el comedor, encontró la pipa de Yorgakis encima de la mesa. Encontró una taza sucia con un poso de té con leche, como lo bebía Yorgakis. Fue eso lo que le metió la pulga en la oreja. Corrió a la ventana y llamó a los perros, y con sólo verles los morros lo entendió todo.

«Hum…—dijo para sí misma—. ¿Así están las cosas?».

Se dio cuenta de que el cuchillo había llegado al hueso y debía tomar cartas en el asunto. Había que encontrar una manera de salvarse o acabarían enloqueciendo todos juntos.

En cuanto apareció Yorgakis, le tiró de la manga y le dijo:

—Ven acá, quiero hablar contigo.

Aquél bajó los ojos.

—Mírame, mírame bien—le ordenó—. ¡A mí quiero que me mires! Es hora de que te embarques. No le hagas caso a esa loca. Yo me encargo de ella.

Cuando Yorgakis volvió de Gálata por la noche, venía de muy buen humor y anunció que se iría al cabo de dos días.

Corría el mes de julio y Klío había entrado en su quinto mes. Era un buen momento para hacer las maletas e irse a Halki,[54] al campo, para que el bebé respirara aire puro.

Capítulo 9

AQUEL verano en Halki todo parecía henchido de vida. Otros veranos Loxandra no había notado nada semejante.

Las granadas maduraban bajo el sol incandescente y colgaban pesadas de las ramas. Se hinchaban los troncos de los pinos y se reventaban y chorreaban una resina muy espesa. La gata, que había tenido gatitos en marzo, estaba esperando una nueva camada. Hasta los peces parecían estar aquel año más llenos de huevecillos y las gallinas ponían con mayor frecuencia.

Klío soñaba despierta, recostada en un sillón en medio del jardín. Loxandra, sentada frente a la cocina, sollamaba codornices.

—¿De cuánto está Klío?

—De siete meses.

—O sea que para finales de noviembre, Dios mediante.

Elenkaki estaba intentando sacarse una espina del dedo.

—¡Ah, por fin!

—Oye, Eleni, para que no me levante, ¿podrías cortar un pedacito de pepino y ponérmelo en la boca?—Loxandra tenía antojo de pepino.

—¿Cuándo te parece que debamos volver a Stavrodromi?

—Yo creo que tú deberías quedarte aquí hasta finales de septiembre. Yo puedo irme antes con Euterpe a preparar la casa. ¿Qué te parece?

—Bueno, avisad a Aspasía.

—¡A-pa-pa-pa-pá! A Aspasía dejadla. Está bordando los pañales y las cobijitas.

Aspasía bordaba los pañales, Euterpe las chambritas, Eufemia el mosquitero, Agathó cosía los colchoncitos.

Cuando llegó Yorgakis y encontró a Klío con un libro en las manos, no dijo nada, pero sonrió y comenzó a silbar una tonada que él había inventado. Y las palabras de la tonada eran:

Mi Gli-gli está esperando una criatura,
preñada está radiante de hermosura.

Desde entonces comenzó a llamar a su mujer «Gli-gli».

A principios de diciembre, la víspera de Santa Bárbara, Klío empezó con los dolores. Era por la tarde y Loxandra había enviado a Tarnanás a la tienda porque tenía antojo de anchoas. Estaba sentada junto a la ventana del comedor esperando a que volviera, cuando de pronto oyó a Yorgakis correr gritando:

—¡Voy por la comadrona!

Loxandra sintió un «crac» por dentro y luego empezó a temblar.

—¿Ha roto aguas?—gritó.

Pero Yorgakis ya se había ido.

Salió presurosa para subir a la habitación de Klío, pero en vez de subir se encontró de pronto en la cocina con el majadero en la mano. Tenía el mortero del ajo vacío y machacaba con todas sus fuerzas, repitiendo en voz baja:

—Haz que no oiga sus gritos, Virgen Santa, por favor, haz que no los oiga.

—Pero, Loxandra, ¿qué estás machacando? ¿Estás loca? —exclamó Elenkaki cuando entró a toda prisa en la cocina—. Pon agua a hervir. ¡Estamos de parto!

Loxandra se sintió avergonzada y fingió que no se había enterado de que habían empezado los dolores.

Pusieron el agua al fuego e hirvió, y volvió a hervir, e hirvió de nuevo, y toda la noche estuvo hirviendo hasta que amaneció, y Klío

seguía sin dar a luz.

Sus gritos se oían en el mismo cielo.

Echada boca abajo frente al iconostasio, Loxandra hacía promesas encerrada en su recámara. Hacía votos a la Virgen de Baluklí, daba cabezadas contra el suelo. Se le había agolpado la sangre en la cabeza. Le palpitaban las sienes, tenía el rostro violeta…

Y de pronto:

—Vamos. —Abrió el iconostasio y sacó a la Virgen de Baluklí—. Vamos.

Cuando Loxandra entró en la habitación con el icono en la mano, Klío tenía los ojos cerrados. Estaba agotada. Los dolores habían cesado.

—Sácalos a todos, échalos fuera—le ordenó Loxandra a la comadrona—, y cierra la puerta. —Colocó el icono encima de la cabeza de la parturienta—: Klío, Klío, la Virgen de Baluklí está encima de tu cabeza. ¿La sientes? Hazle una promesa.

Klío movió los labios y Loxandra entendió que le estaba prometiendo su perla. Entonces Loxandra amarró un par de pañales a los barrotes inferiores de la cama, amarró a las manos de Klío los extremos y le ordenó: «Puja».

—¿Oyes lo que te estoy diciendo? Ahora que vuelvan los dolores, porque van a volver, de otro modo no se puede, tira de los pañales y puja. Es ahora cuando va a venir el dolor más grande. Espéralo, porque sin el dolor grande no te puedes liberar. No lo evites. Ruega por que venga para que puedas liberarte. Y cuando llegue, no grites como una loca, no esparzas el dolor por el aire en el momento más difícil, trágatelo, que te llegue a las entrañas, y expúlsalo por abajo, junto con el bebé. Así, así, muy bien…, otra vez. Bravo. Tira de los pañales. Muge, no grites. Perfecto. Ahora, tranquilízate. —Y empujando a la comadrona con el codo—: Y tú muévete, ponte a los pies de la cama y recibe al bebé, ya viene.

Los gritos de Klío ya no se oían, ahora gritaba Loxandra. —¡Ah! ¡Ah!

Y al poco un gran «¡Ahhh!» que debe haber llegado hasta Galatasaray, y Loxandra fue a dar al suelo.

—¡Es una niña!—dijo la comadrona.

TERCERA PARTE

Capítulo 1

Nuevo el año y nuevo el día,
mi romero espigado es
lucero del año nuevo…[55]

Repican todas las campanas de la Ortodoxia en Constantinopla y el aire huele a grecidad.

—¡Feliz 1901!

Año nuevo y siglo nuevo.

En la calle principal de Stavrodromi las tiendas están, como cada año, cerradas, y los escaparates decorados. Sin embargo, no hay abetos, ni muérdago, ni acebo. Los griegos no quieren saber de esas cosas. Juguetes, flores, frutas, el tradicional pastel de Año Nuevo con mahalebi, espolvoreado con sésamo y semillas de amapola.

La plaza de Karakóy, como cada año, está desierta. También está desierta la Bolsa. Desierto el puerto, porque «el san Basilio griego, querido, llegó de Cesárea».[56]

Ya se habían acostumbrado a ello los turcos y los hebreos y también los europeos, y lo habían aceptado así: era día de fiesta. Lo decían también los niños que cantaban los villancicos y lo anunciaban las campanas.

Cuando a media noche san Basilio llegó a Constantinopla, se tropezó, como cada año, y estuvo a punto de romperse la crisma en las oscuras callejuelas, porque el sereno no había tenido tiempo de encender las farolas de la calle.

El sultán Hamit no quiere oír hablar de electricidad. Tampoco quiere ver coches, ni bicicletas, ni chimeneas. Tiene miedo de la luz, tiene miedo de la velocidad, tiene miedo de las máquinas. Tiembla por su trono, tiembla por su pequeña vida. Apenas sospecha de alguno de sus ministros, lo convoca a su palacio de Yildiz[57] para invitarlo a un café, y aquél se despide de este mundo, redacta su testamento y acude a la cita. El pueblo tiene miedo de pronunciar el nombre del sultán, mal rayo lo parta.

—¡Shhh, cállate! ¿Te has vuelto loca?

Sólo el legendario Nasredin Hodja[58] se atreve a subir al minarete y a gritar a Oriente y a Occidente que él está por encima del sultán. Cuentan que lo aprehendieron y lo llevaron encadenado ante el cadí. Pero Hodja insistió e insistió para que le permitieran demostrarlo. Le preguntó al cadí:

—Dime, por favor, ¿quién está por encima de ti?

—El ministro de Justicia—le respondió el cadí.

—Y por encima del ministro, ¿quién está?

—El gran visir.

—¿Y por encima del gran visir?

—El sultán, que Dios le conceda larga vida.

—¿Y por encima del sultán?

—El Profeta.

—¿Y por encima del Profeta?

—¡Dios!

—¿Y por encima de Dios?

—¿Por encima de Dios? Nada.

—¡Ahí lo tienes, yo soy nada!—dijo Hodja.

Y entre una cosa y la otra, el pueblo cuenta anécdotas y de ese modo saca un poco de su pesar.

Este año san Basilio llegó con nieve y los perros callejeros lo recibieron llenos de alegría, igual que cien años atrás. ¡Que Dios los libre de cualquier mal! Duermen de diez en diez sobre la acera y hay que saltar por encima de ellos para poder circular, y si alguien llega a pisarlos, dejan escapar un falso «grrr» pero no muerden a nadie. Sólo entorpecen la circulación.

Este año san Basilio encontró en Constantinopla a un Theódoros todavía más boyante. La guerra de los Boer le había favorecido y había abierto una nueva oficina. La abrió en Batumi, porque ahora Batumi es de los rusos. Alekakis la dirige y se ha hecho socio de su hermano mayor, porque es una persona capaz. Y en esta época sólo las personas capaces prosperan.

Inglaterra, que de todas las potencias es la más capaz, ahora posee Egipto, India, Australia, Canadá… ¡Ni ella misma sabe ya todo lo que tiene! Acaba de poner un pie en África del sur. Dichosa la reina Victoria. Una mujer de esa edad y qué bien se conserva, incluso gobierna.

Las otras seis potencias observan eso y se mueren de envidia. También ellas quieren tener colonias. Unas miran con ojos de enamorado a Persia, otras a Constantinopla, otras a Extremo Oriente, porque saben que quien no come fieras nunca llega a feroz.

Francia extiende su brazo hacia Marruecos. El káiser pone la mano en Kiaochow, en China. Entonces Inglaterra se apodera de Weihaiwei, y los rusos se adueñan de Port Arthur con un «Porque así me da la gana».

Se multiplican los armamentos. Los franceses fabrican submarinos, el káiser acorazados, y los ingleses declaran que por cada barco que el káiser fabrique, ellos producirán dos.

El káiser se aceita el bigote y lo deja con las puntas hacia arriba, como una bayoneta.

—*Deutschland über alies*—declara con una voz estentórea como la de Zeus.

—*God save the Queen*!—ruegan los ingleses.

—*Oğlan, aferim*[59]—dice el sultán Hamit, lleno de admiración por la gallardía del káiser.

Pero Hamit está inconsolable porque ha empezado a envejecer, y se desquita con sus hanum, todas muy bonitas pero muy haraganas. En vano las mantiene. Un buen día cogió a un montón de hanum (unos dicen que fueron cien, otros que trescientas) y las lanzó desde la punta de Sarayburnu, allí donde está el remolino.

Loxandra se afligió mucho cuando se enteró de aquello, pero después pensó: «¡¿Yo qué tengo que ver?!». ¿En qué podía afectarla? Ella tenía su rincón en la casa, su tumba, su mortaja, todo estaba listo. Ahora tenía además a su nietecita. Mírala, mírala… «¡Tajtiri, tajtiri, tajtiririrí!».

A Loxandra no le inquietaban todos los ires y venires del káiser. Pero cuando Hamit hizo iluminar el Bósforo en su honor, Loxandra fue a dar un paseo y a disfrutar de la iluminación en el jardín de Taksim.

Si Loxandra hubiera visto el *Graf Zeppelin* se habría puesto muy contenta porque le habría recordado una salchicha. Pero no estaba listo todavía.

De la Grosse Bertha de 420 milímetros que Krupp comenzaba a empollar, Loxandra, por supuesto, no podía tener ni idea, porque nadie sabía nada todavía. Ni se interesaba por saber. Porque en aquellos «buenos viejos tiempos» en los que ataban a los perros con longanizas, las personas velaban por su casita y por su propio bienestar y creían que el mundo siempre sería tal como era entonces. Que el káiser siempre gobernaría, que el zar siempre reinaría y que san Basilio siempre llegaría de Cesárea y entraría en Constantinopla como en su casa y los turcos le harían reverencias.

También creían que Constantinopla siempre conservaría su olor a grecidad.

Capítulo 2

AQUEL año hubo abundancia de bonito en Constantinopla. Es bueno el bonito de primavera, da de comer a los pobres, pero arrasa con la caballa, el condenado. Y sin caballa, no hay filetes ahumados. Los habitantes de Aretsú se visten de luto cuando en Constantinopla, en primavera, hay abundancia de bonito.

Año fatídico, pensaba Klío. En vísperas de Año Nuevo los anarquistas habían estado a punto de matar al príncipe heredero de Inglaterra, que iba a Petersburgo a visitar a su cuñado el zar. Klío se afligió mucho cuando leyó la noticia en el periódico. ¡Mal rayo parta a esos anarquistas que no saben estarse quietos! ¿Qué culpa tenía Eduardo, un hombre de tan buen corazón? Eduardo, digo. ¿No conocéis a Eduardo, el que se casó con Alejandra, la hermana de nuestro Jorge? ¡Por supue-e-e-esto! Con la otra hermana de Jorge se casó Alejandro de Rusia. ¡Sí, justo lo que os estoy diciendo! Por lo tanto, Nicolás de Rusia, que es hijo suyo, viene a ser primo hermano de Jorge de Inglaterra y de nuestro Constantino.

—¡Uf!—dijo aburrida Euterpe.

Se levantó, se puso su pelerina y se dispuso a salir.

—Espera, ¿adónde vas?

Dijo que estaba muy aburrida y que iba a dar una vuelta por la casa de enfrente, a ver si sembraba cizaña y hacía que la señora

Nikolaídu regañara a su nuera, que se dieran un buen agarrón, y así ella y Klío se podrían sentar a ver el pleito desde su ventana.

¡Tiene gracia esta Euterpe! Lástima que Klío ya no la vaya a ver. ¡Qué año tan terrible aquél! Además de todo lo demás, perderán a Elenkaki. ¿Cómo van a vivir sin Elenkaki y sin Euterpe en aquel desierto que es Makrojori? Elenkaki se va. Se va con Euterpe a instalarse en Atenas, al lado de su hijo Bébekas, a quien le ha ido espléndidamente y ha abierto un banco en la calle Pesmazoglu. Hasta novio hay para Euterpe. Los documentos ya están listos y a finales de semana se irán para siempre. Klío se volverá loca. Así lo anunció. Les dijo: me voy a volver loca. Se casó y no tiene marido, se lo llevó el mar. Dio a luz una niña y no tiene hija, se la quedó Loxandra. ¿Pero acaso ella está en condiciones de educar a una criatura en el estado lamentable en el que se encuentra? Tiene los nervios hechos trizas. Qué bien le sentaría un viaje a Atenas. Dicen que es un paraíso.

Eufemia no lamenta en absoluto la partida de su madre, porque desde que se casó con Epaminondas vive en el séptimo cielo. Es reina absoluta de su casa. Tiene su libertad y no tiene que rendirle cuentas a nadie. De cuando en cuando llega Epaminondas del extranjero trayéndole néctar y ambrosía. ¡Oh, bendito sea Dios!

«Bendito sea Dios», repite también Agathó día y noche. Sus hijos ya son hombres y ayudan a Manoliós.

«¡Bendito sea Dios!», dice el tío Kotsos, que se ha hecho viejo al lado de su Kleoniki y vive en su casita de Therapia del alquiler que le da la otra casa que posee. Ya está viejo el tío Kotsos, no viene nunca a verlas. Pero, a ver, ¿cuántos años tendrá? Quién sabe. En cualquier caso es menor que Loxandra, pero Loxandra todavía se mantiene en forma. ¿Cuántos años tendrá?

—¡Sa-a-a-abe Dios!

¿Acaso a Loxandra le importa el número de años que ha vivido? Con los dedos de la mano lleva la cuenta de los meses que va cumpliendo la niña y cada mes prepara halvás para celebrarlo.

—Mírala, mírala.

Y «Tajtiri, tajtiri, tajtiririrí, los dientitos de mi niña son de un blanco de alhelí». Y cuando cumplió los ocho meses comenzó el «A galope vengo, a galope voy», y luego vino «Andar, andar, patitas de muladar», y más tarde «Este dedito se compró un huevito, éste lo coció»… Mírala, mírala, ya está gateando. Y luego vinieron sus primeros pasos y sus primeras palabras. La niña ya quiere hablar, su lengua, sus labios pequeñitos tiemblan de impaciencia.

La bautizaron con el nombre de Roxani y su papá quiere que la llamen Loxandra, pero Klío insiste en que sea Roxani. Loxandra la llama «Pajarito mío», y Sultana le dice Roxani. Un día la bebé, con un gran esfuerzo, se golpeó el pechito y gritó con alegría: «¡Ana! ¡Ana!».

Pues ya que así lo quería la niña, decidieron llamarla Ana.

Y después de eso, otro día dijo algo que sonaba como «Abue».

Loxandra corrió a la cocina y preparó unas empanadas de requesón.

Klío se sintió inspirada y en ese momento se puso a escribirle una carta a Yorgakis.

Klío escribía cartas muy hermosas. Yorgakis era feliz cuando las recibía y volvía a perder la cabeza por ella. Y cuanto más lejos de Constantinopla se encontrara el barco en el que estaba trabajando, más ardiente era el amor. La carta más tierna que recibió Klío de su marido le llegó de América del Sur. Y si Yorgakis se hubiera quedado para siempre en el hemisferio sur, jamás se habrían divorciado.

¡Y que aquella tonta no fuera capaz de entender una cosa tan sencilla! ¡Y que se pasara los días y las noches refunfuñando!

Que se ensañara con las compañías marítimas porque no todos sus barcos pasaban por Constantinopla. Que se ensañara con Constantinopla y sus estrechas callejuelas, sus lluvias constantes, sus perros y sus estibadores. ¡Vaya lugar! ¿Qué placer habrán encontrado los bizantinos construyendo justamente allí su capital? ¡Uf! Nada que valga la pena se puede encontrar en Constantinopla. ¡Atenas y sólo Atenas! Cuánta razón tuvo la tía Eleni cuando decidió ir a establecerse allá. ¿No ves lo que escribe Bébekas? No ven lluvia

jamás. Sol y diversión continua. Elecciones todo el tiempo y procesiones y manifestaciones con antorchas.

—¡Tiquiti-tiquiti-tiquiti, Agathó, tiquiti-tiquiti-tiquiti! ¡No para! ¡No la soporto más!

Con frecuencia Loxandra cogía a la niña y se iba con ella a Tatavla.

—Klío está insoportable. ¡Qué cosa! ¿Qué calamidad es ésta? ¿Por qué tenía que haber salido así esta niña? ¿A quién se parecerá?

Loxandra veía con horror acercarse el momento en que tendría que despedirse de su cuñada. Un buen día Elenkaki dijo:

—¿Por qué no os animáis vosotras también y venís con nosotras a instalaros en Atenas? De todas formas Yorgakis nunca pasa por Constantinopla.

Klío pegó un salto y le dio un beso en la boca a su tía.

—¡Díselo, tía Eleni, díselo!—Y golpeando la mesa con la mano, se puso a gritar—: Yo cojo a mi hija y me voy, no me quedo más tiempo en Turquía, donde cualquier día de estos se alborotan, como entonces con los armenios, y degüellan a la niña ante nuestros propios ojos.

No hizo falta más. No hubo necesidad de que Klío lo repitiera una segunda vez. A Loxandra le entraron las prisas.

—Apresúrate, ¿qué esperas? Escríbele a Alekos. ¿No le has escrito todavía?

En esta ocasión, a Loxandra no le preocupaba su menaje. ¿Qué se le podría perder? ¿Sus arcones o los talegos con retales? Aquello se había perdido al perderse Makrojori. Tampoco existía ya la alcoba baja, ni el plátano. Pero la Virgen, llena de gracia, no la había abandonado, le había concedido a la niña y dondequiera que estuviera la niña estaba el paraíso de Loxandra. Del aroma de la criatura vive y con su luz ve. Porque una es La Niña (con L y N mayúsculas), y Loxandra es la abuela de la niña.

Y así fue como tomaron la decisión de ir a establecerse en el Pireo.

Capítulo 3

AL FINAL del verano, cuando llegó el momento de dejar Constantinopla, Loxandra preparó kólyba y fue a Baluklí. Fue a despedirse de sus lugares y a suplicarle a la Virgen, llena de gracia, que algún día la trajera de regreso. Era imposible que la Virgen no escuchara su plegaria porque ¿dónde se ha oído que te entierren lejos del lugar al que perteneces? La Virgen sabía lo que hacía.

De vuelta, revitalizada y llevando el medio galón de agua bendita en una mano, fue directamente a la oficina de Theódoros. Todavía tenía una obligación que cumplir.

Hacía años que no había visto a Theódoros y poco faltó para que no lo reconociera. ¡Ay, ay, ay! ¡Cómo había envejecido! ¡Tenía el pelo totalmente cano! Cuando la vio frente a él, se levantó de su silla y la abrazó. Se le humedecieron los ojos.

—¡Tata!

—¡Mi niño!

¡Cómo habían pasado los años! ¿Dónde había quedado aquel joven gallardo que quería conquistar el mundo, ser inmensamente rico y, por qué no, hasta gobernar el universo? ¿Y qué consiguió con eso? Estaba cubierto de arrugas, su piel tenía un color cenizo y sus labios un deje de amargura. Sus ojos estaban sin vida.

—¡Mi hijito!—dijo de nuevo Loxandra, y le acarició la cabeza. Habría querido rociarlo con agua bendita para revivirlo; no sabía qué

hacer. No encontraba las palabras—. Tarnanás…—dijo, y se cortó.

—¿Qué quieres, tata?, dímelo. Haré lo que tú quieras.

—A Tarnanás y a Sultana habrá que darles un dinero mensual—dijo Loxandra, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Eso quiero de ti. Dios es testigo de lo que te pido.

Se le quitó un peso enorme de encima. Se sintió aliviada. Pero todavía tenía una cuestión pendiente: pasar por Tatavla para ver si Manoliós había terminado ya el cajón que le habían encargado para la gata. Si lo había hecho espacioso y con suficientes agujeros como para que el animal no se asfixiara dentro.

En Tatavla le ofrecieron el oro y el moro para que se quedara a dormir. Imposible. ¡La niña! Llegó de noche a casa y se la encontró dormida.

—Pajarito mío, ángel mío.

A la mañana siguiente se despertó con la voz del vendedor de salep y lo primero que dijo fue:

—¡Ah! ¡Qué felicidad! ¡Ya ha amanecido!

La bebé ya estaba despierta y le hizo «¡Cucú!» desde detrás de la almohada. Sus ojos resplandecieron de felicidad.

Eso era lo curioso en Loxandra. Con los años había ganado peso, se le había caído la papada, había perdido varios dientes, pero su optimismo y su espontaneidad no habían disminuido ni un ápice.

Klío, que tenía miedo de esa espontaneidad, intentó moderarla un poco antes de partir de Constantinopla. Le dijo que en Atenas las personas no decían «Mal rayo te parta». Que no comían con las manos. Que no manifestaban constantemente su alegría, y le pintó el desembarco en el puerto del Pireo como el recibimiento que el sultán Hamit tenía reservado para el káiser.

—Ten cuidado de no hacer el ridículo, porque irán los parientes de Yorgakis a recibirnos y sus parientes son ministros y almirantes y usan sombrero de tres picos y sable. ¿Está claro?

—¿Y por qué tendrían que ir a recibirnos con los sables?

—Porque sí, porque los usan siempre.

«Amán», pensó Loxandra.

Y así, una soleada mañana de otoño, una calurosa mañana del veranillo de San Demetrio, pasó el barco frente al Pireo y una multitud de lanchas salieron a su encuentro para escoltarlo festivamente hasta el puerto. Desde la capitanía zarpó una lancha de motor. En el muelle de la aduana hubo un poco de movimiento. Bajó el barco la pasarela para que subiera el revisor, y los pasajeros que ya estaban listos acudieron al salón. Alrededor del barco se amontonaban las lanchas y los lancheros gritaban. Detrás de la ventanilla de su camarote Loxandra acechaba en espera de oír las fanfarrias y los tambores del recibimiento. Estaba esperando ver a los ministros y a los almirantes con sus sombreros de tres picos y sus sables. ¿Dónde estarían? Loxandra no veía ni sables ni ministros en el muelle.

Capítulo 4

¡OH, Atenas la bella, Atenas de antaño!

Paseos matutinos por los jardines del Zappion[60] y leche fresca, recién ordeñada de las vacas del Zappion. Caminatas a lo largo de la alameda.

En el Zappion la descubrí
y luego en la plaza la vi,
y en la alameda por fin me atreví
a decirle «¡Ay, cómo muero por ti!».
No te olvides nunca
de este gra-a-a-an amor
que en mi corazón…

Todos los organillos tocan la «Pupula».

Ah, por fin, un banco cerca de las columnas de Zeus del Olimpo.

—¿De quién?

—De Zeus del Olimpo, Loxandra.

—Ah, ya lo he entendido… Y aquel *taşkişla*[61] que está allá arriba, ¿qué es?

—La Acrópolis. ¿Quieres que vayamos?

Cuando Loxandra oyó «Acrópolis» se acordó del café de Tatavla y dejó escapar un hondo suspiro.

—¿Adonde?—le preguntó distraída a Elenkaki—, ¿allá arriba?

—Sí.

—¿Tú ya has ido?

—No estoy loca.

—Ahí que se quede.

Compraron semillas de girasol y rosquitas saladas.

—¿Qué roscas son éstas?

Se les agrió la expresión.

—Ah, nada que ver con las que se hacen en Constantinopla para el Ramadán. ¡Ni con aquéllas tan mantecositas de Karakóy! Ah, Constantinopla y sólo Constantinopla.

Al cabo de un momento, Loxandra preguntó si había algún expendio de mahalebi por allí.

—Aquí mejor no busques esas cosas, olvídalas. Vamos a la pastelería de Zajaratos, te convido a un Copenhague.[62]

Se pusieron en camino rumbo a la pastelería de Zajaratos, pero antes de llegar a Loxandra se le demudó el semblante.

Una multitud de limpiabotas venía corriendo desde la plaza de la Constitución al grito de:

—¡Edición especial! ¡Lo último sobre el asesinato de Pavlos Melas! ¡El indulto de Stais![63]

Loxandra se asustó mucho y, como el ratón en su agujero, se refugió en el hotel Gran Bretaña. Una vez a salvo se puso a gritar:

—¡Una matanza! ¡Una matanza!

Cuando ya estaban llegando a la pastelería, oyeron de otra edición especial que irrumpía desde la calle del Estadio.

—¡El memorándum del príncipe Jorge a las grandes potencias!

—Eleni… Eleni, te hablo… Eleni, a ti te estoy hablando…

Ahí que se quede el pastel, *eksik olsun*.[64] Salir de allí, irse a su casa es lo que quieren. ¿No habrá un coche cerca? Ah, ahí viene uno. Llámalo, llámalo, te digo.

—*Arabadzís! Arabadzís*![65] ¡Aquí, ven! ¿Estará sordo que no hace caso?

Y mientras tanto pasa junto a ellas un hombre muy sonriente, de edad mediana, muy atildado con un traje gris y un bastón en la mano. Las saluda.

—¡Salúdalo, Loxandra! Ah… ¿Por qué no lo has saludado? Era el rey.

—¿El qué?

—El rey Jorge, te digo. ¿Estás sorda?

En el centro de la plaza está la Filarmónica tocando una música muy bonita. Tres o cuatro beldades de la época conversan de pie en la acera de enfrente. Cintura de avispa, mangas abombadas, sombreros como bandejas con hortalizas. Una nodriza engalanada con un delantal blanco muy almidonado, lazos de cinta escocesa en el pelo, y entre los brazos un bebé envuelto en su portabebés, se pasea por la acera de enfrente con gran parsimonia. De pronto aparece un coche frente a las caballerizas de los reyes.

—Ahí está, llámalo. *Arabadzís! Arabadzís*!

La casa de Elenkaki está en la calle de Eolo, a la que han puesto luz eléctrica hace muy poco, y también a la calle del Estadio y a la de Hermes. ¡Qué bonita calle la de Eolo! La casa queda cerca del mercado. ¡Qué cómodo resulta!

Sólo que en este mercado no encuentra uno nada. ¿Qué malhadado lugar es éste? Buscas pez espada y no hay. Buscas mejillones grandes, tampoco. Les dices que quieres hojas de borraja para los dolmás y se ríen. De las asma-kabagi no han oído hablar. Ni siquiera conocen el pasturmá, ni la lakerda, ni nada, nada, nada. ¡Te digo que no conocen nada, querida! De la nada, nada.

Y encima son gruñones. No paran de quejarse. La pobreza, dicen, y el encarecimiento. ¿Dónde ven el encarecimiento? Con ochenta dracmas al mes se puede tener una hermosa casa en el Pireo. ¡Loxandra sólo cambió media lira y para cuántas cosas le ha alcanzado! ¡Qué franelas compró en la tienda de Mantzunis y qué sedas con Karastamatis! ¡Qué espléndida excursión hicieron en coche hasta Ambelokipi, Alysida y el parque zoológico del Viejo Fáliro! Por la noche fueron a cenar al Nuevo Fáliro. ¡Qué lugar tan hermoso! Desde el hotel se ve el malecón y se oye la música y a

veces incluso se puede ver a la familia real cuando va a visitar las flotas extranjeras.

¿Ya os habéis enterado? Dicen que la flota rusa está estos días en Fáliro. Imaginaos…

—¡El *Romios de Suris!*[66]—gritan los pequeños limpiabotas corriendo en todas direcciones.

—¡Amán! Ahí vienen otra vez… ¡Escondeos! ¡La niña!

Capítulo 5

¡Salve, salve, oh, libertad![67]

¡Qué griego de Turquía no ha derramado lágrimas al llegar a Grecia y oír la música del himno nacional interpretado libremente! ¿Quién no se ha sentido conmovido al poder leer con toda libertad los periódicos de Atenas?

En una ocasión, en la aduana de Turquía arrestaron a un griego porque en su maleta llevaba los zapatos envueltos en hojas del *Romios de Surís*. Theódoros y otros ricos como él tuvieron que repartir más de quinientas liras en propinas para conseguir liberarlo de las manos de los turcos. ¡No había quien se atreviera a tocar un periódico de la Grecia libre!

Con lágrimas en los ojos, Klío leía día tras día en el *Acrópolis* una serie de artículos reveladores sobre las atrocidades del sultán Hamit. Sobre los crímenes y las arbitrariedades que en aquel entonces se llevaban a cabo en Yildiz.

—¿Te das cuenta? ¡Virgen Santa! ¡Cristo misericordioso! ¡En buena hora nos fuimos!

—En buena hora nos fuimos, hijita—dice también Loxandra, respirando con toda libertad el aire puro de Kastela.[68]

La casa que habían alquilado estaba en Kastela y desde la ventana, todas las mañanas, Loxandra aspiraba voluptuosamente la

brisa del golfo de Egina. ¡Qué paraíso! Como en Makrojori. ¡Bendito sea Dios!

Loxandra revivió, sólo que de vez en cuando echaba de menos al pobre del sereno. Extrañaba aquellas mañanas en que se preparaba su café y se sentaba en el zaguán de la cocina a conversar con el sereno. También echaba de menos a su marchante de huevos y a Ibrahim, el aguador. Aquí los hombres no tienen temor de Dios. Insultan la Cruz, y del agua bendita de la Virgen de Baluklí ni siquiera han oído hablar. Y…, dicho sea entre nosotros, siempre están de malas pulgas. Quiso hacer amistad con el aguador, un chico de Menidi,[69] y éste la miró con desconfianza. Loxandra sintió miedo. Con el vendedor de periódicos, lo mismo. Golfo, la sirvienta que contrataron, resultó ser una deslenguada. La lavandera, igual. Aquí la gente no conoce el respeto, son como fieras. ¡Imposible indicarle al carnicero la carne que quieres! Es capaz de tirártela a la cabeza. Un día mandó al diablo al verdulero porque le coló un montón de albaricoques podridos, y cuando ella le dijo que iría a buscar el hacha de destazar y ya vería lo que le haría, el verdulero corrió a traer un guardia. Y, bueno, desde entonces Loxandra tuvo que hacerse a la idea de que en aquel lugar había que tener cuidado con lo que uno decía. Pero lo peor fue cuando Yorgakis trajo a la casa a Kondylo, una de sus parientes pobres, para que se encargara de la niña. ¡Aquello fue una pesadilla!

Kondylo ayunaba durante toda la Cuaresma. ¡Loxandra no podía probar la sazón de sus guisos con aquella mujer enfrente! Es más, no se atrevía ni siquiera a cocinar.

—Si tú quieres ayunar, mujer, ayuna. ¿Acaso te lo impido? ¿Entonces por qué te metes en lo que yo hago?

Hasta a la niña quería poner a ayunar. ¡Un bashi-bozuk en persona! No hacía Loxandra más que arropar a Ana en su camita cuando Kondylo llegaba para quitarle las mantas de encima, y no contenta con eso, abría de par en par las ventanas. Llevaba a la niña a darse un baño a Freatyda y la soltaba en el agua para que aprendiera a nadar. ¡Va a matar a la criatura! Loxandra estaba al borde del soponcio. Qué podía hacer para salvarse de Kondylo, cómo

podía despedirla si le tenía miedo. Yorgakis les había echado encima el peso de Kondylo y otra vez había desaparecido. ¿Dónde estaría?

La verdad es que para el tamaño de sorpresa que Klío le dio al desembarcar en el Pireo, Yorgakis no había reaccionado mal; se rio, no dijo ni media palabra. El primer año las cosas fueron bien. El segundo año, sin embargo, su barco cambió de ruta, y desde entonces había transcurrido ya todo un año y no lo habían vuelto a ver. Últimamente incluso le habían perdido el rastro. Pero, para ser justos, hay que decir que Theódoros y Alekakis jamás dejaron que se angustiaran. No les faltó nunca nada. Y si no hubiera sido por la desgracia esa de Kondylo, Loxandra habría sido muy feliz. Y la niña no se habría echado a perder, porque cuando Ana se dio cuenta de que Loxandra y Kondylo discutían por su preciosa personita descubrió que de esa rivalidad podría sacar gran provecho. Entonces la vida dentro de la casa se hizo insoportable, hasta que un día Klío decidió intervenir y corregir el carácter de la criatura. Comenzó a llevarla regularmente de paseo, ella sola. Comenzó a llevarla a Atenas.

—¿Ves eso, pajarito? Es el Lycabeto. Y aquello de allá es la academia. Y ése es el palacio…

Llevaba a Ana a los desfiles. En una ocasión la llevó a una ceremonia para que viera al rey y a la reina. La modista de Klío vivía justo enfrente de la catedral. A pesar de que el balcón de la modista estaba lleno de gente, Klío y Ana lograron abrirse paso para poder ver bien.

—¿Ves bien, pajarito? Mira, ahora va a aparecer el rey con Olga.

Ana no veía más que la bolsa de la señora gorda que tenía delante. Y no podía mover la cabeza porque llevaba puesto un sombrero que su madre le había comprado y que estaba lleno de lazos y de plumas rosadas. Ana se rebelaba cada vez que querían ponerle aquel sombrero. A ella le gustaba su sombrerito de paja azul con la cinta negra en la que estaba escrito *Sfaktiría*[70] con letras doradas.

—¿Ves bien, pajarito?—le preguntó de nuevo Klío cuando desde la plaza llegaron los primeros compases de la música y los «¡Viva!».

—*Mut plo!*[71]—respondió Ana.

—¡No vuelvas a decir eso porque te doy una cachetada!—la riñó Klío.

—*Mut plo! Mut plo! Mut plo*!—repitió Ana, y Klío le dio la cachetada.

Ana se puso a gritar. Las señoras de alrededor comenzaron a impacientarse.

La gente que estaba abajo, en la plaza, no se daba cuenta del alboroto que había en el balcón porque la música sonaba muy alto. Muchos, no obstante, se fijaron en que de aquel balcón salían volando unas plumitas color rosa. Las plumitas flotaban en el aire, planeaban por encima de las gorras de los cadetes de la escuela militar que estaban abajo, y de pronto el viento las levantó y se las llevó muy lejos. La multitud pensó que aquello formaba parte del programa de la ceremonia. «¡Viva!».

Ese día Ana volvió a su casa sin sombrero y con la carita hinchada de tanto llorar. Klío volvió con una mejilla arañada y un dedo mordido.

—¡No vuelvo a salir!—gritaba Ana cada vez que su madre le pedía que fuera con ella de paseo.

Y si Klío insistía, Ana se echaba al suelo pataleando. Mordía, le daba manotazos a su madre. Alguna vez le dio incluso una patada.

—¡Habéis echado a perder a la niña!—gritaba Loxandra—. La albanesa[72] tiene que irse de casa.

Y comenzó a pensar de qué manera podría conseguir que Klío echara a Kondylo. De todas formas, Yorgakis ya no venía. Y sus parientes jamás ponían un pie en la casa. ¿Qué razón había para que Kondylo siguiera viviendo con ellas? Se acercaba el fin de año y Loxandra no quería que el año encontrara a la nefasta Kondylo en su casa. Sin embargo, hacia finales de diciembre sucedieron cosas tan terribles que hicieron que Loxandra se olvidara de sus preocupaciones domésticas. ¡Cosas terribles, te digo!

A finales de diciembre se disolvió el Parlamento y comenzó la campaña electoral.

El cordón, el cordón
al olivo da un tirón… ¡Hurra![73]

Cada vez que Loxandra oía ese «¡Hurra!» se sentía desfallecer.

—¡Amán! Cerrad las ventanas. ¡Una matanza!

Todas las fachadas de las casas se llenaron de carteles y de fotografías de bigotones. Se llenaron, además, de manchas y de lodo y de toda clase de porquerías que lanzaban contra esos bigotones sus enemigos.

—¡Amán! ¡Van a rompernos las ventanas esos palurdos!

¡Cerrad los postigos! ¡Cerradlos!

—¡El cordón en una caja y el olivo en la mortaja! ¿Tú con quién estás, abuela?—le preguntó un día a Loxandra el pequeño limpiabotas que le ayudaba a llevar a casa la compra del mercado.

—¡Uf! *Utanmaz çapkin*[74] —le contestó Loxandra.

Pero el pequeño limpiabotas le respondió con una trompetilla y luego le preguntó:

—¿A ti dónde te pica?…

Loxandra se asustó mucho y se encerró en la cocina. ¡El Terror!

Se acordó de Sultana y de Tarnanás, que la respetaban, se acordó de la dignidad y de los buenos modales que ambos tenían. Y se sintió melancólica. Tímidamente sacó su silla al balcón para ver la puesta de sol y distraerse un poco.

Hacía tiempo que no recibía carta de sus hijos. Y Epaminondas, ¿qué habría pasado con él? ¿Y Yorgakis? Desaparecido. Peor que al principio. En vano se habían desarraigado de su lugar para ir a ese sitio tan inhóspito. «¡Ah!». Qué nostalgia de su alcoba baja. A esa hora, en Makrojori, pasaba el vendedor de helva: «*Ne güzel, ne qiqek, ne çiçek, keten helva*!». ¡Qué ganas de comerse un pedacito de keten helva! Le dieron ganas de ver a Jurpanís y al Karagiozis constantinopolitano. Sintió nostalgia de los perros. ¡Qué ganas de ver a los perros! ¿Es que no había perros en este país?

Se inclinó, miró la calle… Ni un alma. «¡Ah-h-h!—bostezó—. Malhadado lugar. Se pelean entre ellos como perros. ¿Por qué se pelean así, señores? ¿Por qué? Dentro de nada estarán tres metros bajo tierra…».

—¡Amán! ¡Ahí están otra vez!

Cogió su silla y se apresuró a entrar.

Se oyeron voces del lado de Pasalimani.

—¡Vardúlaros!

—¡El pan del pueblo! ¡El pan de pueblo!

—¡Hurra!

Se asomó a la ventana ¡y qué vio! En una estaca estaba clavada una hogaza de pan de munición y detrás corría una treintena de gamberros gritando. De pronto, los manifestantes levantaron en hombros una poltrona. En esa poltrona iba un hombre que llevaba en la mano un sombrero de copa y saludaba a diestra y siniestra.

El rostro de Loxandra se iluminó. ¡Bendito sea Dios! ¡Karagiozis! ¡Cómo es posible! ¡Qué alegría!

—¡Golfo! ¡Es Karagiozis! ¡Corre, ven a verlo!

Salió de nuevo al balcón mientras se rebuscaba en los bolsillos a ver si tenía por ahí alguna moneda. Llegó Golfo secándose las manos en el delantal.

—¡Vardúlaros!—gritaban los manifestantes debajo del balcón de Loxandra.

—¡Por fin!—exclamó Golfo repentinamente, y se puso a dar voces. Se inclinó por encima de la barandilla del balcón agitando los brazos y gritando—: ¡Mi dinero! ¡Siete años me dejé las uñas restregando su casa para que al final robara mi dinero!

Había reconocido a su antiguo patrón.

La manifestación se suspendió, los gamberros adquirieron una expresión feroz.

—¡Atrapadlo!—gritaba Golfo señalando con el dedo al candidato que iba sentado en la poltrona.

—¡Calla esa boca! ¡Shhh, nos perderás! ¡Silencio!

Loxandra agarró a Golfo del vestido y estaba intentando meterla cuando una piedra le dio en la cabeza. Entraron a toda prisa en la casa y cerraron las ventanas.

—¡La lamparilla! Amán, Virgen Santa, ¿dónde estará la niña? Klío también andaba en la calle. Amán, Virgen Santísima de Baluklí, extiende tu brazo y protégenos.

El Año Nuevo lo celebraron en Atenas con Elenkaki y Bébekas.

Todo bien. Pero son días que uno quisiera pasar con los suyos y seguir las tradiciones del lugar al que pertenece.

Para Carnaval, Elenkaki fue al Pireo y se quedó con ellas una semana.

Después de las elecciones, cuando Diliyannis se hizo cargo del gobierno y los triunfadores salieron a las calles del Pireo para ridiculizar a los derrotados, y los de Creta se agarraron de los pelos con los de Mani, Loxandra cogió a la niña y se fue a casa de Elenkaki «para salvarse de la matanza».

—Madre, no digas esas cosas, es una vergüenza. Aquí no hay matanzas. Los cretenses se pelearon con los maniates, eso es todo.

—¿Pero tú crees que estoy loca? ¿O ciega? ¿Crees que no vi al «kiurto» ese de bombachos negros y turbante en la cabeza matar al cristiano ante mis propios ojos? ¿Era griego o «kiurto»?

—Era griego. De Creta.

—¿Y el otro qué era?

—Griego.

—Eh, ¿y entonces por qué lo mató?

—Por cuestiones políticas.

—¿Cuestiones qué?

—Políticas, te estoy diciendo. Uf, madre, déjalo, no entiendes nada.

—Tú no tienes la culpa, la culpa es mía por sentarme a hablar contigo.

¡Llegó la primavera! Las cosas se calmaron y Loxandra, aunque todavía no había conseguido deshacerse de Kondylo, sí había logrado apartarla. La niña había vuelto a la abuela.

—¿Hoy qué vamos a hacer, abue?

—¿A ti qué te gustaría hacer?

—¿Vamos a recoger dientes de león?

Tomaron un coche y partieron rumbo a Freatyda. Después del hospital ruso estaba la casa de Skuludis, y luego ya nada más. Rocas. Qué hermosos dientes de león, qué agrillas, qué acederas podían encontrarse allí.

Un día en que había mucho trabajo en casa, en vez de ir a dar un paseo, bajaron al café de la plaza Alexandra para comerse un cok. Se sentaron a una mesita, se comieron su cok y al poco rato Loxandra empezó a sentirse tristona. No había nadie. El café estaba vacío. Sólo un señor de edad mediana estaba sentado un poco más lejos, en absoluto silencio.

—¡A-a-ag-agh!—bostezó Loxandra—. ¿Nos vamos? Aquí *can cin top oynar*.[75]

Al señor le dio risa oír aquello, pero luego empezó a toser muy fuerte. Se había atragantado. Loxandra se volvió para ver qué estaba ocurriendo y el señor se incorporó para saludarla.

—¿Es usted constantinopolitana?—le preguntó—. Yo soy el cónsul de Turquía.

—¿De veras?—exclamó Loxandra—. ¿Hace cuánto que estás aquí?

Y se pusieron a conversar. El cónsul hablaba bien el griego. Hablaron de Constantinopla, Loxandra se entusiasmó y de inmediato lo invitó a su casa para que compartiera con ellas unos mezés constantinopolitanos.

—¡Amán, hijo! No hay *pero* que valga. Vamos a casa. ¡No me vas a decir que no!

En casa Loxandra tenía pasturmá y mejillones rellenos que le había enviado Agathó hacía sólo dos días. Menos mal que los barcos de su hijo le traían continuamente cosas de Constantinopla, de otra forma se habrían muerto de hambre. ¿Qué clase de lugar era aquél? No encuentra uno nada de comer.

—*Buyurun efendim, buyurun*.

A Klío se le cayó la mandíbula cuando vio al huésped. Le lanzó una mirada hostil a Loxandra.

—¿Por qué me miras así, hijita? ¿He hecho algo malo?

Klío se ruborizó terriblemente. Abrió la puerta del salón:

—Pase.

Al poco entró en el salón una bandeja enorme con ouzo y mezés.

—Quieta, Ana, colócate más para allá, no vayas a tirar la mesita.

Loxandra y el cónsul chocaron sus vasos y ella le preguntó de qué lugar de Constantinopla era. ¿De dónde? ¿De Qengelkóy?

—Çengelköy es un hermoso lugar, no lo niego, pero está lleno de turcos.

Arrugó la nariz y sacudió los dedos en el aire.

—¡Puf! ¡Lleno de turcos!

Klío la atravesó con la mirada e intentaba por todos los medios posibles hacerle una señal. Loxandra, impasible, eligió un yialandzí-dolmá.

—Toma, cómete éste.

El cónsul se desconcertó, dio un codazo a la mesita y los tenedores fueron a dar al suelo. Todos se inclinaron al mismo tiempo a recogerlos.

—Dejadlos, por favor, no pasa nada. Que los dejéis, os estoy diciendo. Ana, corre a la cocina y trae otros tenedorcitos.

—Qué niña tan encantadora, que Dios le conceda larga vida—dijo el cónsul—. ¿Cuántos años tiene?

El cónsul tenía dos niños. Pero los dos estaban en Constantinopla con su madre. En un mes, más o menos, iría a verlos.

—¡Amán! ¿De veras? ¿Vas a viajar a Constantinopla? ¡Ah, cómo no soy un pajarito para posarme en el mástil de tu barco y poder ir

yo también a Constantinopla!

Loxandra estaba a punto de echarse a llorar.

—Ah, Constantinopla y sólo Constantinopla.

El cónsul le deseó a Loxandra que pudiera volver pronto a Constantinopla.

—A ver qué le parece después de tanto tiempo de ausencia. Ahora que el sultán, a quien Dios conceda larga vida…

—¡Oh, mal rayo lo parta y mala muerte tenga! No me lo recuerdes, querido, no me lo recuerdes.

—¡Cof! ¡Cof! ¡Psa! ¡Psu!—A Klío le dio un acceso de tos y los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Amán, agua! Bebe agua. Mira arriba, arriba… Ah, no ha sido nada, bendito sea Dios. ¡Virgen Santa qué susto me has dado!… Nosotros, como estábamos diciendo, querido, no queremos tratos con los perros de Agar… ¡Au! ¿Por qué me pellizcas, Klío? ¿Estás loca? ¿Acaso Muhtar efendi no es de confianza? ¿O crees que no está enterado de las infamias del sultán Hamit?

Al cónsul:

—¿Tú lees el periódico *Acrópolis*? Ahí está, puesto que lee el *Acrópolis* entiende lo que quiero decir. ¿O no entiendes?

Loxandra, inmóvil, esperaba una respuesta. La frente del cónsul estaba bañada en sudor. Seguramente debían estar sucediendo mil cosas en su interior, porque miraba hacia todos lados, era como si estuviera buscando una puerta por donde escapar. Miró su reloj. Amán, es muy tarde. Había olvidado que tenía trabajo urgente. Tendrían que disculparlo. Adiós, adiós.

—¡No te vayas, querido! ¿Qué te ha pasado que te vas así?

Loxandra corría detrás de él. Quería acompañarlo hasta la calle.

—Quiero que vengas a casa de nuevo. No hay pero que valga. ¿Oyes lo que te digo?

El cónsul delante, Loxandra detrás, resollando, sin parar de hablar ni un momento.

—Bueno, que te vaya bien. Que Cristo y la Virgen te acompañen.

Ya en el umbral, le dio la bendición y trazó sobre su cara el signo de la cruz.

—Si algún día te enfermas, llámame. Yo te cuidaré, ya que ni tu madre ni tu esposa están aquí para atenderte.

—*Annecim*—le dijo el cónsul—, ¡yo soy turco!

—¿Y qué que seas turco? Mi sereno era turco. Y mi marchante de huevos, turco también. ¡Y, sin embargo, qué personas maravillosas eran los dos! —Y dándole unos golpecitos en la espalda—: No te aflijas, hijito. ¿Qué importa que seas turco? Eres un ser humano. Griego, turco, ¡qué más da! Lo importante es que eres un ser humano.

Cerró la puerta de la entrada y se levantó las enaguas. Se arremangó la pernera del pantalón para buscar el lugar donde la había pellizcado Klío. Se le pondría morado. ¿Por qué la habría pellizcado? «Hasta donde vamos a llegar, Virgen Santa».

Aquel mes transcurrió sin más incidentes. El único acontecimiento importante fue que Golfo perdió la cabeza y pidió que la dejaran salir todos los domingos. La despidieron. En su lugar tomaron a una buena muchacha de Nevóliani, que les consiguió su lavandera, An'xitsa, a quien Loxandra llamaba Anitsa.

Con la parentela de Yorgakis se había cortado todo vínculo. De Yorgakis no se sabía nada. Sólo les quedaba un consuelo, los barcos que llegaban de Batumi y de Constantinopla. ¡Ah, con qué ansia esperaban aquellos barcos! Los capitanes venían a casa y la casa cobraba vida. Les traían hasta pechuga de ángel. Verdad de Dios, benditos sean Theódoros y Alekakis. Además, gracias a ellos podían retirar de la agencia del Pireo todo el dinero que quisieran.

El asesinato de Diliyannis, a finales de mayo, no les causó mayor impresión, porque por aquellos días había llegado un barco de Constantinopla al mando del capitán Butis. Y se acababa de ir el capitán Butis cuando llegó Euterpe de Patras y se quedó con ellas todo un mes.

A mediados de julio, Klío fue a Patras a visitar a Euterpe, que ahora tenía dos niñas y vivía feliz y contenta con un viudo, comerciante de pasas, con el que se había casado. Loxandra se quedó en la casa con la niña.

—¿Vamos al teatro?—se le ocurrió a Loxandra una tarde.

—Vamos.

Kondylo se puso una cofia blanca y limpia y se echó una mantilla negra sobre los hombros. An'xitsa se puso su vestidito azul, y Loxandra también quiso lucir sus mejores galas. Roció el pañuelo de Ana con agua de colonia y se pusieron en camino.

—¿Has ido alguna vez al teatro?—le preguntó a Ana—. Nunca, ¿verdad? Pues vamos para que sepas lo que es.

En el teatro de Pasalimani daban esa noche *El capitán Yakumis*.

—¿*El capitán Yakumis*?—preguntó Kondylo en cuanto estuvieron en la puerta—. No entro.

—¿Por qué no, mujer? ¿Qué pasa?

No entraba porque en El capitán Yakumis se burlaban de los hydriotas. Ni por las buenas, ni por las malas, no hubo forma. Se plantó como una mula frente a la puerta del teatro y no hubo poder humano que la moviera.

Convencidas de que sería inútil esperar, desistieron. Bueno, no era tan grave, podían ir al teatro de enfrente que además estaba muy iluminado. Loxandra le dio dinero a Kondylo para que comprara las entradas y a An'xitsa para que comprara unas semillas de girasol y garbanzos tostados. Y entraron en el teatro. Había muchísima gente. A empujones y codazos lograron abrirse paso y finalmente hallaron cuatro asientos y se acomodaron. Se acababan de sentar cuando Loxandra echó una mirada alrededor y dijo:

—Vámonos de aquí. ¡Vamos a salir con piojos!

—¡Bah, no es para tanto, doña!—soltó un bellaco que estaba sentado al lado de An'xitsa.

Loxandra tuvo miedo de responderle y de ponerlo en su sitio. Únicamente se levantó e intercambió su lugar con An'xitsa. Ella se sentó en el extremo, junto al bellaco.

Al poco sacaron sus semillas de girasol y sus garbanzos. Loxandra repartió las semillas y comenzó a examinar muy atentamente el telón. ¿Qué estaría escrito allá arriba?

—Dice TEATRO DEL PUEBLO—leyó An'xitsa.

—Eso está escrito afuera, en la puerta—aclaró Kondylo—. Aquí dice: «El Pue… pue-blo por la in… ind… indus… tria, y la in…dustria por el pueblo. La som… sombr… sombrerería de Atenas, I. Pelópulos».

Pasó un buen rato hasta que Kondylo logró leer todo aquello, y del otro lado del telón ya comenzaban a oírse ruidos. Luego el telón se entreabrió, salió un joven y avanzó hasta el proscenio. El público aplaudió entusiasmado. Loxandra recibió un manotazo en la espalda:

—Doña, ¿no podrías bajar tu cresta para que nosotros también veamos lo que pasa en el escenario?

Loxandra se volvió para ver quién la había golpeado y regó sus pepitas. El joven del proscenio había empezado a hablar y de pronto el que estaba junto a Kondylo gritó:

—¡*La suerte de Marula*!

—¡No! ¡*La Fausta*, queremos *La Fausta*!—se oyó una voz un poco más allá.

—¿Qué pasa? ¿Qué significa esto?—preguntó Loxandra.

Y entonces An'xitsa le explicó que el que había salido a escena había preguntado qué obra quería el público que se representara. Y también si había alguien que quisiera bajar a echarles una mano.

—¡No puede ser!

—¡*Fiaca*!—gritó el que estaba sentado al lado de Loxandra y luego se metió dos dedos en la boca y soltó un chiflido.

—¡Amán!

Loxandra se tapó el oído derecho. Cerró el ojo derecho. ¡La habían dejado sorda!

Y luego empezaron a oírse chillidos aquí y allá, cada uno gritaba una cosa distinta. Un marinero se encaramó en su asiento y gritó más fuerte que los demás.

—¡*La caída de Constantinopla*!

—*¡La caída! ¡La caída!*—se desgañitaba la mayor parte de los presentes aplaudiendo a ritmo y silbando.

—Vámonos—dijo Loxandra, y se levantó de su asiento.

Pero la niña y Kondylo no querían irse. Ni hablar. Entonces se quitó su sombrero para no recibir otro manotazo y esperó el desenlace de aquella barahúnda. Esperó, esperó, pasó media hora…, nada.

—¿A qué hora va a empezar la función?

Detrás del telón se oía un alboroto de padre y muy señor nuestro. Claveteaban, golpeteaban, se peleaban. El telón ondeaba, iba y venía. Comenzó a oírse la música de la *Pupula*, que se encadenó con *Los pájaros del campo y de Rumeli*. Loxandra se amodorró. Inclinó la cabeza hacia la izquierda y sus labios dejaron escapar un tierno «pf, pf». En su rostro se dibujó una dulce sonrisa. Estaba soñando que se encontraba en Baluklí. De pronto, sobresaltada, dio un brinco. La había despertado el vocerío del escenario, porque mientras ella dormía Constantinopla había caído y Mehmet estaba discutiendo con Paleólogo.[76]

Abrió los ojos y vio en escena a Paleólogo vestido con una *fustanella* que le llegaba a las rodillas, un cinturón de cuero con pistolera y una pechera cruzada. Llevaba puesto un casco del que salía una cola de caballo entera. Tiraba a Mehmet del albornoz y lo sacudía.

—¡No me caigo! ¡No me pienso caer!

—¡Pero si te acabo de decapitar!—gritaba Mehmet intentando no perder su turbante—. ¡Que te caigas, rufián, te digo! ¡Se acabó la función!

—¡Me cago en la madre que te parió!—chilló Paleólogo—. Si eres hombre, hazme caer. Yo no me caigo. ¡Constantinopla es nuestra!

—¡Nuestra! ¡Nuestra! ¡Hurra-a-a-a-a!—aullaba fuera de sí el auditorio.

—… ¡Pues yo me cago en tus muertos!—gritó Mehmet, y en ese momento los espectadores se lanzaron al escenario.

—¡Todos contra el turco!

El primero en saltar al escenario fue un marinero de gorra azul.

—¡Suéltale una buena trompada!—gritó An’xitsa.

—¡Cállate!—le ordenó Loxandra.

Le rompieron a Mehmet una silla en la cabeza y cayó redondo.

—¡Vais a matarlo, cretinos!—gritó el tipo que estaba al lado de Loxandra y luego se desató una rechifla ensordecedora.

Alaridos, llantos, pánico, un jaleo de mil demonios. Loxandra perdió su bolso, la niña se echó a llorar. Llegaron los gendarmes.

Loxandra abrazó con todas sus fuerzas a Ana. La muchedumbre las arrastró, se las llevó como flotando en el aire y de pronto se encontraron en la calle, sobre la acera. A su lado había caído An’xitsa completamente desgreñada.

—¡Mi sombrero!—exclamó Loxandra tentándose la cabeza—. ¿Dónde está Kondylo?

Habían perdido a Kondylo.

—¡Que se vaya al diablo!—dijo Loxandra y se puso a gritar—: *Arabadzís! Arabadzís! Dur!*[77]

El primer cochero que la oyó llegó volando.

Los cocheros del Pireo ya la conocían y no se sorprendían de su forma de ser.

Capítulo 6

CON EL tiempo, los cocheros del Pireo se acostumbraron a la forma de ser de Loxandra. Se acostumbraron también los pequeños limpiabotas del mercado y el barrio de la Truba y el jardín de Titanio, donde en verano se bailaba la tarantela. Gracias a doña Arjonto, la lavandera de la casa, poco a poco todo San Dionisio conoció a Loxandra y por los criados del barrio también la conocieron en los arrabales del Profeta Elías, en la Maniática y en otras barriadas. Las mujeres comenzaron a bajar a Kastela en busca de una anciana constantinopolitana que repartía ropa y alimentos. Finalmente hasta los barqueros llegaron a enterarse de su existencia.

—¡A ver, abuela, sube! ¡Cuidado, no nos vayamos a ir a pique!

—¡Cállate, bobo!

En cuanto llegó la primavera Loxandra comenzó a levantarse antes del amanecer e iba descalza, de puntillas y sin hacer ruido, como un ladrón, a despertar a la niña.

—¡Ana, despiértate, mi niña linda! Despierta, te digo. El mar está hoy como una balsa de aceite … Shhh, calladita, no nos vayan a oír. Llévate los zapatos en la mano…, por aquí, por la escalera de la cocina.

Andaban en plena oscuridad, bajando a tientas por la escalera de fierro de la cocina para poder escaparse e ir al Turcolímano. Y «ji, ji, ji» y «ja, ja, ja» ahogaban sus carcajadas—abuela y nieta—como dos pilluelos de la misma edad.

La mayor parte de las veces el Turcolímano estaba a salvo del viento y el aire olía a algas, a alquitrán y a pescado.

—¿Qué habrán traído hoy los pescadores? Ah, mira, ahí está don Stamos.

Don Stamos, el de Volos, corría a su encuentro en cuanto la veía.

—¡Mira esto, abuela! ¡Pez volador!

—¿Y qué clase de pez es ése? ¿Qué más tienes?

—Morralla.

—¿Pescadilla?

—Morralla.

—Sardina-lubina, *bilmem ne filan ftstikyok?*[78]

Compraban su pescado, pero Ana no quería volver a casa, quería dar un paseo en barca. No tenía ganas de ir a la escuela.

—Mi hijita, tu mamá me matará.

—No, abue. Mira, acaba de llegar don Anestis.

—¿Quién?

—Don Anestis.

Y si no era don Anestis, el barquero, podía ser don Stelios, el de Psará, o Panayotis, el de Syros.

—¡Abue, rápido!

Y al instante la barca se hacía a la mar y luego giraba a la izquierda y el oriente comenzaba a teñirse de rosa y comenzaba a sentirse la brisa, y entonces Loxandra se quitaba su sombrerito y se ponía a rebuscar en el bolsillo de su enagua. ¡Ay, ay, ay!, no se le había ocurrido traer nada para picar.

—Pero, a ver, déjame ver…

Cinco garbanzos tostados, dos caramelos rusos envueltos en papeles de colores, una rosquita seca…, siempre aparecía algo dentro de aquel bolsillo. Panayotis ya la conocía, y esperaba. También el hermano y el padre de Panayotis la conocían y habían

probado sus bollos y sus roscas y además se habían vestido elegantísimos con toda la ropa que Yorgakis había dejado en la casa.

Antes de cumplir tres años de su llegada al Pireo, Loxandra se había vuelto una persona tan querida por todos que si se hubiera presentado a las elecciones municipales le habría ganado a Damalás, porque todos los barrios habrían votado por ella. Aunque fuera constantinopolitana, y aunque la gente del lugar detestara a las mujeres de Constantinopla. Todo el mundo habría votado a Loxandra. Todos menos los hydriotas.

El hielo albanés había empezado a derretirse pero jamás se habría derretido del todo si san Fanurios no hubiera hecho el milagro. En una ocasión se le extravió a Loxandra su dedal de plata y movió cielo, mar y tierra para encontrarlo… ¡Amán! El dedal no aparecía por ningún lado. Pero el día que Kondylo hizo un pastel como ofrenda para que el alma de la madre de san Fanurios fuera perdonada, ¡apareció el dedal!

Loxandra se volvió devota de san Fanurios, al que no había tomado en cuenta hasta entonces, y quiso a tal punto a su madre que cada dos o tres días extraviaba su dedal.

—A ver, Kondylo, organízate rápidamente un pastelito para que el alma de aquella pobre sea perdonada. —Y le guiñaba un ojo—: Ya sabes. Y yo le escribiré a Agathó y le diré que te mande de Constantinopla una linda lana de Oriente para que le tejas a tu hijo una camiseta de marinero.

Aunque el corazón de Kondylo hubiera sido de piedra, habría acabado por fundirse. Su hijo era pescador de esponjas. Sólo lo tenía a él, uno y único. Temblaba de pensar que le pudiera pasar algo. Mantenía para él una habitación en el barrio de los hydriotas, donde tenía su iconostasio, su baúl, una mesita y una silla, y dos soportes de madera con tres tablones sin pulir que le servían de cama.

—Si el cuarto está desocupado, ¿para qué tienes que ir cada dos por tres a blanquearlo?

¡Ah! Sí, pero… de todas formas. Cada sábado Kondylo tenía que blanquear el cuarto y el zaguán y hasta la acera. Muchas veces

llevaba a Ana con ella.

Al principio la llevaba todos los sábados para que se acostumbrara a los usos de los hydriotas. Así lo había dispuesto Yorgakis. Pero desde que Yorgakis se había ido y no había vuelto, desde que se habían cortado todos los vínculos con la parentela hydriota, Kondylo comenzó a descuidar sus obligaciones pedagógicas y a pegarse más a Klío, que la mayor parte del tiempo estaba «enferma» y la necesitaba. El señor Ksanthós, el médico, había dicho que Klío padecía de los riñones y que no debía fatigarse. Ni siquiera debía leer, para que no se le cansaran los ojos.

—Ven, Kondylo, cuéntame alguna historia—la llamaba Klío.

Kondylo tomaba su tejido, se sentaba al lado de la cama de Klío y comenzaba sus relatos. Klío cerraba los ojos y veía el encendido mar de Berbería. Veía las fragatas de tres mástiles, los bergantines, los pequeños barcos de vela debatirse sobre las enfurecidas olas. Veía los barcos piratas saquear en el Mediterráneo y al capitán Nelson perseguirlos pisándoles los talones.

—Continúa, Kondylo, continúa…

«Bendito sea Dios», se dijo Loxandra a sí misma cuando se quitó de encima el peso de Kondylo. Entonces sacó a la niña de la escuela e hizo de la cocina su madriguera.

Apenas llegó octubre, extendió un tapete en la cocina, puso cortinitas en las ventanas, una maceta con begonias sobre el aparador, la mesita y la sillita de la niña, y al lado de su sillón el cojín grande de la gata. Loxandra se entronizó en la cocina con una majestuosidad digna de un emperador bizantino en su solio de oro. Y en cuanto amanecía, comenzaban las audiencias. El primero que llegaba era el lechero. Luego tocaba el turno al aguador de Menidi y después al tío Yanakis con su «agua fresca de Poros».

—Tío Yanakis, espera un momento, ¿por qué tienes tanta prisa? ¿Ya te has enterado? ¡Oh! ¿No te has enterado todavía? Una matanza.

—¿Qué?

—Una matanza, te digo. En el barrio hydriota hubo una matanza. Otra vez se levantaron los malditos y se dedicaron a matar. —Y a

Ana—: Lee, mi niña linda, el periódico de ayer.

Ana cogía el *Scrip* del día anterior y leía, deletreando, que ayer en el barrio de los hydriotas, en la tienda de ultramarinos de Koroniós, éste había acuchillado a Rafaliás después de haber estado discutiendo de política. Ana, que había dejado de ir a la escuela, aprendía sola a leer con el *Romios de Surís* y el *Scrip*. Aprendía también con los letreros de las tiendas cuando salía a pasear con su abuela.

Después del tío Yanakis, comenzaban a desfilar los sirvientes del vecindario. Eleni, la de Quíos, siempre venía a pedir prestada alguna cosa.

—¿No tendréis por ahí un limón? ¿Tendréis un poco de aceite? La señora ha salido y se ha olvidado de sacar el aceite.

—¿De sacarlo de dónde?

—Pues de la alacena.

—¡Dios, ten piedad!

María, la cretense, fingía que necesitaba pedir algo prestado, pero en realidad la mayor parte de las veces venía a comer algo, porque su señora dejaba bajo llave hasta el pan.

—¡Dios mío!, ¿será posible? ¿Acaso el pan es para tenerlo guardado? Ven, siéntate. Dime una cosa…

Y abruptamente, a An'xitsa.

—¡Anitsa, el verdulero! Corre, corre, no se nos vaya a ir.

Se le habían antojado unos dolmás en hojas de col.

—¡Corre, Anitsa, a ti te estoy hablando! Corre a comprar una col de un par de okás.

An'xitsa impávida, la miraba.

—¿Qué col quieres? ¿Repollo?

—Col de dolmás.

An'xitsa se secaba la manos, pero no se movía.

—Muchacha, te estoy diciendo que corras. ¿No me oyes?

—No'ntendí que'm dijiste, ¿qu'es coldedolmás?

—Ana, ¿qué me dice esta mujer?

Ana era la intérprete. Era la ayudante de An'xitsa y la confidente de Loxandra.

Cuando llegaba barco de la oficina de Constantinopla, Ana sacaba el ouzo y los mezés para hacerle los honores al capitán Rosolimos y al mecánico en jefe del barco.

—¡Bienvenidos sean los muchachos!—gritaba Loxandra—. Traed sillas. Buyurunuz!

Todo tipo de ralea entraba en aquella cocina: de Volos, del Peloponeso, de Cefalonia, del Pireo… Ana oía las canciones de An'xitsa:

La menta, ay, la menta y la albahaca
y también el perejil…

Aprendía de los limpiabotas del mercado a decir: «¿Cuánto cues…? Tres y cin… ¿On lo ven…? 'N la tabé…».

Con los pescadores del Turcolímano Ana aprendió lo que era el anzuelo, el arpón, el sedal, la carnada y las redes.

Aprendió los nombres de los peces, y sabía que cuando por la tarde sopla mistral, por la noche se levantan los vientos alisios. Sabía cuánto cuesta la col y cuantas okás de col hacen falta para hacer los dolmás y cuánto le tenía que dar de cambio el marchante. Sabía enrollar los yialandzí-dolmás y sabía preparar calabacines rellenos. Aprendió a zurcir calcetines y a cortar pedacitos de tela de forma regular para unirlos con gracia y hacer mantas y talegas. Y ahora, últimamente, la abuela estaba enseñándole a hacer puntilla.

Pero Ana aprendió más de su abuela, algo que no estaba en el silabario que le habían dado en la escuela. Aprendió a disfrutar de todas las cosas. De las olivas y del caviar. De los días de lluvia y de los días de sol. Aprendió a sentirse feliz de estar viva y de ver y de oír. Aprendió a amar cualquier cosa a la que se dedicara.

Eso y muchas más cosas aprendió Ana de su abuela, y así transcurrió aquel invierno.

Pasó el invierno y trajo consigo la primavera, que trajo consigo el 25 de marzo[79] y el día de San Jorge. Aquel año la música de la alcaldía, que recorría las calles felicitando a los Jorges, se detuvo frente a su puerta, porque ya era de todos conocido que el dueño de casa se llamaba Yorgos.

«¡Hum!—dijo Loxandra para sus adentros—, demasiado tarde!». O sea: «Después de ahogado el niño…», y poco faltó para que les preguntara: «¿No será que se ha extraviado por gusto?».

¡Yorgakis había desaparecido! Los marineros de los barcos de la agencia se lo encontraban, decían, muy de vez en cuando. Alguna vez en Surinam, otra en Marsella, y siempre borracho perdido.

En la imaginación de Ana su padre era el capitán fantasma, pero últimamente en casa era «El tal» seguido de un guiño (shhh, no vaya a oír la niña).

Cuando venía la tía Elenkaki o la tía Euterpe de Patras y tenían lugar los consejos de familia, delante de Ana hablaban en turco. Pero Ana no tenía ninguna dificultad para entender el turco que hablaban.

—¡*Yok,*[80] mujer! En caso de abandono…

Y luego una señal significativa.

—*Gidiyoruz*[81] en los próximos tres meses.

Ana entendía que su papá las había abandonado y que volverían a Constantinopla antes de tres meses. Lo del abandono la traía sin cuidado, pero lo del viaje, tra-la-la qué felicidad, y no le cabía en la cabeza que le ocultaran una noticia tan maravillosa.

La última Pascua que pasaron en Grecia la celebraron tal como exige la tradición helena. Dejaron que Kondylo preparara el pan de Pascua como en su tierra, y An'xitsa preparó roscones de Tesalia. Compraron un cordero lechal y guisaron mayeritsa. Y Loxandra probó, por primera vez, la gardumba y el cocoretsi.

—Ven, señor don Leludas, dime cómo se prepara esta cosa.

Don Leludas había abierto un pequeño café cerca del hospital ruso, pero el cafecito no prosperaba y Loxandra le había aconsejado

que abandonara los lukumis y el café y que mejor sirviera mezés y ouzo. Que sirviera pasturmá y ensalada de caballa con eneldo.

—¿Sabes preparar los yialandzí-dolmás? ¿Y el Imam bayildi? Yo te puedo enseñar.

La víspera de su partida le dio por iluminar al pueblo griego.

Recorrió el Pireo de un lado al otro haciendo propaganda a la comida constantinopolitana.

Elenkaki se contagió y también ella decidió iluminar a los atenienses. Se paseaba por la calle Sófocles tirando a los vendedores de rosquillas de la manga e intentando persuadirlos para que montaran braseros en las aceras y prepararan suvlaki.

—Con una pita pequeña…, una cervecita…, un rabanito… ¡Pero claro, que coma la gente, que le vuelva el alma al cuerpo, hijo mío!

Klío, a quien le había sentado muy bien la perspectiva del traslado inminente y del divorcio, lo mismo que los masajes que le había dado aquel doctorcito (que Dios lo proteja, ¡qué buen muchacho!), dejó la cama y se lanzó a la calle. Todos los días se emperifollaba y se iba a Atenas para despedirse de los museos y de la Acrópolis y de las banderas griegas. Recogía piedrecitas de recuerdo, compraba delantales chabacanos y lukumis de Syros, se le aguaban los ojos cada vez que se topaba con un evzón.

Cuando se enteraron de que después de la revolución de los Jóvenes Turcos[82] el sultán Hamit había ocupado el trono, Loxandra se puso contenta pero sintió un poco de miedo. ¿Y si volvía a haber masacre en Constantinopla?

—Amán, ¡mejor quedémonos donde estamos!—dijo.

Sin embargo, cuando al cabo de algunos meses salió una «edición especial» sobre la revolución de Gudí,[83] Loxandra gritó:

—*Sijtir*,[84] ¡vámonos a nuestra tierra y que sea lo que tenga que ser!

El día que se embarcaron todo el puerto estaba lleno para despedirlas y Ana corría de un lado al otro del barco gritando:

—¡Qué alegría! ¡Papá nos abandonó y nos vamos de viaje!

Y estaba a punto de encaramarse en el mástil cuando Klío la alcanzó y la detuvo de la trenza.

—¡Te voy a matar! ¡Estate quieta! ¡Espérate y verás lo que voy a hacer contigo en cuanto lleguemos a Constantinopla! Te internaré con las monjas. Encerrada te vas a quedar, a ver si así aprendes a comportarte como persona.

Ana sacó la conclusión de que las monjas eran la cárcel y fue a decírselo a su abuela.

—¡Que se atreva a encerrarte!—dijo Loxandra furibunda—. No te preocupes, mi niña adorada, no se lo voy a permitir.

Luego tuvieron una agradable sorpresa. ¡Takis! El doctorcito que había curado a Klío iba a Constantinopla a pasar quince días, así que el viaje lo harían juntos. ¡Po-pó, qué maravilla![85] Feliz Loxandra, ¡fíjate qué coincidencia! Cuando desembarcaran en Constantinopla, iría con ellas y se quedaría en su casa. ¡No faltaba más!

La casa que Agathó les había conseguido estaba en la calle mayor de Pera, enfrente del Osmanbey. Un apartamentito, dicen, con cuatro habitaciones. Pondrían a Takis a dormir en el cuarto de Ana, y Ana dormiría quince días con su abuela. ¡Ah, qué alegría tan grande! Loxandra sentía apego por Takis porque le recordaba a don Artemis, el barbero de Makrojori. Igual de buena persona que don Artemis era este Takis. Nada que ver con esos médicos que apestan a medicinas y cargan bolsas repletas de instrumentos.

Por primera vez desde que había perdido a su barbero, Loxandra se sentía segura cerca de este doctorcito. ¡Y ya se sabe lo que eso significa!

Y como ya tenía médico asegurado, en cuanto el barco comenzó a moverse, ella comenzó a resollar.

—¡Ah, ah! ¡Agua de colonia!

Takis le trajo la colonia, le tomó el pulso, pidió que le sirvieran una porción generosa de dentón con mayonesa:

—Come, come, no tengas miedo, aquí estoy yo.

Y luego le dio a beber un remedio que la hizo emitir un sonoro eructo y le produjo un grande alivio.

—¿Cómo se siente mi canario?—le preguntó cuando la ayudó a acostarse por la noche en la litera—. ¿Te sentó bien la medicina?

—¡Mano de santo, hijito! ¡Que Dios te bendiga!—dijo Loxandra y empezó de nuevo a pedir sus mimos—. Ay, me duele aquí. Ay, me duele acá.

—¡No tengas miedo, aquí estoy yo!

—¡Ay! ¿Dónde está la niña? Encárgate tú de ella…

—Yo me encargo de la niña, tú duerme tranquila—y le dedicó una sonrisa.

El resplandor de dos hileras de dientes blancos y fuertes como los de un animal joven. Un par de ojos castaños que retozaban a la luz de la lámpara. Unos cabellos negros desgreñados por el viento que soplaba en la cubierta. Takis le recordaba a Loxandra un perro, un cachorro callejero de no más de un año, de esos que abundan en Constantinopla. Si hubiera tenido cola, la habría movido: «¡Guau, guau! ¡Duérmete, criatura adorada, que yo vigilaré tu puerta!».

Loxandra se quedó dormida con la alegría de volver a ver a los perros callejeros de Constantinopla. Lo que no sabía la pobre es que en Constantinopla no quedaba ni uno solo. Como habían sido los protegidos del sultán Hamit, durante la revolución de los Jóvenes Turcos, fueron los primeros perseguidos. Los gitanos fueron movilizados y obligados a recoger a los pobres perros de la manera más cruel y primitiva para abandonarlos después en un islote desierto más allá de las Islas de los Príncipes. Allí murieron los pobres animales de hambre y de sed y sus cuerpos apestaban. Y entonces se abatió sobre Constantinopla el cólera. Una epidemia de cólera que acabó con legiones enteras.

Pero ésa no era la única sorpresa que esperaba a Loxandra.

Capítulo 7

LA SEGUNDA sorpresa fue la muerte de Theódoros y de Kotsos, que le habían ocultado para no mortificarla.

En cuanto vio a los parientes de negro, entendió que algo malo había pasado y tuvieron que decírselo. Se cayó al suelo con un grito y se le torció la mitad de la cara. Trajeron a un médico de verdad.

—Quiero que venga Takis…

—¡Takis! ¡Pero si estás enferma! Takis ni siquiera tiene diploma.

¿Cuánto cuestan los diplomas? Loxandra quiere que la atienda Takis. ¿El barbero tiene diploma? ¿O doña Anika? Takis es el mejor médico que existe y hay que conseguir que se quede para siempre a vivir en Constantinopla.

No les fue fácil, pero finalmente lo consiguieron. Takis aceptó quedarse algunos años en Constantinopla, y luego ya se vería. Y entonces Loxandra comenzó a buscarle clientela.

Entre tanto Takis estaba muy afligido porque no tenía un centavo, y Loxandra miraba la mejor forma de, sin ofenderlo, proporcionarle algún dinerito para sus gastos. Le encargaba la compra diaria y hacía la vista gorda con los precios de la comida y con el cambio. Decía, además, que quería hacerle un regalo, puesto que la había salvado de una muerte segura y no paraba de suplicarle que aceptara una lira para que pudiera comprarse él mismo lo que quisiera.

A finales de octubre, cuando comenzaron las interminables lluvias constantinopolitanas y a Klío le resultaba difícil salir a la calle, Takis aceptó la misión de encargarse del manejo íntegro de la casa. Le otorgaron un poder para que pudiera ir a la agencia a sacar cuanto dinero hiciera falta.

Sin embargo, a partir de ese momento el coste de la vida se disparó, dio un repentino salto hacia arriba y, sacara lo que sacara Takis de la agencia, nunca alcanzaba. Comenzaron las economías en la comida. Suprimieron la fruta. Takis instauró medidas de control en la cocina, comenzó a poner bajo llave el aceite y la mantequilla.

Loxandra soportaba aquello con una paciencia ejemplar hasta que un buen día no pudo más y dijo:

—¡Acogí al ratón en mi agujero, y volvióseme heredero!

Takis la oyó y le respondió con insolencia. Entonces Loxandra le recordó aquello de: «Al villano dale el pie y se tomará la mano», lo cual hizo que Takis diera un fuerte puñetazo en la mesa.

—¡Me iré!

En ese momento intervino Klío y se puso a reñir a su madre. La llamó egoísta. Le dijo que ya era hora de que la dejara hacer su vida. Le dijo también que había echado a perder a la niña.

Takis se envalentonó y declaró que a la niña hacía ya mucho tiempo que Klío debía haberla metido en un internado en vez dejarla oír las chocheces de su aniñada abuela.

Lo normal habría sido que a Loxandra le hubiera dado un síncope aquel día. Y si no le dio fue porque tuvo miedo por ella y por la niña. Comenzó a desconfiar de Takis y perdió el sueño. Se dio cuenta de que Klío había perdido la cabeza por él. Se dio cuenta de que hasta ese momento no habían hecho sino engatusarla, se dio cuenta también de que el encuentro en el barco no había sido casual, se acordó de algunos detalles a los que hasta entonces no había prestado atención.

«¡Po-po-pó! ¿Y ahora qué hacemos? ¡AcasadeAgathó!».

—¡Ana!—se puso a gritar—. ¡Ven, ayúdame a vestirme! ¡Nos vamos a Tatavla!

Ana no estaba en la casa. Acudió a ayudarla Getsemaní, la nueva sirvienta. Le dijo que Ana se había ido con su madre y con el señor Takis a Tatavla.

—¡Caramba!—Aquello le pareció muy extraño a Loxandra.

Takis y Agathó no se llevaban bien. ¿Qué se le habría perdido a Takis en Tatavla? ¿Y por qué se habrían llevado a la niña? Imaginó lo peor. Se le doblaron las rodillas y el corazón comenzó a latirle aceleradamente. Un dolor muy agudo le desgarraba la sien derecha.

—Getsemaní—le dijo a la sirvienta con voz apagada—, vístete para salir, alma mía, y acompáñame a Tatavla. Anda, que Dios te recompensará. Tengo miedo de salir sola. Me da vueltas la cabeza.

Cuando llegaron a Tatavla y constataron que Agathó no tenía idea de nada, Loxandra se sintió desfallecer. Se le congeló el cuerpo y se le paralizó la lengua, pero su cerebro continuaba trabajando a toda velocidad.

¿Qué debía hacer? ¿Volver a casa? ¿Y si caía la noche y nadie había vuelto todavía? ¿Y si mejor iba…? ¿Adonde? ¿Adónde se habrían llevado a la niña? ¿Y si la hubieran llevado de regreso al Pireo? Pero la razón, por más empañada que la tuviera, le decía que Takis no quería a Ana y que no había motivo alguno para que quisiera cargar con ella. Lo que quería era quitarse el peso de la niña de encima. ¡Quitarse ese peso de encima!

—¿Oyes, Agathó, lo que te estoy diciendo?—preguntó Loxandra, creyendo que Agathó había oído lo que estaba pensando.

—¿Qué dices, madre? ¡Me has dado un susto! ¡A ver, dime!

—Aquel…—atinó a decir Loxandra, y con gran dificultad se lo contó todo a Agathó, y mientras se lo contaba iba perdiendo el color.

—Agua, rápido, traed agua…

Acostaron a Loxandra en la cama y enviaron a Getsemaní de regreso para que averiguara qué había pasado. Y al día siguiente se enteraron por Getsemaní de que Klío y Takis habían vuelto a casa solos, porque habían dejado a la niña interna con las monjas.

—¿Con qué monjas?

Eso no lo sabía Getsemaní.

—¡Rápido, vamos a sacarla de allí!—gritó Loxandra.

Pero Agathó la convenció de que se quedara donde estaba porque ni siquiera sabían con qué monjas la habían dejado.

—Tranquilízate, reponte, que tal como estás pareces loca, y espera a que vuelva Epaminondas. Llegará a Constantinopla de un momento a otro.

Y eso fue lo que se hizo. Loxandra se quedó en Tatavla esperando el regreso de Epaminondas.

Capítulo 8

UNA LUZ de cuento entraba a través de los vitrales del gran patio de mármol del monasterio y daba un aspecto feérico a la estatua de la Virgen. Y esa estatua fue la que asustó a Ana, porque no se la esperaba. ¡No es que tuviera miedo de las estatuas! ¡No! En Grecia, gracias a Dios, se había cansado de verlas. Hasta en el tejado de su propia casa había cinco o seis.

El patio del monasterio estaba en la penumbra y al principio Ana no veía bien. Sin embargo, en cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que aquello no era una casa y comprendió que su madre le había mentido al decirle que irían a ver a la tía Eufemia. Lo comprendió y se puso furiosa. Bajó la cabeza como un carnero para arremeter con todas sus fuerzas contra el estómago de Takis. Pero cuando descubrió a la Virgen frente a ella, se quedó petrificada.

Vestida con sus peplos de color blanco y azul cielo, la Virgen se erguía en el otro extremo del patio. Su pecho había sido atravesado y se veía su corazón, rojo, muy muy rojo y ensangrentado.

Del otro lado del patio llegaban los sonidos de un órgano. Ana nunca había oído ese instrumento y no entendía qué pasaba. Tenía la impresión de estar oyendo el soplo del viento, el trino de los pájaros, el ruido de las olas del mar. Se sintió desconcertada. Dos novicias se deslizaban sin hacer ruido en dirección a ella. Sus ricos

hábitos negros ondeaban en cadencia. Sus rostros eran pálidos como los lirios. Como un animalito cloroformado, Ana dejó que hicieran con ella lo que quisieran. Dejó que su madre y Takis le dieran un beso y se fueran. Dejó a las monjas que la llevaran al interior del edificio, que la acariciaran, que le dieran estampas de colores y caramelos de orozuz con sabor a purgante. Hasta les dio las gracias, pero por dentro temblaba como un gatito abandonado, como una fierecilla perseguida.

Las monjas la condujeron a un patio interior lleno de niñas, todas vestidas de negro. Las niñas caminaban de dos en dos formando un círculo, y en el centro estaba sentada una religiosa vieja que murmuraba algo y tenía un rosario en la mano.

Ana no entendía francés, pero se figuró que la monja estaba diciendo: «Ala rueda, rueda de San Miguel, todos cargan su caja de miel».

Al día siguiente la llevaron a su clase. Un asiento muy alto y encima del asiento una monja, y en la pared un Cristo crucificado con una herida en el costado y una corona de espinas en la cabeza. ¡Sangre otra vez! Al lado de la puerta, suspendida de la pared, había una pila alargada con agua bendita, en donde las niñas al entrar metían los dedos, se tocaban la frente y se persignaban.

Ana se sentó en su pupitre igual que se sentaron las otras niñas en los suyos, y puso las manos encima. Y así se quedó, sin moverse, hasta que se le entumeció todo el cuerpo. Le empezó a picar la nariz. Además le estaba molestando un pelo en la cabeza porque su trenza estaba mal hecha y quería rascarse, pero no se atrevía. Y luego, la trenza de la niña de enfrente empezó a hacerle ojitos y se moría de ganas de darle un tirón. Pero luego desistió y se puso a seguir la clase.

Una a una se iban levantando las alumnas y recitaban un poema. Eran veinte niñas en el aula y veinte veces oyó Ana el mismo poema. Al final se lo había aprendido de memoria, pero no sabía lo que quería decir:

Va t'ann, setif ensekt, eskreman de la ter…

Le gustó oír su voz hablando en francés, y apenas salieron al recreo se puso a gritar: «*Va t'ann, setif ensekt, eskreman de la ter… Va t'ann, setif ensekt, eskreman de la ter*…» y a correr de un lado al otro por el patio, saltando a la pata coja, hasta que una monja la reprendió y la hizo ponerse en la fila al lado de una niña grande que era griega. En cuanto Ana se dio cuenta de eso, le preguntó qué quería decir *Va t'ann, setif ensekt, eskreman de la ter…*

—Quiere decir: «Vete, insecto escuálido, excremento de la tierra»—respondió la niña—, y La Fontaine lo escribió pensando en ti.

Ana quiso preguntar quién era aquel La Fontaine que había escrito una cosa así pensando en ella, pero en eso sonó la campana. Entraron de nuevo en clase y de nuevo empezó el martirio.

Antes de que se hiciera de noche, Ana descubrió que en la escuela la mayor parte de las niñas eran «*arméniennes-catholiques*» y no armenias. Todas esas «*arméniennes-catholiques*» hablaban únicamente en francés y se llamaban Marie-Thérése o Marie-Louise.

Así transcurrió el primer día, hasta que se hizo de noche y tuvieron que ir a sus dormitorios. Fue entonces cuando Ana se echó a llorar.

Dicen que los niños olvidan y se adaptan pronto. Sí, pero eso no significa que su dolor sea menos vivo que el de los adultos.

La primera noche Ana lloró tanto que las niñas se quejaron de que no las había dejado dormir. Al cabo de unos días dejó de llorar, pero se sentía triste y melancólica. Sobre todo a la hora de las labores manuales.

Todas las tardes, durante dos horas, hacían «labores manuales». ¡Y qué labores! Sobre una batista blanca muy fina, con hilo blanco muy fino, Ana debía bordar en «Richelieu» un motivo que parecía un plato de tripas, un interminable plato de tripas que se enrollaban unas con otras y no tenían ni principio ni fin.

¡Y si sólo fuera eso! Todo el rato, mientras bordaban, la monja, que estaba encaramada en el asiento, repetía en voz baja: «*Je vous*

salue, Marie…», y las niñas le respondían a coro: «*Sainte Marie, priezpour nous*…».

Lo repetían treinta y tres veces intercalando otras oraciones hasta que se terminaba el rosario de la monja y luego otra vez todo desde el principio: «*Je vous salue, Marie…».*

De tanto repetir y repetir a Ana se le inflamaba la garganta, se le secaba la boca, sentía la lengua pastosa y se le iban los ojos a la pila de agua bendita, se moría de sed.

La vida transcurría monótona. Sin embargo, a la semana sucedió algo muy divertido: reunieron a todas las niñas en la sala grande y con una pompa sin igual, la superiora comenzó a repartir premios. Condecoró a las mejores alumnas y entre ellas, ¡a Ana!

Ana se arrodilló frente a la superiora, bajó la cabeza y la monja le colocó una banda azul. Se la puso sobre el hombro derecho y anudó los extremos de la cinta sobre la cadera izquierda. ¡Estaba hecha todo un almirante! ¡Un primer ministro con la gran cruz de san Salvador!

La superiora no repartió ni tricornios, ni charreteras, ni espadas, pero Ana sabía como hacer un sombrero de tres picos y unas charreteras con papel de periódico y por supuesto que se los fabricaría apenas saliera al recreo, pero… ¿y la espada?… ¿Dónde podría agenciarse una espada?

Y se puso a rondar la cocina.

Un día al pasar por ahí había visto a *sœur* Madeleine removiendo la jorta en una paila con una cuchara larga de madera. Esa cuchara no estaba mal, pero ¿cómo iba a entrar a la cocina a cogerla si estaba prohibido? Le pidió ayuda a una de las Marie-Louise, pero aquella Marie-Louise, en vez de ayudarla, la traicionó, de modo que Ana acabó encerrada en el cuarto oscuro y le retiraron el «*grand cordon*», es decir, su condecoración.

Que Ana saliera del cuarto oscuro pareció ser la contraseña para que los diablillos del infierno se desparramaran por la escuela. Al día siguiente, muy temprano por la mañana, todas las pilas de agua bendita estaban llenas de tinta. Y las frentes de todo el mundo manchadas.

Aparecieron gatos en las aulas, cucarachas muertas en las camas de las alumnas. El domingo, en la iglesia de Saint- Esprit, encima del gineceo, se oyeron unos crótalos tocar alegremente al ritmo del «*Sanctus! Sanctus*!».

Volvieron a encerrar a Ana en el cuarto oscuro. Esta vez la niña se echó a llorar desconsoladamente. Lloró y lloró hasta que se quedó dormida. Y soñó con la Bubulina.[86] Alta y gruesa como Loxandra, Bubulina estaba de pie en la proa de un barco con la hachuela de destazar en la mano. Sus enaguas ondeaban al viento y ella gritaba: «¡Mala muerte les depare el destino! ¡Me van a matar a mi niña!».

Cuando llegó la mère Florence a preguntarle a Ana si estaba arrepentida, la niña le respondió:

—*Mut me kep*! [87]

La madre Florence, que no sabía albanés, le acarició la cabeza y la corrigió:

—*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*.

Ana se puso a gritar en ese mismo momento:

—*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*!

Y de inmediato salió del cuarto oscuro.

Sin embargo, no había hecho más que salir cuando volvió a entrar, porque apenas se vio liberada se abalanzó sobre la Marie-Louise que la había traicionado y le dio un tirón de nariz.

Pero como ahora ya había aprendido las palabras mágicas, se puso de inmediato a gritar: «*Mea culpa…*», y la puerta del cuarto oscuro se abrió. Antes de que se hiciera de noche la habían vuelto a encerrar, porque durante el recreo tuvo a bien hacerle una zancadilla a la griega que le había dicho que La Fontaine había escrito el poema pensando en ella.

La zancadilla había sido la misma que le había enseñado Moska en el Pireo. Moska era la hija de la mujer de las almortas que tenía su caldera en el patio de al lado.

Durante los calores fuertes de mediados de julio, cuando todo el mundo se acostaba a hacer la siesta, Ana escalaba el muro del patio y chiflaba «¡Fiu!» para que saliera Moska.

Moska era mayor que Ana y conocía todos los rincones del Pireo. Daban un paseo hasta la iglesia del Profeta Elías y luego se iban a las rocas de Kastela a jugar a los piratas. Hacían cuatro nudos en sus pañuelos y se los ponían en la cabeza, se quitaban los zapatos y lanzaban señales a Freatyda para que les enviaran desde allí el contrabando. Otras veces iban a Freatyda.

—Moska, ¿tú tienes fe? Porque si tienes fe, aunque sea del tamaño de un grano de pimienta, no hace falta que demos toda esa vuelta para volver a Kastela. Podemos atravesar caminando por el mar.

Ana tenía fe, pero Moska no debía tener suficiente, porque siempre se hundían. Una vez las pescó el viejo Leludas y les dio una buena tunda.

Otras veces iban a la farmacia de Orlando a ayudar al farmacéutico. Habían aprendido a trabajar la pasta en el mortero de vidrio, a hacer pastillas, a limpiar el mármol con la espátula y un paño sucio, a lavar los frasquitos. Y cuando iban a dar las cinco, hora en que se despertaba Loxandra, volvían corriendo a sus casas. Antes de que se fueran, el farmacéutico les daba un terrón de azúcar bañado con esencia de menta.

—¡Ah! ¡Ahh! ¡Ahhh!

Ahora Ana estaba sentada en su cama esperando que sonara la campana para la comida del mediodía. Ya se había lavado las manos, ya se había cepillado el cabello…

—¡Ah! ¡Ahhh!

¡Hasta la abuela se había olvidado de ella! Eso era lo que más le dolía, lo que hacía que su corazón sangrara. Se acordó del corazón ensangrentado de la Virgen que estaba abajo, en el patio de mármol. ¡Sí! Justo así sangraba su corazón. Se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo: «¡Me quiero morir!».

Y fue entonces cuando oyó la voz.

—¡La niña!

¿Qué había sido eso? ¿Una trompeta de Jericó? ¿El juicio final?

Y momentos después, de nuevo:

—¡La niña! ¡Que el diablo se os lleve a todas juntas!

Las puertas del dormitorio se entreabrieron. Las niñas se pusieron a gritar. Dos monjas empezaron a correr de un lado al otro para reunir a las criaturas que se dispersaban por el pasillo queriendo enterarse de lo que estaba ocurriendo. Ana se coló entre el tumulto y se precipitó hacia la escalera. De dos o tres saltos llegó hasta la entrada de mármol y cayó directamente en los brazos abiertos de Loxandra.

¿Qué pasó después? ¿Cómo consiguió Loxandra que las dejaran salir? Mejor no averiguarlo, ¿para qué? Lo pasado, pasado.

En la calle estaba esperando un coche y frente al coche se paseaba preocupado Epaminondas con perilla puntiaguda y camisa de cuello alto. Era la primera vez que Ana veía a Epaminondas con barba. Siempre que lo había visto en el Pireo lo había visto rasurado y con una camiseta azul de marinero.

—¡Op!—gritó Epaminondas apenas las vio salir, y levantó a Ana para abrazarla—. ¡Vámonos!—ordenó, y de un salto se metió en el coche.

Loxandra, sofocándose, subió tras él:

—¡*Arabadzts*, recto!—dijo mirando asustada hacia atrás apenas se puso en movimiento el coche.

—¿Adónde vamos?—preguntó Ana cuando vio que no iban a su casa—. ¿A casa de la tiíta?

«Tiíta» era Agathó. «Tía» eran todas las otras tías. «Tío» con T mayúscula era Alekakis, como el Todopoderoso, digamos. Y Epaminondas era Epaminondas, su amor.

En cuanto llegaron a la colina de Tatavla bajaron del coche para reponerse y conversar. Se sentaron en el café—en el Acrópolis—y pidieron lukumis. Epaminondas se quitó el sombrero y se secó la frente con el pañuelo. Loxandra se desabotonó el cuello. ¡Uf! Luego miró a Epaminondas y tosió. Epaminondas miró a Loxandra y también tosió.

—¿Crees que a Agathó le dará por decírselo?—preguntó Loxandra.

—Se lo diga o no se lo diga, en algún momento se va a enterar—respondió Epaminondas.

Volvieron a guardar silencio y a mirarse mutuamente. Se comieron los lukumis, se bebieron el agua, se sacudieron el azúcar de la ropa.

¿Y ahora? Epaminondas llamó al camarero para pagar la cuenta.

—Tú, tata, llévate a la niña contigo a casa de Agathó. Yo me voy directamente a buscar a Klío. Déjamelo a mí.

Y se separaron.

¡Qué hermosos días los que pasaron en casa de Agathó!

¡Qué hermoso el sol y qué hermosa la lluvia!

Si había sol, iban a Karlik a recoger jorta.

Si llovía y soplaba ese viento terrible de noviembre, se entretenían en casa. Preparaban dulces, cocinaban, zurcían, revolvían los talegos con retazos de tela.

—¿Ves esto? Es del vestido que se puso Agathó para la boda de tu madre. ¿En qué año sería, Agathó? Aquel vestido lila… ¡Ah!, mira, un retal del damasco de mi abuela, doña Zoitsa… ¡Eh, Agathó, tú lo habías cogido y yo buscándolo por todos lados!

Doña Zoitsa…

¡Ah! Loxandra se acordó de doña Zoitsa y de Dimitrós y de Baluklí. ¡Hay que ir a Baluklí!

Por primera vez después de tantos años a Loxandra le dieron ganas de ir a Baluklí. Quería ir y beber de nuevo agua bendita, ver las tumbas de sus padres, oír a los pájaros piar desde lo alto del ciprés. Quería verlo todo con los ojos de la niña, porque los suyos habían empezado a empañarse. Quería oírlo todo con los oídos de la niña, porque los suyos ya no oían bien.

Fueron a Baluklí, fueron a Constantinopla a visitar Santa Sofía y la columna de Constantino y a encender una vela a san Tharapis. Loxandra puso una moneda sobre el icono de san Tharapis para saber si Takis se iría o no de su casa y la moneda se quedó pegada. ¿Se irá Takis? ¡Claro que se irá!

Y se fue. ¡Más pronto de lo que esperaba!

Habían pasado unos cuantos días cuando Klío llegó llorando a Tatavla. Takis había desaparecido y con él todos los cubiertos de plata y todas las alhajas.

Lloraba, se golpeaba, se arrancaba los cabellos.

—¡A callar!—gritó Loxandra—. ¡A callar he dicho!

¿Por qué lloraba? ¿Por las alhajas y los cubiertos? ¡Bah! Las alhajas no eran de Klío, eran de Nuestra Señora de Baluklí. Y la mayor parte la había puesto Loxandra. ¿Y qué que se hubieran perdido? ¡Que se fueran al diablo! Si no se hubieran perdido, ¿se habría ido Takis? ¡No, no se habría ido!

—¡Gracias, Virgen Santa, por haberme concedido una cosa así! Yo velaré por tu bienestar, no te preocupes, no te voy a dejar así.

—¡Pero eso no es todo!—dijo Klío y vuelta a las lágrimas.

—¿Qué más pasa? Dilo.

¡En los últimos días Takis había retirado de la agencia más de cien liras de oro! ¡Más de cien liras! En la agencia les había parecido sospechoso y le suspendieron los pagos. Y le mandaron un telegrama a Alekos.

Y «¡Buuu!» y «¡Buaaa!» y «¡Buuu!» y otra vez «¡Buaaa!» Klío.

—Traedme agua! ¡Dadle un traguito de agua bendita! ¡Shhh! ¡Shhh, he dicho! ¡No te preocupes! ¿De Alekosvoy a tener miedo a estas alturas? ¡Shhh! ¿Por el dinero te pones así? ¡No es motivo! Siéntate y escríbele una carta a Alekos.

Capítulo 9

SI LAS mujeres de Anatolia son excelentes cocineras, las francesas son enfermeras pródigas en zalamerías. La enfermedad se vuelve diversión cuando tienes una enfermera francesa. Y si tu mal no es grave, te buscas una enfermedad seria para prolongar tu bienestar. Y al final acabas casándote con tu enfermera.

Así fue como un día Alekakis se casó en Batumi con mam'zelle Claude. Y su mala suerte hizo que la boda coincidiera con el triste asunto de Takis. Las cartas que enviaron a Batumi hablando del comportamiento de Takis se cruzaron en el camino con la carta que venía de allá, en la que Alekakis anunciaba su matrimonio.

«Con la bendición de nuestra madre la Iglesia…», escribía muy quitado de la pena Alekakis, sin haber recibido todavía el rayo que, dentro de un sobre, venía de Constantinopla.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Loxandra cuando le leyeron la carta—. Los bienes de Abraham y de Isaac les conceda el Señor. ¡Que mi bendición los acompañe!

Le dio mucha alegría que Alekakis finalmente se casara, aunque la novia fuera francesa, ¡no importa! ¿Acaso no da igual? Lo que cuenta es que sea una buena persona.

—Bendito sea Dios, que todo ha acabado bien. ¿Qué os parece si preparamos un poco de halvás?

Pero no todo terminó tan bien porque Alekakis, que en aquella ocasión tenía a su lado a una enfermera, cuando leyó las cartas que llegaron de Constantinopla cayó gravemente enfermo de mortificación, y dijo:

—¡Basta ya! ¡Han ido demasiado lejos!

Descubrió que su gente codiciaba su fortuna y que acabarían matándolo con tal de recibir la herencia. ¿Qué historia era aquélla? Hasta el momento había mantenido a su madre y a su hermana. ¡Pero ahora comenzaban las locuras de la hermana! Y mañana habría que casar a la sobrina y pasado mañana probablemente tendría que hacerse cargo hasta del nieto. ¿Dónde se ha oído semejante cosa? ¿En qué mundo vivimos? En Europa las mujeres son independientes, ya es hora de que se vaya civilizando también el mundo griego. Se acabó lo que se daba. Ana tendrá que ir unos años a alguna escuela a aprender inglés y francés para que pueda ponerse a trabajar cuanto antes y mantenerse a sí misma y a su madre. Y con Claude decidieron que el próximo septiembre internarían a Ana en el Colegio Americano de Scutari,[88] para que se convirtiera en una mujer moderna.

—¿Qué disparates dice? No entiendo, acláramelo.

—Nada, madre, Alekakis habla de la niña. Escribe que la metamos interna en el Colegio Americano de Scutari.

«Amán», dijo Loxandra para sus adentros, pero en voz alta sólo soltó un: «Ejem». Luego comenzó a preguntar una y otra vez cuándo llegaría el barco de Epaminondas.

—Abuelita…

—Shhh, calla. Tú no te preocupes. Déjamelo todo a mí. ¡Que el diablo se los lleve bien llevados! ¡Ah!

Se hacía la valiente delante de la niña, pero su corazón estaba temblando porque los meses transcurrían con enorme rapidez, septiembre estaba a punto de empezar y Epaminondas no había llegado todavía.

Capítulo 10

SEPTIEMBRE.

El pequeño baúl de Ana está listo. El colchón, atado con cuerdas, se halla apoyado sobre el baúl. Ana se irá mañana por la mañana.

—Buenas noches, madre—dice Klío.

Loxandra no responde. De un golpe cierra la puerta del cuarto en las narices de Klío y va a encender su candelero.

—En Ti deposito mis esperanzas todas…—Comienza a desvestirse —. En Ti deposito mis esperanzas todas…

La gata está sentada en la silla esperando a que Loxandra se meta en la cama y la tormenta del edredón se calme para acostarse ella también.

«Don… don…». El reloj octagonal del vestíbulo comienza a dar las campanadas.

—Ya son las diez—dice Loxandra, y se sube a su cama—. ¿Cuántas horas faltan para que amanezca?

La gata sigue esperando. El reloj vuelve a sonar. Las diez y media. Y luego las once.

—En Ti deposito mis esperanzas todas…—empieza de nuevo Loxandra, pero no sigue porque su mente no está en la Virgen, sino en Epaminondas.

«Mal rayo te parta, Epaminondas, ¡verdaderamente has encontrado, también tú, el momento para estar fuera de

Constantinopla! ¡Pst, oye!».

La gata se sienta frente a la cama dispuesta a seguir esperando, pero… en vano.

A las seis y media Loxandra hace «¡Uf!» y se saca de encima el edredón.

Ya es de día.

Se viste y baja a la cocina para preparar el café. También quiere preparar alguna cosita para que la niña se lleve. Un

trocito de rosbif. Un poquito de pasturmá. ¡Ah!, y un pedacito de lakerda. A ver, un momento que lo envuelva todo en papel de estraza…

De las habitaciones del fondo llega un alboroto terrible. Son Klío y Getsemaní que están luchando por vestir a Ana. Salen al pasillo. Ana lleva puesta su chaquetita roja y su gorro azul.

—Abue, en cuando llegue Ep…

—¡Shhh, cállate! Ya quedamos en eso, ¿o no?—Le da el paquete —: Toma. Toma, te digo. —La besa, la bendice, traza una cruz sobre su carita, la acompaña corriendo hasta afuera—. ¡Trabaja bien!—le aconseja, y le guiña un ojo—. ¡Sé buena!

Al llegar al puente de Gálata, metieron todas las cosas de Ana en el barquito y éste se puso en marcha rumbo a la orilla opuesta.

Pasaron frente a la punta de Sarayburnu, cerca de la torre de Leandro, y luego apareció Scutari.

En el embarcadero de Scutari, Klío y Ana tomaron nuevamente un coche para subir al colegio. Por barrios turcos, por callejuelas estrechas y oscuras, resbalando por los adoquines, avanzaban resollando los caballos. Sus flancos subían y bajaban y el sudor chorreaba por sus ancas. Les tomó media hora llegar a la cima, y el corazón de Ana se desangraba cada vez que el cochero levantaba el látigo para golpear a las pobres bestias. Acabó por abalanzarse una

y otra vez sobre la espalda del cochero, hasta que el hombre se enfureció y soltó una sarta de insultos.

—¡Ana, por favor!, ¿no ves que estamos en un barrio turco? ¿¡Estás loca!?

—¡Cállate!

—¡Te voy a dar una cachetada!

—*Mut plo*!

El coche se detuvo frente a una puerta de hierro forjado abierta de par en par, como las del jardín de Taksim. Un parque precioso. ¿Dónde estaría la escuela?

Entraron en el parque y Ana miraba inquieta a derecha e izquierda. Quería encontrar la escuela. Vio un edificio al fondo, muy bonito, pero no parecía un colegio. A la izquierda había una cabaña de madera entre los pinos, y en el balcón estaba sentada una muchachita rubia. Estaba secando su cabello al sol. Y conforme iban avanzando, Ana iba descubriendo otros edificios desparramados por el inmenso parque.

Los niños iban de un lado al otro en plena libertad. Unos estaban recostados en el césped, otros jugaban, otros trepaban a los árboles. Y en aquel terreno de allá había un montón de niños corriendo detrás de una pelota.

El corazón de Ana dio un salto. Intentó liberarse de Klío.

—¡Ana, por favor!

—Déjela—dijo una joven elegante que estaba por allí cerca—. Déjela que vaya a dar una vuelta por donde están los niños jugando al basket y pase usted a la oficina.

Cuando Klío salió de la oficina:

—¿Te gusta?—le preguntó a Ana antes de irse.

Ana no respondió. Se abotonaba y se desabotonaba nerviosa el abrigo y tenía la mente puesta en los niños que estaban jugando al basket. Parecía urgirle a su madre que se fuera.

En el momento en que Klío le estaba dando un beso, Ana preguntó de nuevo:

—Mamá, ¿dónde está la escuela?

—¡Bueno, estupendo!—comentó Loxandra cuando Klío le contó todo aquello—. Me da mucho gusto.

—Pero es que no te imaginas, madre, qué lugar tan hermoso es Scutari. Desde la escuela se ve el mar y Constantinopla toda, con Santa Sofía. ¡Es precioso! Ana no podía creer que aquello fuera una escuela.

—Bueno, magnífico—volvió a decir Loxandra, y comenzó a preguntar una y otra vez cuánto tiempo se tardaba del muelle al colegio y si la puerta del parque estaba siempre abierta.

Capítulo 11

UNA SEMANA más tarde llegó a casa la primera carta de Ana. La carta comenzaba con la palabra ABUELITA escrita toda con unas mayúsculas que parecían peleadas entre sí. El resto eran jeroglíficos: gansos, gallinas, perros, conejos y en el centro, Ana feliz. Una sonrisa de oreja a oreja y un lazo anudado con entusiasmo alrededor de la cabeza. Abajo había una firma y un post *scriptum*:

> Abue, no vengas a buscarme. El rosbif y el pasturmá se lo comieron los perros, no me volváis a mandar. Traedme sólo cake de Milatié, envuelto en ese papel que es muy fino y muy bonito, como el cake que tienen las otras niñas.

—¡Vaya!—dijo Loxandra. Y al poco rato otra vez—: ¡Vaya!

Después de aquello, Loxandra cayó enferma de tristeza. Cayó muy enferma. Tan enferma que Klío llamó al médico.

El médico, al irse, negó con la cabeza y preguntó cuántos años tenía la anciana. ¿Ochenta y cinco? Volvió a menear la cabeza. «Ojalá lleguemos nosotros a esa edad», dijo y se fue. Le recetó una dieta. Una dieta muy severa.

Klío se asustó muchísimo. De inmediato le avisó a Agathó y a Eufemia, envió a Getsemaní a Makrojori para que fuera por Plopló y Jaricló y por Sofía Lungrú. También le avisó a Aspasía.

A los dos días la casa se llenó de gente. Volvió Epaminondas de viaje.

—¿Está viva?—preguntó Epaminondas sin aliento, apenas llegó—. ¡Bendito sea Dios! ¿Dónde está?

Cuando Loxandra, que a pesar de su sordera a veces percibía hasta un susurro, oyó aquello se dijo a sí misma: «¡Amán!, si supieras que en realidad me estoy muriendo».

Cerró los ojos y comenzó a quejarse.

De la cocina llegaban mil olores. «Deben estar haciendo los dolmás con carne», pensó Loxandra, y sus gemidos aumentaron.

—Madre…

—Ay, ay… La niña…

—¡Rápido, traed corriendo a la niña!

Klío se vistió y fue a buscar a Ana.

¿Y ahora, qué va a pasar? El aroma de los dolmás de col se esparció por toda la casa.

—Ay, ay.

—Madre…

—¡No la inquietes, Agathó!

—Madre… ¿Qué quieres? ¿Quieres que traiga a Dimitrakis y a Thanasiós para que les des tu bendición?

—¡Ay! ¡Ay!—¿Qué iba a decir Loxandra? ¿Acaso podía decir «Quiero dolmás de col»?—. Mi sudario…, mi sudario está en el talego…

Agathó se echó a llorar y corrió al salón.

Manoliós estaba recostado en el canapé del salón y Sofía Lungrú lo estaba abanicando:

—No tenías que haber venido, tonto, si ya sabes que tu corazón no aguanta.

Klío todavía tardaría en volver de Scutari con la niña y Loxandra tenía tanta hambre, estaba a tal punto desesperada, que pidió un sacerdote que la confesara y le diera la comunión.

Y luego se resignó: no volvería a ver a la niña y moriría de hambre, ése era el final que le tenía reservado su destino. Todo

estaba consumado. Ya se había hecho de noche y Klío y la niña no habían aparecido todavía. Cerró los ojos y mandó a todo el mundo a dormir. «O llega la niña o me muero», dijo para sus adentros.

—Dejadla sola.

Algunos se fueron a sus casas, otros se quedaron y se recostaron vestidos en las camas o en los canapés o en el suelo. Hubo quien dijo que no se recostaría para no quedarse dormido, pero finalmente también cayó vencido por el sueño.

Cuando Klío y Ana llegaron de Scutari ya era tarde y los encontraron a todos dormidos. Les abrió la puerta Getsemaní.

—¿Cómo está?

—Dormida.

—Shhh, Ana, no hagas ruido. Acuéstate tal como estás en aquel rincón, ahora vengo yo también.

¡Don, don, don! Las once. Todos duermen. Sólo la gata está despierta en la habitación de Loxandra. La gata y alguien más que se inclina sobre ella.

—¡Abue!

—¡Mi niña adorada!

—¿Quieres algo?

—¡Dolmás de col! Tengo hambre y aquellos se han reunido aquí para coser mi sudario.

Hacia la media noche Loxandra se extravió. Agathó despertó y fue a ver cómo estaba su madre, pero no la encontró en la cama.

¡Alerta general!

Loxandra había desaparecido. ¿Se habría caído por la ventana? ¿Estaría en el retrete? ¿Debajo de la cama? ¿En la cocina? ¿En la alacena?

¡En la alacena!

Sentada encima de una caja de jabón, descalza, en camisón, Loxandra tenía en las rodillas una cacerola con los dolmás de col que habían sobrado.

Epaminondas, arrodillado en el suelo, abría una lata de sardinas.

Ana tenía en la mano un paquete grande de galletas y la gata estaba sentada en la primera repisa y se relamía.

«¡Ahhhhh!», exclamaron todos y luego se persignaron y le dieron gracias a Dios porque Epaminondas les explicó que la crisis había pasado y que la enferma necesitaba comer de inmediato.

Loxandra intentaba sonreír, pero sólo sonreían picaros sus ojos, porque tenía la boca llena.

—¡Qué hambre!—articuló apenas con la comisura de los labios—. ¡Al no morirme, me dio hambre!

Capítulo 12

LA ENFERMEDAD de Loxandra hizo época. Fue un hito más en los anales de la familia: el año en que poco faltó para que perdieran a mamá. ¿Cuándo fue que estuvimos a punto de perder a mamá?

Han pasado cinco años desde entonces y ha llovido mucho. Ana ha dejado atrás a Klío, en altura y en inteligencia y en todo. Las profesoras americanas se sorprenden de sus capacidades. Le prometen que en cuanto tenga su diploma harán todo lo que puedan para ayudarla y que se vaya a estudiar a América.

Klío está desesperada. La lira turca que antes era de oro ahora es de papel. Los extranjeros que llegan a Constantinopla se sorprenden de lo barato que está todo. Constantinopla está inundada de mercancías. ¿Quieres artículos ingleses? Ve a Baker y encontrarás de todo. ¿Quieres algo más económico, ropa alemana ya confeccionada? Se han construido cinco o seis colosos en Pera y en Gálata. ¿Quieres auténticos encajes de Valencia y de Bruselas? Date una vuelta por la tienda de Lyon o por la de Vapillon. Sólo que nadie tiene dinero para comprar.

Ana crece y sus hombros se ensanchan mes a mes. Pide ropa, quiere un uniforme para el basket y una raqueta de tenis. Klío no se atreve a pedirle más dinero a Alekos, teme irritarlo y que acabe por sacar a la niña de la escuela. Para salir adelante con los gastos, trabaja limpiando casas en la ciudad, vende la alfombra persa

grande del salón, vende la última de las vajillas y los candelabros. Despide a la sirvienta, se muda de barrio. Ya ni siquiera compra el periódico, de modo que ha dejado de estar al corriente de «la actualidad de la Corte». El rey Jorge fue asesinado en Salónica, Constantino ha sido nombrado sucesor del trono y Sofía se ha coronado reina sin que Klío se haya enterado de nada.

A partir del momento en que el timón de la casa se le escapó a Loxandra de las manos, nació una nueva Klío. Se dio cuenta de que si no luchaba ella se hundiría el barco. Todo lo que hiciera tendría que hacerlo sola, ya no le quedaba nadie. Epaminondas murió sin haber visto, el pobre, los ejércitos aliados a las puertas de Çatalca. También murió Manoliós. Agathó hace todo lo que está a su alcance para que sus dos hijos puedan huir a Rusia o a Grecia, porque los turcos se han ensañado. Han sacado los tambores a la calle y llaman a los cristianos a la movilización. En los últimos cinco años, Elenkaki murió en Atenas y a los pocos meses la siguió Eufemia por una enfermedad de los riñones. Bébekas volvió a hacer flux en Atenas y desde entonces nadie sabe dónde está. ¿Quién podría ayudar a Klío?

Sólo Loxandra sigue viva y disfruta de lo que le queda de vida. ¡Bendita! Vive sentada en su sillón y da órdenes.

—Pero, a ver, Tarnanás, te eternizas, ¿cuándo me vas a traer el café? Espera a que me levante y verás.

Se sienta junto a la ventana y espera a Theódoros, a Kotsos, a Elenkaki con los niños.

—¿Qué les habrá pasado? Están dilatando mucho. Dile a Tarnanás que abra la mesa y que encienda la estufa del comedor.

A Ana la llama Klío y se angustia porque tarda el barco y porque Dimitrós no ha llegado todavía del trabajo.

Su razón envejecida gira sin cesar en ese surco del recuerdo que se grabó en su memoria más profundamente que los otros. Loxandra vive y vive feliz con los fantasmas de 1870. El tiempo ha dejado de existir. El Ayer se ha vuelto Hoy. Y un mediodía de verano, de pronto y sin dolor, el Hoy se volvió Siempre.

En adelante siempre se pondrá la mesa de Loxandra y Elenkaki preparará los mezés y el carnicero enviará el pavo para el Año

Nuevo.

Siempre estarán abiertos los Dardanelos para que puedan entrar y salir los barcos y Theódoros pueda enriquecerse y ayudar a Loxandra.

Y Loxandra vivirá siempre en la abundancia de Constantinopla, dueña y señora de su lugar, porque cada cosa tiene su momento y su lugar. Y el lugar de Loxandra es Constantinopla. Y ya nadie podrá moverla de allí…

Loxandra fue afortunada en su vida, y fue afortunada en su muerte. Murió al mismo tiempo que su época:

Julio de 1914.

La Grosse Bertha de 420 milímetros está lista y sale de las fábricas de Krupp. También está listo el *Graf Zeppelin*.

Austria y Rusia decretan la movilización. En Francia, Jean Jaurès ha sido asesinado. La vanguardia del primer ejército del káiser avanza hacia Luxemburgo.

Es la guerra mundial.

El Hades abre su boca. Corren ríos de sangre.

Una nueva época está naciendo.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

QUIERO expresar mi gratitud a Kleri Skandami, profesora de griego moderno, arqueóloga de profesión, enamorada de la cultura helena y entusiasta de este libro. Con ella compartí las distintas etapas de la traducción y juntas conseguimos resolver problemas que en un principio parecían irresolubles. Desentrañamos significados de palabras que han estado en desuso desde hace casi cien años, penetramos en la lengua griega de Asia Menor, averiguamos recetas de guisos constantinopolitanos de los que no queda sino el recuerdo e hicimos nuestros los usos y costumbres de los griegos de Constantinopla.

Mi mayor agradecimiento también para todas las personas que de manera eventual nos ayudaron en esta tarea.

Agradezco al profesor Ioannis Alatzás, catedrático de lengua turca en la Universidad de Corfú, y a Pilar Arnáez Aguirre de la Casa Turca de Barcelona, el haberme aclarado los significados de las palabras turcas y sus grafías.

GLOSARIO

amán

Palabra turca que ha pasado a formar parte del vocabulario corriente del griego moderno. Expresa sorpresa, compasión, resignación o desconcierto.

asma-kabagi

Calabacines largos.

avgotárajo

Hueva del pescado salada y seca que se baña en cera para protegerla.

bashi-bozuk

Nombre que se daba a los soldados mercenarios en el antiguo ejército otomano.

Baklajorani

Carnaval.

bamies

Muy utilizados en la cocina mediterránea oriental, su fruto sirve como gelatina para espesar; se llaman también quin-gombó.

bríki

Pequeño recipiente metálico con un mango largo en el que se prepara el café turco,

bureki

Empanadas de hojaldre rellenas de queso, espinacas o crema.

cok

Especie de tartufo de chocolate, dolmás Hojas de parra rellenas de arroz.

ekmek kadayifi

Una especie de budín bañado en sirope, gardumba y cocoretsi Menudillos de cordero envueltos en tripa y asados.

halvás

Dulce que se prepara a base de sémola.

hanum

Mujer turca.

hunkiar begianti

Guiso de carne de cordero y berenjenas, jasápikos Baile tradicional griego.

jorta

Nombre genérico de las hierbas que brotan después de la lluvia. Ocupan un lugar importante en la cocina griega.

kaymak

Crema de leche que originariamente era de búfala. El helado se hace con leche y con salep.

keten helva

Golosina en forma de disco, rellena de algodón de azúcar.

kólyba

Pastel de trigo cocido que se prepara en memoria de los muertos.

lakerda

Lonchas muy finas de un pescado ahumado semejante al atún.

leblebidzís

Vendedor de garbanzos tostados, lukumis Dulces en forma de pequeños cubos que se preparan con azúcar y fécula, mahalebi Especie de crema que se sirve con azúcar glaseado y se perfuma con agua de azahar.

mahalebidzís

Vendedor de mahalebi, en cuya tienda se puede comer todo tipo de dulces hechos a base de leche, mayeritsa Sopa que se prepara con huevo, limón y menudillos de cordero.

mecidiye

Moneda de la época de Abdül-Mecit.

mezés

Entremeses.

pasturmá

Carne seca al fenogreco y otras especias, que en su origen era de camello.

po-po

Expresión muy común entre los griegos, que puede manifestar desde alegría hasta la más profunda congoja.

rakí

Licor claro, anisado y que se nubla cuando se mezcla con agua. Se toma con el pescado y los mezés.

salmadaki

Guiso de mejillones con arroz, salep Bebida caliente, hecha a base de la harina que se extrae de la raíz de ciertas orquídeas.

símantro

Pieza de madera o de metal que sirve como campana en un monasterio.

suvlaki

Brochetas de carne, syrtós Baile tradicional griego.

taukioxu (tavuk gógsü)

En turco, crema a base de pechuga de pollo finamente deshebrada y de leche azucarada que se sirve fría.

Tek-Gogovis

Muchacho que sólo tiene un testículo.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE «LOXANDRA», DE MARÍA IORDANIDU, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN CAPELLADES EN EL MES DE ABRIL DEL AÑO 2018

Metadatos

TÍTULO ORIGINAL: Αωξάυτρα

Publicado por ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.
© 1963 by Hestia Publishers y Booksellers, S. A.
© de la traducción, 2018 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema,S.A.
Derechos exclusivos de edición en lengua castellana: Quaderns Crema, S. A.
isbn: 978-84-17346-00-3
depósito legal: b. 7221-2018
PRIMERA EDICIÓN abril de 2018

Contenido

CONTENIDO
PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
Notas de la traductora
Glosario

NOTAS

[1] Büyükada, en turco. Es la más grande de las nueve islas de los Príncipes, en el mar de Mármara.

[2] Famoso liceo que data de finales del siglo XV.

[3] Tribu fanática de Asia Menor.

[4] Diminutivo de Eleni.

[5] Es el comienzo del Himno Akáthistos, el más famoso de la Iglesia bizantina, compuesto probablemente en 626, en honor a la Virgen María, que protegió y salvó Constantinopla cuando la ciudad estaba amenazada por los ávaros.

[6] O Pera (Beyoglu, en turco). Barrio situado, al igual que Gálata, en una colina al norte del Cuerno de Oro.

[7] Tarabiye, en turco.

[8] Bakirkóy, en turco.

[9] Antiguo nombre del mar de Mármara.

[10] Kurtuluş, en turco.

[11] El día de la Ortodoxia conmemora el triunfo de los iconólatras sobre los iconoclastas, y se festeja seis domingos antes del Domingo de Pascua

[12] En Grecia la granada es símbolo de prosperidad y abundancia. La tradición es estrellar una granada contra el suelo, tanto para recibir el año como cuando se celebra una boda.

[13] La creencia, muy arraigada y muy antigua, es que alabar en exceso a alguien es provocar la ira de los dioses.

[14] En griego camila significa ‘camello’.

[15] Elpís significa ‘esperanza’.

[16] En griego jese es el imperativo del verbo cagar.

[17] Agar fue una de las mujeres de Abraham, del que había sido esclava y del cual tuvo a Ismael, padre del pueblo árabe o ismaelita. Los bizantinos llamaban «hijos de Agar» a los ismaelitas de Arabia. Más tarde se llamó «perros de Agar» a los musulmanes en general. Se usa como sinónimo de cruel y despiadado.

[18] Se trata de la novela de León Melás, que introdujo cambios sustanciales en el método tradicional de enseñanza. Apareció por primera vez en 1858 y se reeditó en muchas ocasiones.

[19] Cassiam y Akylas, una novela del siglo XIX cuya heroína es la famosa poetisa bizantina del siglo IX. Entre las obras de Cassianí está el cántico para los martes de Semana Santa, que trata de María Magdalena y que comienza justamente así: «Señor, la pecadora…».

[20] Se trata de la escuela para los griegos de Constantinopla en la que, al igual que en las escuelas turcas, católicas, judías y armenias, el francés era la base de la enseñanza.

[21] Pequeña aldea próxima a Constantinopla.

[22] Cuenta la leyenda que en una ocasión el imam pasó por donde se estaba preparando un guiso de berenjenas. Se detuvo y el olor que se desprendía de la cocina lo hizo lanzar un profundo suspiro. De ahí que el guiso se llame «El suspiro del imam»

[23] O Yeçilköy, en turco.

[24] Alusión a uno de los numerosos levantamientos que hubo en Creta cuando la isla todavía formaba parte del Imperio otomano.

[25] Primer ministro británico de la época.

[26] Es el tratado que se firmó al término de la guerra ruso-turca.

[27] Palabra comodín que en este caso podría traducirse por ‘Adelante’.

[28] Según la creencia popular los primeros seis días de agosto no se debe tomar un baño ni se debe lavar la ropa ya que el agua va cargada de propiedades nocivas.

[29] Diminutivo de Yorgos.

[30] Natural de Hydra, isla situada al sur del golfo de Egina.

[31] Es costumbre griega en las fiestas estrellar la vajilla contra el suelo en señal de alegría.

[32] La Anunciación se celebra el 25 de marzo. La Ortodoxia, seis domingos antes del Domingo de Resurrección. Y la Santa Cruz, dos domingos después de la Ortodoxia.

[33] Emperador de Bizancio (9 69-9 76).

[34] 'Mamita'.

[35] La plaza central de Gálata, donde está la Bolsa.

[36] Medida equivalente a 128o gramos.

[37] Natural de Épiro, región montañosa de Grecia bañada por el mar Jónico.

[38] Los guegos o montañeses son una de las dos grandes etnias que habitan el norte de Albania.

[39] Es decir, los tres grandes Padres de la Iglesia ortodoxa: Gregorio de Nacianceno, Juan Crisostomo y Basilio de Cesarea.

[40] En Grecia se dice que los gatos están en celo en enero.

[41] Literatura menor del siglo XIX.

[42] Antigua medida para la leña que equivale a 225 kilos.

[43] 'Hijo de perro'.

[44] 'Adiós y buena suerte'.

[45] '¡Te lo juro!'.

[46] 'Fue un error'.

[47] Se trata de la guerra greco-turca de 1897, que, sin la intervención de las grandes potencias, terminó en un desastre para Grecia. Grecia apostaba por la «Gran idea», es decir, según la doctrina del irredentismo, reconquistar los territorios habitados por griegos y, por supuesto, Constantinopla.

[48] Aldea a las orillas del mar de Mármara.

[49] Que significa: 'Bella entre las bellas'

[50] Procrustes era un bandido que vivía en el camino de Mégara a Atenas. Tenía dos camas, una corta y otra larga, y obligaba a los viajeros a acostarse en una de las dos. A los altos, en la cama corta,

y para que cupieran les cortaba los pies. A los bajos, en la larga, y los estiraba violentamente para que tuvieran la medida de la cama.

[51] 'Tenme acá'.

[52] 'Adelante, caballero, adelante'

[53] Para celebrar la Resurrección de Cristo, la noche del sábado los fieles acuden a la iglesia con una vela que encienden todos al mismo tiempo a las doce de la noche.

[54] Heybeliada, en turco. Forma parte de las Islas de los Príncipes.

[55] Villancico de Año Nuevo.

[56] Alusión a Basilio el Grande o san Basilio (329-379), que fue obispo de Cesárea. San Basilio se convirtió en la figura tradicional de Nochevieja con su gran saco de regalos.

[57] Lugar donde se encontraba el palacio del sultán Hamit.

[58] Legendario personaje de Oriente Medio a propósito del cual se cuentan muchas historias, siempre con una moraleja al final.

[59] ' ¡Bien dicho, muchacho! '.

[60] El palacio que se encuentra en el centro de Atenas.

[61] 'Fortaleza de piedra'.

[62] Pastel de hojaldre y almendras típico de la repostería griega que debe su nombre al rey Jorge I de Grecia, nacido en la capital danesa.

[63] Pavlos Melas, una figura emblemática de las guerras balcánicas, fue un oficial que murió en los combates entre griegos y búlgaros en Macedonia en 1904. «El indulto de Stais» se refiere a un escándalo de la época.

[64] 'No nos hace ninguna falta'.

[65] 'Cochero'.

[66] Semanario políticosocial satírico, cuyo editor, el poeta Yorgos Suris, escribía en verso casi en su totalidad. Se comenzó a publicar en abril de 1883 y el último número apareció en noviembre de 1915.

[67] Primer verso del estribillo del himno nacional de Grecia, escrito por el poeta Dionisios Solomos (1798-1857).

[68] Uno de los barrios más bonitos del Pireo, situado en lo alto de una colina.

[69] Un pueblo cerca de Atenas

[70] El nombre de un barco que se llamaba como la isla en la que se libró la batalla naval de Navarino, definitiva para la guerra de independencia.

[71] Expresión en albanés que significa 'mucha mierda'.

[72] Es decir, de ascendencia albanesa, ya que en el siglo XV muchos albaneses emigraron a Grecia y se instalaron sobre todo en el Ática, el Peloponeso y las islas del golfo de Egina.

[73] Símbolos de dos partidos de la época, los conservadores, cuyo líder era Diliyannis, y los reformadores, con Theotokis a la cabeza. Diliyannis triunfó en las elecciones, pero fue asesinado en 1905 frente al Parlamento.

[74] ' ¡Debería darte vergüenza, grosero! '.

[75] 'El alma y el espíritu juegan a la pelota', es decir, 'No hay ni un alma'

[76] Se refiere a Mehmet II, llamado el Conquistador, que tomó Constan tinopla en 1453, y a Constantino Paleólogo, último emperador de Bizancio.

[77] '¡Cochero, cochero, detente!'.

[78] '¿No da igual, no es lo mismo?'.

[79] Fiesta nacional de Grecia.

[80] 'No'.

[81] 'Nos iremos'.

[82] En 1908, el partido llamado de los Jóvenes Turcos obligó al sultán Abdül Hamit II a restablecer la Constitución y a mantener el Parlamento.

[83] Golpe de Estado militar de 19 o 9 en Grecia, que llevaron a cabo los oficiales progresistas.

[84] '¡A la mierda!'. La palabra turca siktir ha pasado a formar parte del vocabulario griego.

[85] Expresión muy común entre los griegos que puede manifestar desde alegría hasta la más profunda congoja.

[86] Heroína de la guerra de independencia griega.

[87] Expresión en albanés que significa '¡Mierda con cebolla!'.

[88] Usküdar, en la orilla asiática del Bosforo.